

MAL LARA, JUAN DE (1524-1571)

RECIBIMIENTO DEL REY FELIPE

ÍNDICE

PRÓLOGO

Recibimiento que la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla hizo a la Católica Real Magestad de el Rey don Felipe, Nuestro Señor

PUERTA REAL
ARCO PRIMERO
HÉRCULES
BETIS
PARNASO
PUERTAS DEL ARCO
LAS NUEVE EMPRESAS
MUSAS
LUGARES DE SEVILLA
LEBRIJA
LA PUEBLA
SANLÚCAR LA MAYOR
CORIA
CASTIL DE LAS GUARDAS
HINOJOS
VILLAMARTÍN
MANZANILLA
CALA
PILAS
ZUFRE
AZNALCÁZAR
LA HIGUERA
SALTERAS
CUMBRES
HUÉVAR
LA SIERRA
ALJARAFE
AROCHE
AZNALCÓLLAR
CORTEGANA

ESCACENA
ARACENA
PATERNA
ALANÍS
TOMARES
CONSTANTINA
VALENCINA
CAZALLA
GERENA
FREGENAL
BOLLULLOS
ALCALÁ DE GUADAIRA
GUILLENA
UTRERA
ALCALÁ DEL RÍO
DESCRIPCIÓN DE SEVILLA
EL SEGUNDO ARCO
VICTORIA
LA IGLESIA MAYOR
LOS FUEGOS
LA GALERA
EL ALCÁZAR
LOS FUEGOS
EL DRAGÓN

*A las armas del Muy Ilustre Señor don Fernando Carrillo de Mendoza,
asistente de Sevilla, Conde de Priego*

De Carrillo y Mendoza ilustre rama
a Sevilla gobierna un asistente,
que adorna el ser de justo y de clemente
con la prudencia en encendida llama.

Aunque cuanta nobleza hay lo llama
a conocer de abuelos clara gente,
en el cristiano celo está presente,
y el santo nombre de Fernando ama.

El continuo servir al Rey de España
lo tiene y lo regala en sueño, en vela,
porque en amor divino siempre arde.

Obedecer fue su mayor hazaña,
y pues por nuestro bien y salud vela,
a Dios roguemos que lo rijá y guarde.

A las armas de Sevilla que estaban en el segundo arco

Divina empresa, insignia piadosa,
que tienes sobre estrellas alta cumbre,
con Isidro y Leandro en pura lumbre,
y diestra de Fernando hazañosa.

Por ti Sevilla vive gloriosa
en lealtad eterna, y fe que alumbre
sus servicios y grata mansedumbre
al gran Philipe en muestra generosa.

La religión, nobleza, celo, estado,
fertilidad, valor, y rica tierra
son armas de ciudad tan eminente.

El corazón abierto a su Rey dado
en dolor, en placer, en paz, en guerra,
señal es de ser única obediente.

PRÓLOGO

A los Ilustrísimos Señores.
Sevilla. Juan de Mal Lara

Suelen muchas veces las ocasiones no pensadas traernos a la mano lo que mucho deseábamos, perdida casi la esperanza; y cuando se nos ofrece, lo que Dios tuvo por bien de mostrar visible y presente, es menester acudir con la diligencia, para que no se pueda quejar aun el mismo negocio (que se presentó) de nosotros, que con descuido lo dejamos ir perdido, como en estos tiempos la felicísima entrada de la Católica R. M. del Rey D. Philipe Nuestro Señor, que por nuevos medios se vino acercando a Sevilla para entrar en ella, y hacerle merced de mirarla tan benignamente. Siendo el número de todas las ciudades la que más le sirve, vistas por la obra, la devoción y entera voluntad que declara siempre en su servicio. Y así, sabido por V. S. de cierto que vendría, propuso de hacer en breve tiempo muestra de lo que en más largo pensaba de ofrecer. Y como sea costumbre antigua de todas las naciones (que tienen rey) poner toda su magnificencia en recibirlo el día que nuevamente entra por sus puertas, señaló V. S. lugar por donde fuese más apacible y cómoda la entrada de Su Majestad y, determinado todo prudentemente, el aparato cual pudo ser en doce días pareció tan bien, que dejó clara la imaginación de lo que se pudiera hacer en más tiempo. Y habiéndose derramado muchas relaciones de todo esto no verdaderas, y confusas, fuera de la razón y elegancia que tales cosas deben tener, mandóme V. S. que, pues yo me había hallado con los diputados en el trabajo de lo más

de ella, gozase de ponerlo en limpio y lo escribiese para que los de la misma ciudad y los ausentes, que estaban en la misma falta y deseo, lo leyesen, y como aficionados a Sevilla, se holgasen. Púdelo hacer por ser ayudado de mi diligencia y de relaciones verdaderas de los que en todo se habían hallado; dilatéme algo en la descripción de la tierra de Sevilla porque los extranjeros tengan entendido lo mucho que se presentó a Su Majestad en las cincuenta figuras, que de un arco a otro había, donde se ofrecían las mayores virtudes que tiene un rey, y con qué se sustenta, que eran Fundación, Nobleza, Riqueza, Fertilidad, Obediencia, Victoria, Clemencia, Alegría, Religión, Valor, Santidad, Justicia, Prudencia y Fe, lo cual todo podrá ver V. Señoría sembrado, así en lo pintado, como en lo escrito. Declaróse en romance el latín porque sé que también se sirve V.S. en ello, a quien Dios prospere en vida de rey tan bienaventurado.

Recibimiento que la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla hizo a la Católica Real Magestad de el Rey don Felipe, Nuestro Señor

Habiéndose rebelado los moros del Reino de Granada el año del Señor de 1569, fue necesario (después de varios sucesos en la guerra) que S. M. viniese a Córdoba, donde hizo Cortes; y la ciudad de Sevilla (pensando luego en la merced que podía recibir con la venida de su Rey) envió a suplicar a Su Majestad tuviese por bien de venir a visitar aquella su ciudad, que tanto lo deseaba ver, para poner en obra la voluntad que siempre tuvo de servir a sus Reyes, no hallándose en algún tiempo fuera de la devoción y obediencia dellos. A esto le fue respondido que, aunque había deseo de verla, que los negocios de la guerra importaban más para detener su persona real en Córdoba y que, en habiendo lugar, él vendría; y así, agradecido por el Regimiento y ciudad de Sevilla, y tenido en lo que debía, se dejaron todos de aquel cuidado que había entrado en sus ánimos para poner todas sus fuerzas en el recibimiento de su natural señor, y desta suerte no se procuraron las ropas y aderezos que, para la Majestad de la que venía, se requería; hasta que por abril de este año de mil y quinientos y setenta se comenzó a divulgar la merced que Su Majestad hacía a Sevilla. Y luego se alborotó con el nuevo gozo y señalada alegría, pregonándose por la ciudad con atabales y trompetas, y regocijando la plaza de San Francisco, que presto había de ver su Majestad, aunque la misma presteza le quitaba parte de su contento, porque se vía asaltada sin poderse valer en su grandeza, por lo mucho que imaginaba hacer, si tuviera tiempo, y por lo poco que vía que, por falta dél, haría. Y cierto, que mayor trabajo tiene una persona poderosa para hacer algo en que le va su honra toda, si no le alcanza tiempo, que la pequeña, pues a proporción, más lugar tiene para salir con su intento que la grande.

Poníasele delante a Sevilla quién era el que venía con su corte, la estimación en que está por todo el mundo, la opinión de su grandeza y riqueza; y lo que más le cerraba el aliento para pasar adelante era querer recibir a quien tanto ha sido servido en generales triunfos por toda España, Italia, Flandes y Alemaña, donde ningún capitán romano o César antiguo pudo llegar con la solemnidad de sus fiestas, con los juegos de los teatros, con las escenas poderosas que espantaban al mundo y todas aquellas obras que en los juegos circenses, o el anfiteatro, leemos haber pasado. De lo cual es testigo el *Viaje del Príncipe*, que ahora recibimos ya Rey felicísimo. Todavía se hallaba con dos ventajas Sevilla, que la misma naturaleza le ofreció: la multitud de la gente y el sitio de tierra y agua en donde

está puesta, para dar hermosa muestra a todos los que esperaban de ella grandes maravillas; y por esto, se aprovechó de dar a la gente lugar extendido, en donde pudiese hacer su representación, y poner delante la vista la parte del Río que más poderosas armadas ha despachado, mayores riquezas ha tenido, más levantados atrevimientos ha efectuado, más altas hazañas ha visto, y en fin, después de la Nao Victoria (que dio una vuelta al mundo), había de tener en su presencia a la católica Majestad de nuestro Rey y Señor, que la Revolución de los Cielos (después de cuarenta y cuatro años) nos trajo a darnos en edad de perfecto varón aquel que dentro de nuestra patria tuvo principio de su bienaventurada vida el año de mil y quinientos y veinte y seis, después de la tempestad que los años pasados ha estragado las personas, haciendas y alegría que esta ciudad solía tener, por las temerosas borrascas de la peste, hambre y guerra, que cualquiera de ellas suele asolar grandes reinos. Y no menos ventura fue para nuestra ciudad ésta, que cuando el invictísimo Carlos Quinto, César Máximo, celebró sus felices bodas en la Real Alcázar de Sevilla con la Serenísima Imperatriz nuestra señora D^a. Isabel, los cuales eternamente viven con Dios, gozando de la nueva alegría, que su obedientísima ciudad recibe con la deseada venida de su Majestad, y que la gente haga por ella muchas cosas no es razón que se tenga por bisoñería.

Dejen ahora holgar a la ciudad, que tantos años ha que no goza de la vista de lo que ellos tienen, y peque antes ella de las graciosas demasías (en el celebrar su contento con todos los sentidos, sin tomar consejo de la discreción) que de corta y seca, por parecer avisada y súbitamente cortesana; aunque no es falta de buen entendimiento ser magnífica y esclarecida en celebrar la entrada de su Rey, pues tiene en sí lo que ninguna otra ciudad, y parezca antes el baile de David, que la reprehensión de Micol.

Sabido, pues por los que habían ido a Córdoba a ver a S. M., y los que no lo habían visto, que entraba por la tierra que tenemos desta parte del río Guadalquivir, no cabían en sí de gozo. Porque ciertamente (poniendo a una parte el culto divino) ninguna otra cosa tiene Sevilla sobre sus ojos, sino los de su señor. Y desta suerte fue recibido aquellos días por asistente don Fernando Carrillo de Mendoza, Conde de Priego, a quien su majestad mandó venir adelante (llegando de una comisión y embajada que había hecho en Portugal) para que aprestase la ciudad y hubiese cabeza en aquel general regocijo. Y, después de haber consultado en cabildo lo que se debía hacer en negocio tan grande, y de tanta brevedad, dieron comisión a Francisco Duarte, veinticuatro de Sevilla y factor de la Casa de la Contratación, que juntamente con el aderezo del río y Torre del Oro, entendiase en el ornato de la puerta de Goles, por donde se determinó que S. M. entrase. Aunque hubo opiniones que por la puerta de Macarena (según los reyes pasados, y principalmente el César Máximo Carlo Quinto) porque se le representase toda la ciudad partiéndola por medio, con una calle continuada casi hasta el Alcázar. Pero habiendo muchos inconvenientes para ello, por no ser tan cómoda la disposición del lugar, ni tan hermosa la vista, ni estar las calles para recibir la multitud de la gente, que en los tiempos pasados era de más pequeño número, no habiendo entrado el trato de las Indias en la riqueza y frecuencia de Armadas, que hasta ahora tuvieron. Y pues gran parte de la grandeza y crecimiento había venido a la ciudad del río, era justo que por el mismo se celebrase la entrada de su Rey invictísimo. Y así por agua y tierra lo paseó Su Majestad, declarando el contentamiento que tan agradable río le daba.

Y para hacer la fiesta de mayor momento, se adelantaron los duques, que son vecinos desta ciudad, por tener sus casas en ella de tiempo antiguo, y ser alcaldes mayores.

Y así, en el mes de abril, a veinte y nueve, sábado en la tarde, entró el Ilustrísimo Cardenal don Diego de Espinosa, Presidente del Consejo Real e Inquisidor General de España, a quien recibió la ciudad con todos los caballeros, y Audiencias, y Universidad, por la misma parte del río y por la Puerta Real que se estaba aderezando para la venida de Su Majestad; y de allí fue a posar a las casas de Juan Antonio Corzo, para estar cerca de la Alcázar, por donde se podía comunicar con Su Majestad, que estaba ya tan cerca, que el sábado mismo durmió en la Rinconada, pueblo pequeño, casi a la ribera de Guadalquivir, junto a Alcalá del Río. Y luego, domingo postrero de abril, se vino a San Jerónimo, que es monasterio grande y antiguo, extremado en el edificio, de la religión de San Jerónimo, y donde están dos figuras de barro, a los lados del altar mayor, que son, a la mano derecha un San Jerónimo en la penitencia, y a la izquierda una Nuestra Señora, que las hizo maestre Pedro Torrejano; y encarecer el artificio dellas no es para mi mano, sino para los ojos de los que lo vieren, y luego aprobarán ser las más raras que hay en el mundo. Allí oyó misa Su Majestad, comió y estuvo en vísperas.

Tenía mandado al Asistente, cuando le fue a besar las manos a la Rinconada, la tarde antes, que le enviase unas barcas, porque quería por el río recogerse a Bellaflor. Y así el Asistente, yendo a casa del factor Francisco Duarte, a las dos de la noche, le pidió se encargase de poner en obra lo que S. M. mandaba, y tuviese a punto las barcas, por el orden y de la manera que conviniese para semejante efecto, y él lo ejecutó por el orden que convino. Y fue a las cuatro de la tarde al puerto de San Jerónimo con una barca tan grande, que cabrían en ella ochenta personas, y de mucho sostén, y que pedía muy poca agua, y toda por de dentro estaba aforrada de tablas bien labradas, y hecho un suelo de ellas tan llano como el de la popa de una galera, y en torno de toda la barca iban hechos sus bancos bien guarnecidos, para en que se pudiesen asentar, y el sitio y compás que había donde S. M. pudiese estar, y los grandes que con él venían, era más que dos popas de galera ordinaria, en el cual estaban hechos tres arcos de madera por muy buen orden, sobre que cargasen los toldos, que se pusieron. A la popa tenía un corredor guarnecido de balaústes, en donde, sin entrar ni tocar en la barca, estaban dos hombres, para el servicio del timón, y lo demás, que así fuese menester. Y a proa, ocho remeros bogando, sin impedir ni llegar al sitio que estaba dedicado para Su Majestad, y los que con él iban, y hacían su oficio de manera, que no se parecían más de la cinta arriba. Y todo lo que tomaban los tres arcos era toldado de paños de brocatel carmesí y amarillo, con azanefas y apañaduras de terciopelo carmesí, bordadas de terciopelo blanco, y aguardadas de cordones de seda blanca y carmesí, que hacían muy buena vista; y este toldo caía por los lados hasta llegar al bordo de la misma barca, de suerte, que ni por ellos, ni por la popa podía entrar sol alguno, ni verse los que allí venían, si no fuese alzando la banda del toldo, que Su Majestad holgaba de descubrir las naos o la ciudad, y por donde más podía gozar de la marea, y con menos ofensa del sol. Los bancos de la barca iban cubiertos de los mismos doseles, con cuatro cojines de brocado, y raso carmesí tejido de oro, y salteado de muchas flores de seda de colores; y por el suelo de la barca iba esparcida mucha juncia verde y flor de paraíso, muchas rosas y, en el corredorcillo de la popa,

había macetas de claveles y albahaca y poncellas. Y aunque la barca (según su grandeza) era harto ligera, iba otro barco pequeño con doce remeros que la remolcaban, de suerte que ningún barco, por muy ligero que fuera, pudiera correr más que ella. Y con esta misma barca mandó Su Majestad al factor Francisco Duarte que le sirviese otras dos veces que se hubo de embarcar: Una, para ir desde el hospital del Marqués de Tarifa a las Cuevas, donde estuvo retirado tres días; y otra, para venir desde las Cuevas a ver la galera real que en este río se estaba haciendo para el Señor don Juan de Austria; y, de allí, el río abajo a ver pescar y entretenerse buena partes de la tarde el primer día de pascua de Espíritu Santo. Y aunque esto se hizo con mucho secreto, ya toda la ciudad alborotada por ver a su Rey, en breve tiempo, había cercado el río por ambas partes con muchos millares de hombres y mujeres. Desde que vio Su Majestad que no podía salir sin ser visto de toda la gente y molestado del polvo, no quiso hacer su jornada, y quedóse en San Jerónimo a dormir, mandando al factor Francisco Duarte que le aguardase por la mañana el día siguiente en el mismo puesto. Y así lunes, día de San Felipe y Santiago, que contamos primero de mayo, y felicísima entrada de su nombre, salió de S. Jerónimo y se entretuvo un rato mirando La Florida, que es una casa y huerta de don Pedro López Puertocarrero, en el camino del Algaba en frente de San Jerónimo, a la parte septentrional del río, toda muy blanca, pintada, y con muchas rejias azules, y jardines con cruceros de arrayán, y fuentes de muchos caños de agua, poblada de arboledas de cidras y naranjas, y de yerbas rarísimas y flores nuevamente plantadas en esta tierra, con corredores altos y gelosías, y pinturas artificiosas. Toma desde el camino, que tengo dicho, hasta el río, donde hay una alberca de peces y de mucha agua; y no fue poco entretenimiento esto para Su Majestad, y así se detuvo hasta que, certificado que también estaba allí cercado de gente que con los pensamientos ya lo tenían visto, según estaba deseado, llegándose al vallado que más cerca estaba del río, lo mandó romper, y por allí salió a la barca, que lo esperaba, y entró en ella. Con él iban el prior don Antonio, caballero mayor; el Duque de Feria, capitán de la guarda; el Conde de Chinchón, mayordomo; el Conde de Buendía; D. Rodrigo de Mendoza, D. Diego de Acuña, gentiles hombres de la cámara; y el factor Francisco Duarte. Los Serenísimos Príncipes de Bohemia, Rodolfo y Ernesto, quedaban en la Rinconada y vinieron a comer a San Jerónimo, con que se detuvo algo la gente. Pero, en sintiendo embarcado a Su Majestad, corría por lo largo de las riberas que se hacen por ambas bandas del ancho río, solemnizando con grandes aplausos ya su entrada. Lo cual no pareció ingrato espectáculo a quien iba en la barca, pagándoles Su Majestad con mirar a todas partes, y preguntando a Francisco Duarte de los edificios que por allí parecían. Llegando al Almenilla, adonde es combatida la ciudad de las avenidas del río, y por los muros, parecía puesta gran multitud de gente. Descubrióse luego a Su Majestad el cerro de Santa Brígida, con toda aquella verde montaña que va hasta adelante de Gelvés, por donde se da principio al Aljarafe, mostrando un paño hermosísimo de verduras con sus extendidos prados y casas blancas, llevando a la mano siniestra los muros de la ciudad, desde la puerta de Bibaragel y San Juan, hasta dar en la parte del río que hace las islas enfrente las Cuevas a mano derecha, donde se desembarcó Su Majestad, y fue recibido del prior don Fernando de Pantoja, y los monjes y frailes de aquel religioso monasterio de Santa María de las Cuevas, que es uno de los monasterios de magnificencia, religión y grandeza mayor que hay de la cartuja, así en rentas y en edificios suntuosos, como en cuidado del culto divino y loable recogimiento, que por no

hacer demasiado volumen y ocupar lo que se hizo de servicio, súbitamente aderezado, a lo que es perpetuo para los ojos de todos lo dejo.

Habiendo oído misa S. M., y de la misma manera cercado de sus vasallos, hurtándoseles, salió por la puerta que responde al río, aunque con gran desconuelo de los monjes y frailes, a los que después benignamente acudió tres días, que estuvo con ellos. Allí se embarcó en un barquillo que pedía poca agua, y se metió por una canal, que hace la isleta y la tierra de la otra parte. Llegó a la barca que en más agua lo estaba esperando, donde subió; ya iban arredradas dél muchas barcas de hombres que, con el demasiado deseo, tenían por larga tardanza esperar a la tarde para verlo. Y pasando la barca por medio de la puente, que para eso se había mandado romper, entró en el compás de las naos, que tienen lo más hondo del río, las cuales había ordenado Francisco Duarte que se llegasen a la banda de Triana, todas sencillas, popa con proa, para que, desde la puente hasta la ermita de Nuestra Señora de los Remedios, fuesen haciendo una hermosa muestra de sus torreados castillos, espesas jarcias y lustrosos costados. Pasando Su Majestad, comenzaron a disparar todas las naos, y así se hizo una grande salva, y lo mismo la Torre del Oro, donde estaban trescientos arcabuceros aprestados, para que disparasen al punto que diese fin la salva de los navíos. La Torre del Oro estaba limpia por el pie, y ella toda aderezada de banderas y estandartes grandes, con las armas reales, y una flámula que venía desde la punta alta de la torrecilla (que sube por medio de la torre) y llegaba dos estados del suelo, que revolando por el aire daba hermosa muestra de las colores y pinturas que tenía. Desta manera pasó S. M. hasta junto a las huertas que vienen de Bellaflor al río, que es más adelante del rincón de Tablada. Iba con semblante muy alegre preguntando a Francisco Duarte cuanto se parecía, mostrando contentamiento por lo que también podía ver de la ciudad, hasta que llegó a desembarcarse. Allí le tenía don Diego de Córdoba, Teniente de caballerizo mayor, un caballo morcillo a la brida, en que subió S. M.; y todos puestos a caballo fueron a raíz de las huertas, hasta que entró en Bellaflor, la cual es una casa de placer, que se solía llamar Las Aceñas de Doña Urraca y, en poder de la Duquesa de Béjar, tomó aquel nombre; y ahora es de Don Manrique de Zúñiga, su hijo.

Aquí cierto se me recrece un nuevo género de trabajo, por el mucho descanso que tomé en verla, y es que quisiera yo poder también describir esta Bellaflor, o con más elegancia que Ovidio la casa del sol, Claudiano la del amor, Estacio, el Tiburtino de Manlio Vopisco; Marcial, la aldea de Faustino; Plinio Menor, el Tusculano de Apolinar; Paulo Jovio, su Museo; y principalmente ser aquí otro Filóstrato, que gastó tanto tiempo en alabarle, que no tenía tantas partes como aquella casa. Porque considerando primero el sitio y lugar tan extendido que es el campo de Tablada, y por aquella parte irse cortando con el poderoso crecimiento de Guadalquivir, a vista de la sierra fertilísima y partes del Ajarafe, que desde la vuelta de Merlina hasta la ermita de Santa Brígida se va extendiendo, vista la abundancia de los diversos ganados que allí entran, y que los más, o todos, vienen a beber junto a las aceñas de la casa, en una vuelta grande del río y venida de Guadaira, que atraviesa toda Tablada, pasando por debajo de la casa, y a la redonda, que con su creciente o rebalaj della hace una tendida tabla de agua, que muy ancha se muestra para poderse pasear con barcos por ella y hacer las *naumachias* que los emperadores romanos, con tanto trabajo, celebraban; cercándola una fresquísima alameda

y crecidos árboles, que dan compañía y ser a la huerta, que poblada de frutales y repartida con sus calles, demuestra de grande trabajo para los curiosos hortelanos. Por allí debajo de las casas, toda Sevilla se sirve de aquel paso, como llave de la ciudad para todos los campos que en aquel rincón de Tablada se extienden. El edificio de la casa parece de fortísimo fundamento, cortado en el mismo río, con sus patios altos y galerías grandes, de donde se ven aquellos espaciosos prados y vueltas del gran río, con la hermosa perspectiva de los navíos y armadas enteras que, a la continua, se registran por la Torre del Oro y muelle. Y hacen corte (si se puede decir) de mar en Sevilla; y aquellos lejos que muestra de puente y Cuevas. Pues, entrando por las salas, es gran deleite ver cuán acompañadas de cosas, en que se emplea la vista, si no quieren gozar de lo que naturalmente ofrece el campo y admirable pintura del río, ahora por la tierra ver diversos trajes de caminantes y muchedumbre de ganados, ahora por agua el ir y venir de navíos, carabelas y barcas de todo género, contentando la vista de lejos verdaderos, y de cerca se ofrecen tablas, lienzos y retratos que al entendimiento dan diversas consideraciones, preguntando o declarando lo que en cada uno se muestra. No menos el mirador (que cae sobre el recibimiento que hace Guadaira, que por la parte de levante viene a entrar en Guadalquivir, para acompañarlo hasta la mar) ¡cuántas partes tiene de vista deleitosa, así en agua como en tierra! Aquí los vivares hechos artificiosamente para ver presentes los que en el bosque y dehesa se esconden por sus hondas cuevas; allí los peces del estanque, y la azacaya y caños que llevan el agua adonde riegue todo lo que es menester en la huerta. Aquí tienen los aires gran frescura, templados de parte del río y del campo. Lo que se ve allí y considera es faltar palabras para declarar el gusto que recibe el que allí se aparta de los negocios de Sevilla, adonde pueda vivir con grande honra, queriendo gustar de la quietud que tiene tan buen edificio. Y aunque haya otros en la tierra más suntuosos, y más cumplidos, éste tiene en sí cierta moderación, con que ni quita enteramente el gusto de la ciudad, que tan cerca está, ni da tanto deseo de ir a ella, que no deleite más pasear aquella morada, en donde tenemos, por ahora, a S. M. reposando. Y entre tanto trataremos de lo que la ciudad ordenó para recibirle.

La opinión que se tiene de la riqueza y grandeza de Sevilla, ofrecidas ambas al servicio de Su Majestad, eran grande impedimento a la misma ciudad para hacer el recibimiento que querían. Porque jamás se puede creer de las ciudades grandes que les faltó tiempo, sino voluntad para gastar; y no sólo el daño es quedar en tal crédito, sino ponerles falta por la tibieza que de haber gastado poco se entiende. Lo cual no puede parecer en Sevilla, habiendo tan liberalmente tratado las cosas de la guerra de Granada, en tiempo que la peste y la hambre la apretaba, cuando se dejó entregar a la guerra enviando sus hijos, para que acudiendo a la defensa de la fe católica, de su misma obligación, de la antigua lealtad que a sus reyes han tenido, pagase los diezmos a Dios y a su señor. Viniendo, pues, a las manos la ocasión, tomáronla todos por los cabellos, y ofreciendo lo que súbitamente pudieron, dieron para siempre sus intenciones por satisfechas delante de la presencia de un su señor, que tan fácilmente alcanza dónde llega la potencia de sus pueblos. Y en Sevilla no se puede acusar negligencia, sino dificultad de tiempo, porque no faltaban riquezas, ni habilidades con que se pudiera igualar a lo que más se ha gastado e inventado para semejantes triunfos.

Luego se determinó el primer cabildo, que los veinticuatro saliesen vestidos de brocado y los jurados de tela de plata. Pero Su Majestad mandó que no se vistiesen de aquella suerte; y así se mudó en sedas. Propúsose luego fuesen muchos hombres aderezar los caminos que, por donde S. M. venía, se habían de reparar, donde en tres partes principalmente se puso grande trabajo: La primera, en quitar un paredón antiguo de argamasa, que estaba al pie de la Torre del Oro, que hacía angosto aquel paso. Y tomar en el río también parte, con palizada y piedras, que de allí sacaron, haciendo un ancho camino; y luego, pasando hacia do estaba la leña, se formó un puente de gruesos pinos, y cubierta de mucha tierra por espacio de más de cien pasos a lo largo de Tagarete, que es un arroyo grande, que hace foso a Sevilla, desde la fuente que llaman de Calderón, hasta el río, pasando por de bajo de la puerta de Jerez. Asimismo, en el molino de Camargo se trabajó más que en todo, para que lo que antes era puente y paso angosto, fuese campo, y bastase para sufrir toda la gente que había de venir por aquella parte. Y aunque henchir fosos no sea mucho, pera esto dio que hacer a muchos, porque se había de dar paso a dos grandes arroyos, que por Tablada van al río, que son Tagarete y Aritaña.

Y porque Su Majestad no podía entrar luego aquel día, pensóse el venir a descansar a Bellaflor, y dello se dio una hermosa traza, en que tuviese Su Majestad, y toda su corte, un aposento alegre, fresco y proveído de lo que era menester a quien venía fatigado, caluroso, de sobresalto y a la ligera. Para esto hubo la comisión de la ciudad don Juan de Sandoval, teniente de alguacil mayor, el cual, con el celo de hacer lo que la ciudad le mandaba, y de servir a su rey, dejando gusto en ambas partes, se fue a Bellaflor y discurrendo por lo que convenía, viendo que la casa de Bellaflor, aunque fuese tan fresca y tan apacible como la que habemos mostrado en su descripción, estaba desacompañada de aquel aparato que para tal huésped debía tener, y también que faltaba el dueño, que pudiera aderezarlo prestamente a gusto de la merced que, en posar allí Su Majestad, él recibía. Luego se proveyó de hacer una grande caballeriza, arrimada a la muralla de la huerta, que corre por la delantera de la casa, armando un toldo con mástiles grandes de navíos, que tendrían más de quinientos pasos de largo, y catorce en ancho, con todo lo que se requiere para arrendar caballos y acémilas, hechas sus pesebreras, que por su orden a trechos servían para el efecto, cómodamente aderezadas, de la materia que la brevedad del tiempo les dio lugar, con la provisión de lo que para el bastimento de todas las cabalgaduras se provee. En otra parte estaban armadas tiendas muchas, y diversos ranchos, para la guarda de a pie y servicio de casa. Había en la puerta y patio muchas verduras, y al un lado, grande número de tinajas de agua reposada. No había en todas las partes de la casa lugar descubierta, donde el sol tuviese alguna jurisdicción, que no se le hizo reparo con árboles y diferencias de flores, que cierto daba grande contento la compostura de ellos, y el nuevo verano que se representaba en entrando hasta la escalera, por donde se sube con grande luz por las ventanas, que tiene tan abiertas a la marea fresca de un jardín muy deleitoso, que por ella se va descubriendo. Viene a dar esta vista en un patio grande alto de muchos mármoles, con una fuente enmedio, de extraño artificio, pareciendo a los edificios antiguos de los romanos. Luego, a mano derecha, parecían los aposentos, donde estaba aderezada mesa para S. M. Y teniendo repecto a ser casa de campo y el buen parecer y frescura, se aderezó toda de cueros dorados, con que todo estaba lustroso y muy fresco. Las ventanas acompañadas de aquellos huertos adonisos, que son vasos con tierra, en que había muchos claveles y albahacas, que con lo verde y

colorado daban una hermosa vista. Había por los suelos, después de estar muy limpios, cantidad de rosas sembradas, y en partes de la sala muchos perfumes de pastillas y pebetes que, con el olor de lo que se pisaba, ayudaban a sustentar la fragancia que por el aire se iba suavemente comunicando.

Aquí no se descuidó la diligencia del comisario a proveer lo que también era menester en los oficios de más necesidad, así como la naturaleza, al formar de todo cuanto hace para nuestro servicio, no dejó sin orden cuantas cosas hay, por bajas y menudas que sean. Adornóse deste mesmo jaez todo el aposento, no dejando pieza que no se sirviese, así para los príncipes, como para los estados de cámara y boca, los cuales fueron muy abundantemente regalados. Porque imaginando cuánto era menester para una ciudad que se mueve y anda en pie, como la corte, y que se parece a un ejército por tierra, o armada por mar, que son ciudades portátiles, y a proporción de la ciudad edificada deben tener provisión al igual, sin que le falte nada. Así en piezas de la casa se repartieron los servicios, y en los unos había todo género de vasos, para la cocina y mesas, que se hallaban de barro las más pólidas y de mejor forma, que se contaron en grande número; en otras había aves vivas, apartadas en sus jaulas por sus especies; a otra parte se veían muchos pavos, las mismas aves y todo género de caza, muertas y puesto a punto para aderezarlo, con todas las carnes que se pueden imaginar y que se crían en la fertilidad de toda la Andalucía, no faltando pan masado, de muchas suertes, fresco. Estaban apercebidos muchos vinos de Cazalla, Cabeza la Vaca y Ribadavia, con el Clarete y el de Ocaña. Estaba otra pieza ocupada con muchas tablas, donde había en orden infinitas empanadas de pavo, conejos palominos, perdices, jabalíes y todo género de venazón. Todo ello en mucha abundancia que, según pareció, habíase proveído para quince días. Y así, fuera de las mesas principales, fueron enteramente satisfechos todos los estados (el servicio y la guarda) de pan y vino, y carne y otros regalos, que para aquel efecto estaban diputados.

Por la parte desta pieza iba una hilera de mesas, donde por su orden estaban puestos muchos géneros de conservas, en que se representaba toda la isla de la Madera, Sevilla y Valencia en aquellas calles, que más uso hay de hacerlas y representarlas; porque no faltaban muchos barriles y grandes cajas de limones cubiertos de flor de azahar, confitura de dragea, de panales de rosa, guindas, membrillos, duraznos y bocadillos de muchas maneras. Cidras enteras, cajas de mermelada y otras diferencias de colación, de que hacían los antiguos sus segundas mesas. Y junto a esto, pilones blancos de azúcar y arroz, así en grano, como en harina. No faltaban especias infinitas, molidas y enteras, todo en grande abundancia, para que prestamente se aderezasen los manjares en tanta diversidad que verdaderamente el campo estaba hecho ciudad. Quedaban las cosas que dan apetito al estómago. Porque, en otras tablas por la mesma orden, iban barriles de aceitunas de todas las suertes, y adobos, que se hacen especialmente en Sevilla con alcaparras, pasas y almendras y piñones. ¿Qué nos falta ya para perfeccionar las cenas antiguas de Lúculo, o Cleopatra, o los aparatos de Persia, sino beber frío? Y para esto se apercebieron de mucho salitre, para enfriar el agua y el vino, en defecto de la nieve, la cual hubo después en abundancia. Hacían excelente muestra de sí otras tablas de hermosísimos vidrios, y barros de Flandes, y Venecia, lo cual fue muy extremado, por ser las piezas extrañas. Y así se repartieron por aparadores de las diversas mesas. Pero en lo que más había de considerar

era una tabla de muchas garrafas, pomos y almarrajas de aguas olorosas, y de redomas de vinagre rosado, y de saúco para contra el calor, cansancio y polvo.

No engendre fastidio haberse contado esto por menudo, pues tengo dicho que la ciudad acudió a cuantas necesidades pudo imaginar en los que venían de camino, y tan temerosos del calor de Sevilla. Y también tuvieron los ministros, que allí se pusieron, grandísima cuenta con repartirlo todo de manera que a nadie faltase, y aprovechase.

Con esto se recibió Su Majestad, y los que con él venían, agradablemente, donde a la entrada, Don Juan de Sandoval le besó las manos, y le dio con mucho recado lo que era menester para reposar allí aquella tarde. Y a la una llegaron los Serenísimos Príncipes, que desde el Monasterio de San Jerónimo habían atravesado por Tablada a Bellaflor.

Faltaba suelo de campo (siendo tan extendido y tan llano) para la gente, que tan aprieta había acudido adonde tenía a su Rey aposentado, y que esperaba presto con grande alegría, ya casi vencedora en su intento, que no podía dejar de mostrársele.

Comenzaban a encaminar las partes de la ciudad por sus cuadrillas al recibimiento, y entre los primeros fue la infantería ordenada, la cual era toda de los más ricos oficiales, y de aquellos que quedaron para guardar su patria, gente de vergüenza y de valor. Porque luego en el Cabildo, cuando tuvo por cierta la venida de S. M., entre otras cosas que en él se determinaron, fue representar a Su Majestad una buena copia de infantería, y que saliese al campo hecha en escuadrones, y aguardase a su Señor puesta en lo llano de Tablada, y al pasar se le hiciese una salva de arcabucería; y para que esto tuviese efecto se dio la comisión a Juan Gutiérrez Tello, caballero de la Orden de Santiago y alférez mayor desta ciudad, y tesorero de S. M. en la Casa de la Contratación della, para que se levantase esta gente, aunque por su oficio de alférez mayor le tocaba. El orden que tuvo fue mandar llamar de todos los oficios dos hombres, los más viejos y que más autoridad tenían entre los de su oficio, y destos se informó la cantidad de gente que había en cada uno, y les mandó que los apercibiesen a todos, que estuviesen los más aderezados que fuese posible de vestidos y armas para salir al recibimiento de Su Majestad; y nombró de cada oficio un alférez para que rigiese y gobernase la gente dél. Y luego se echaron bandos, apercibiéndoles para que el día antes que Su Majestad entrase se había de hacer una reseña; la cual se hizo para dos efectos: el uno, para que el Ilustrísimo Cardenal los viese; el otro, para ver cómo estaban aderezados de armas y vestidos. Salieron de la plaza de San Salvador (porque está más cerca a la casa del alférez mayor) en orden y pasaron por la posada del Cardenal y por la puerta de Jerez, y volvieron a entrar por la de Triana y se vinieron a casa de Juan Gutiérrez Tello, donde se les dio orden que otro día, a las ocho de la mañana, estuviesen todos en la plaza que dijimos de San Salvador, porque desde allí fuesen al recibimiento de Su Majestad.

El día siguiente se juntaron todos en el lugar concertado, a son de doce atambores y dos pífaros, que la ciudad mandó vestir con seda de muchos colores y jubones de tafetán verde picados, cueras blancas cortadas y sombreros de tafetán azul. Los cuales, con maravilloso estruendo, regocijaban la ciudad. Tenían asimismo doce banderas ricas y de diferentes señales y colores. Salieron en orden. Don Francisco Tello, caballero del hábito

de Santiago (hijo de Juan Gutiérrez Tello) Teniente de Alférez mayor, como capitán delante, con coselete dorado y grabado, calzas de carmesí con brocados, gorra aderezada de camafeos, espada, daga dorada y un venablo en la mano. Delante iban cuatro pajes con calzas de saya entrapada, rojas, y terciopelos negros, casacas de raso verde con alamares de la misma color, cerradas por delante. Cuatro rodela aceradas, grabadas y doradas y muy bien guarnecidas de terciopelo con fluecos de seda y oro, embrazadas, y cuatro morriones. Venían luego en las primeras hileras, que eran de tres, doce gentiles hombres, con buenas calzas y coseletes, muy bien grabados y algunos dorados, con alabardas doradas, guarnecidas de terciopelo. Todos eran de buena disposición y talle. Tras ellos venía la gente de los oficios en la misma orden, muy aderezados de calzas jubones y cueras gorras aderezadas de botones de oro y perlas y cadenas. Puédese bien certificar que en ninguna parte se ha visto tanto oro labrado junto, de tan costosas hechuras y tanto artificio. Las armas que llevaban eran arcabuces y algunas alabardas. Y en este orden fueron hasta el campo, adonde se mudaron de cinco por hilera. Sería la gente de Sevilla de todos los oficios (los más principales y de mejor lustre dellos) más de tres mil hombres. Allí se juntó la gente de Triana, que está de la otra parte del río, como una muy rica villa. Traía calzas y jubón blanco de terciopelo el capitán, y la gente venía aderezada y armada como la de Sevilla. Serían quinientos hombres, poco más o menos. Fueron marchando todos hasta ponerse a trescientos pasos de Bellaflor y Su Majestad, desde una ventana, se paró a verlos. Y luego, a las dos y media, aunque hacía gran sol, y todo el campo estaba cubierto de gente de a caballo y de a pie, bajó Su Majestad donde había venido el Ilustrísimo Cardenal, con los Serenísimos Príncipes; ellos cuatro se puesieron a caballo y comenzaron a caminar hacia la ciudad, que por aquella parte muestra toda la longitud que hay desde el hospital grande del Marqués de Tarifa, hasta la Torre del Oro, quedando toda ella encubierta en este espacio. Aunque algunos antiguos de nuestra patria dieron forma de hierro de lanza gineta a Sevilla, que la punta sea la puerta de Macarena, y el ojo por donde se enhasta el Postigo del Alcázar, y los lados anchos la Puerta de Carmona y el costado del Río, no va esto fuera de razón, pues unos comparan a España a cuero de vaca; y otros a Cerdeña a suela de calzado. En fin, desde Bellaflor se venía descubriendo una apacible vista, porque de la mano derecha quedaba el campo de Tablada, que tendrá más de una legua por cuadrado, de solos pastos de ganado. Llano con tres arroyos que la van partiendo, uno junto al muro, que es Tragete; otro, que pasa por el molino de Camargo, y otro en Bellaflor, que muelen algunas aceñas, con presas de pescados y huertas por ambas bandas, y puentes, y muchas casas de placer. A la mano izquierda, quedaba el río poblado de infinito número de gente, por donde se representa la ermita de los Remedios, a la banda de Triana, estando toda con aquel deseo que Leandro en el paso del Helesponto, para dejar la ropa y venir a presentarse, o como a las nereidas o doridas que el anfiteatro solía mostrar en los lagos, que a mano se hacían. Asimismo, la otra gente que poseía la parte de Tablada, continuando su apretado escuadrón, se venía al lado de Su Majestad. Yendo por la ribera del río la corte, haciendo el río mismo reparo a la otra que estaba de la banda de Triana, que tanto deseo tenían los unos y los otros de acercarse.

Lo que más muestra daba del edificio de la ciudad era la iglesia con su alta torre, nuevamente acrescentada y adornada por industria del maestro mayor de la iglesia, Fernán Ruiz, excelente arquitecto, que tuvo tan buen espíritu que, contra la opinión de

muchos, que temían la ruina de la torre, dio en proseguirla, y la levantó ciento y cincuenta pies sobre lo que solía tener de alto, desde las campanas. Adornándola toda de nuevo lustre, blanco y colorado. Siendo toda de ladrillo y formando las ventanas con sus barandas de piedra blanca, de unas claraboyas, y subiendo con unos remates de bella muestra, dorando muchas cosas en ella, que con el sol resplandecen admirablemente, y las mismas luces parecen más con la luna. Viénesse haciendo un curucheo de extraña labor, y luego una bola dorada de cinco pies de altura, y encima una victoria, que es una hermosa imagen de bronce dorada, y a partes encarnada do lo ha menester, que es de doce pies de altura. Ha menester todo esto un libro por sí. Dicen que tiene desde el suelo hasta las plumas de la Victoria cuatrocientos y cuarenta pies; y cada paño de través, cincuenta. Y que costó el ornato más de cincuenta mil ducados. Ayudó a esta grandeza de torre la mano hermosísima de Luis de Vargas, que la pintó y enriqueció con su artificio, así de figuras blancas, como de bronce y coloridas. Dio fin a todas sus obras en acabando la torre, y en aquella iglesia comenzó y acabó con un nacimiento para vivir siempre en la memoria. Agravio hacemos a la torre en tratar tan ligeramente della. En tanto que S. M. la iba mirando, trataré algo de los tribunales que salieron al recibimiento deseado.

En las ciudades (donde se ejercita la parte pública de la filosofía moral, que condesciende con todos los que en ella viven, y aun con los que han de vivir, es la política) hay diferencias de jueces, como se vio por el consejo que recibió Moisés de su suegro para gobernar el pueblo de Israel; así en Sevilla han venido las cosas públicas a tales términos, que han menester muchos que tengan cuidado dellas, y remedien los males, y se tengan los ánimos de los hombres, que arremeterían a hacer insultos desafortados si no hubiese freno de penas y quien las ejecutase, lo que declara el reino de Eolo sobre los vientos. En fin, poco a poco, ha tenido esta ciudad grande regimiento. Y así el primero, y de más importancia para la defensión de la fe es el Santo Oficio de la Inquisición, donde hay de ordinario tres o cuatro inquisidores, un fiscal, un juez de bienes confiscados, seis consultores y teólogos, clérigos y frailes, para calificar las proposiciones; otros tantos y más consultores juristas, que asisten a la vista y determinación de los procesos, cuatro secretarios, un receptor, un alguacil, un abogado del fisco, un alcaide de las cárceles secretas, un notario de secreto, un contador, un escribano del juzgado del juez de bienes, un nuncio, un portero, un alcaide de la cárcel perpetua, dos capellanes; sirven también un médico, un cirujano, un barbero, un despensero y más de cincuenta familiares en esta ciudad, que tienen todos sus privilegios concedidos por los bienaventurados reyes don Fernando y doña Isabel, Reyes Católicos de buena memoria, y confirmadas por los que han sucedido. Viven en el Castillo de Triana los jueces y oficiales deste santo oficio.

Hay Audiencia Real, donde hay un regente, seis oidores, cuatro alcaldes del crimen, un fiscal, cinco relatores, más de cincuenta abogados, cuatro secretarios, cuatro receptores, dos alguaciles, cuatro porteros, doce procuradores. Tienen cárcel que se hace ahora nueva en la plaza de San Francisco.

El arzobispo y cabildo hacen un senado por sí (el eclesiástico) en que hay once dignidades, que son deán, arcediano de Sevilla, chantre, tesorero, maestrescuela, arcedianos de Écija, de Jerez, de Niebla, de Reina, Prior, arcediano de Carmona, cuarenta canónigos; cuarenta racioneros. El arzobispo provee un visitador, el juez de la iglesia

visitador de monjas, juez de testamentos, visitadores del arzobispado, juez de pecados públicos; en cada uno de los tres consistorios, un fiscal, un abogado, de todas las fábricas del arzobispado, el mayordomo mayor dellos, cuatro notarios mayores, alguacil mayor, que trae vara, diez alguaciles que no la traen, y muchos procuradores. Tienen casa y cárcel junto a la iglesia y juzgados della.

El Cabildo desta ciudad, demás de su asistente, que siempre suele ser señor de título, ejercitado en negocios arduos de otras ciudades, tiene alguacil mayor, y su teniente; los alcaldes mayores emanaron de los alcaldes que solía haber en esta ciudad, que lo eran los señores y grandes, que en ella había. Hay alcaide de los alcázares, alférez mayor, escribano de Cabildo, veinticuatro regidores, aunque está crecido el número, el teniente de escribano de Cabildo. Éstos representan aquel senado romano de senadores y cónsules. Luego los jurados, que sucedieron por los tribunos. El *Asistente* tiene dos tenientes, un alcalde de la justicia, un ejecutor de la vara, que asiste con los fieles ejecutores, un teniente de la tierra, los cuales todos tienen cabildo y asientos en la plaza de San Francisco, y su cárcel pública.

En la Hermandad hay un provincial, dos alcaldes, uno del estado de los hijosdalgo, otro de los buenos hombres llanos, un alguacil ejecutor, un escribano, muchos cuadrilleros; tienen su cárcel aparte.

En la Casa de la Contratación hay una audiencia de los jueces y oficiales de ella, que son factor, tesorero y contador, los cuales tienen diversos oficiales para la administración de sus oficios; hay un juez asesor, un fiscal, un relator, dos secretarios principales y ocho escribanos, un alguacil, dos porteros, un alcaide de la cárcel, que está dentro en la misma Casa; hay un piloto mayor, dos cosmógrafos, dos visitadores de las naos, un catedrático que lee una lección cada día de la parte de astrología y cosmografía que pertenece a la navegación. Hay un receptor de averías, y un contador dellas, y un escribano de las armas.

Hay Consulado y en él un prior y dos cónsules, que conocen de algunas diferencias y pleitos que se ofrecen entre mercaderes de los que tratan en las Indias, y once consiliarios para tratar y consultar los negocios de cualidad tocantes al dicho Consulado y universidad de mercaderes.

Demás destas audiencias y jueces, que son como ordinarios y más principales, hay alcaldes de la mesta, juez del Adelantamiento de la Andalucía, del Almirante de Castilla, jueces de los daños, del almojarifazgo, alcalde de sacas, y otros muchos. Solía haber cinco alcaldes, los cuales se quitaron, y en su jurisdicción sucedieron los alcaldes del crimen de la Audiencia Real, los cuales libran los pleitos civiles y hacen sus audiencias en la Plaza de San Francisco, martes y jueves y sábado de cada semana. Tiene el Mestrescuela de la iglesia jurisdicción sobre el Colegio de San Miguel. Tiene el rector del Colegio de Maestro Rodrigo jurisdicción en su colegio y universidad de los doctores. Hay alcaldes de corredores de lonja de todos los oficios.

Antes que S. M. llegase al toldo cerca de Bellaflor, llegó el Santo Oficio, con todos sus familiares, que iban vestidos de raja, terciopelo negro y raso, con muchas cadenas de oro y aderezos ricos en las gorras; y el fiscal llevaba el guión con las insignias, que suele. Luego inmediatamente llegó el gobernador del arzobispado con sus jueces y los canónigos de la iglesia colegial de San Salvador, y los beneficiados de la universidad. Aquí llegó la Audiencia Real con los oficiales que habemos dicho en muy buena orden, y besaron las manos a S. M., y en todos los tribunales el presidente llegaba el primero y daba el nombre, de la suerte que los *nomenclatores* antiguos que estaban par de los cónsules romanos. Pasado el molino de Camargo, se recogió S. M. al toldo, que estaba sobre mástiles altos levantado, para que se reparase del gran calor y polvo, en tanto que los otros tribunales llegasen a besarle la mano. Estaban con S. M. los Serenísimos Príncipes de Bohemia y el Ilustrísimo Cardenal; ya había llegado allí el teniente del escribano del cabildo (que es don Pedro de Pineda, que está ausente en la guerra de Granada) para decir a S. M. los nombres de los veinticuatro.

El Cabildo de la ciudad salió vestido en esta manera: los veinticuatro, con ropas largas hasta los pies, del modo de las pretextas senatorias; eran de terciopelo morado, forradas en raso blanco, y algunas en damasco; calzas y jubones y zapatos de terciopelo y raso blanco; las medias eran de punto; cadenas de oro al cuello y las gorras aderezadas con muchos botones de oro y perlas, de que asímesmo las ropas iban sembradas. Eran cincuenta y seis los veinticuatro, que en otro tiempo fueron del mismo número. Los jurados iban con ropas largas de terciopelo carmesí, forradas en raso amarillo, calzas y jubones de raso y terciopelo amarillo, con cadenas asimismo de oro, como los veinticuatro; eran de número sesenta y dos. Desta misma suerte salió el juzgado de los ejecutores. Los alguaciles de los veinte se vistieron de ropas de tafetán carmesí y capas de damasco verde y gorras aderezadas. Besaron la mano a su Majestad y fueron a pedir las a los serenísimos Príncipes, y sus altezas no quisieron darlas, ni las dieron a ninguna persona de las que allí llegaron.

Venía con la ciudad el Asistente y traía a su mano derecha a don Diego de Sandoval, alguacil mayor, y a la izquierda al conde de Olivares, alcaide de los Alcázares de Sevilla. Fue el Duque de Arcos con la ropa de la suerte de las que habían hecho los regidores, aunque no mudó jubón ni calzas; el Marqués del Algaba salió de la misma manera. Después de los alguaciles y jurados, besaron la mano a S. M. los regidores, y usóse con el Duque de Arcos lo que con los grandes: diole Su Majestad muestras de más afabilidad, y lo mismo hizo con el Asistente, y don Fernando Enríquez, sucesor del Duque de Alcalá.

Salieron los procuradores y escribanos del Rey, y los escribanos públicos, que serán veinte, y los del crimen de la justicia, con calzas y jubones de terciopelo y raso negro y sayos de lo mismo, y algunos con ropas guarnecidas de terciopelo, y otros con tudescos de raso. Los corredores de lonja fueron aderezados de la suerte que los escribanos públicos.

Salió el Cabildo de la Iglesia Mayor con sus dignidades, canónigos y racioneros vestidos de ropas de raja en sus mulas aderezadas; iba el pertiguero delante, en un buen caballo, vestida una ropa de terciopelo negro, con su ceptro. Llegó el deán, D. Cristóbal de

Padilla, a pedir la mano a S. M. y no se la dio, y luego los demás, y pasaron adelante haciendo el mismo comedimiento con los serenísimos Príncipes, y sus altezas no dieron las manos.

Salía S. M. del toldo, cuando llegó la Hermandad con ciento y sesenta varas, antes más que menos (pintadas la mitad o más de verde); traía consigo gran número de cuadrilleros con sus ropas y monteras verdes, y ballestas al hombro, y carcajes a las espaldas, con cantidad de saetas, que parecieron muy bien; son éstos los que por la tierra de Sevilla están repartidos para la ejecución de la Hermandad. Asimismo llegó la universidad del Colegio (que el maestro Rodrigo de Santaella instituyó, llamado de Santa María de Jesús, a la puerta de Jerez) con el rector, colegiales, doctores y maestros, en que había número de colegiales con lobs de paño negro y becas de grana morada, y los que eran maestros o doctores, con las insignias de su ciencia; iba bien autorizada por haber crecido tanto y estar tan ampliada de doctores. Llevaban sus bedeles con mazas de plata, de gran peso y hechura; todos iban vestidos de terciopelo negro, damasco o raso, si no eran los colegiales y doctores en teología.

Ya Su Majestad había salido del toldo y llegado a San Telmo; entróse allí, y refrescándose el rostro se detuvo un poco. Y viniendo casi delante la Puerta de Jerez, llegaron los jueces y oficiales de la Casa de la Contratación, a quien acompañaban más de ciento y cincuenta capitanes, maestros y pilotos de la carrera de las Indias, vestidos todos costosamente, porque llevaban jubones de raso blanco pespuntados y picados, calzas de terciopelo y raso blanco con cordoncillos de plata, cueras de terciopelo negro, y tudescos de damasco con muchos botones de oro y perlas aderezados. Gorras de terciopelo negro ricamente guarnecidas y sembradas de muchas piezas de oro, espadas doradas; algunos llevaban ropas francesas forradas en damasco blanco, y todos cadenas de oro; los demás iban vestidos de terciopelo y raso negro y raja. Iban luego los oficiales y ministros de la Casa de la Contratación. Después el prior y cónsules. Seguía el general Juan Velasco de Barrio y el almirante de la flota que se aprestaba para las Indias; a la postre los jueces oficiales de la dicha Casa, iba el doctor Vázquez, del Consejo de las Indias, entre el Factor Francisco Duarte y el Contador Ortega de Melgosa, el cual besó las manos a Su Majestad, y luego los jueces, el prior y cónsules, el general y los demás.

Llegando S. M. a la Torre del Oro se le descubrió una admirable vista por tierra y agua, así para la guerra como para la paz, llena de todas las comodidades que los elementos forman para la vida humana. Por aquella parte que Su Majestad pasó el Tagarete (según dijimos) estaba hecha una puente, que tomaba grande espacio del arroyo sobre gruesos pinos y, como dice Marcial, podía decir aquí fue río una vez, y otra vez, aquí fue tierra, según suele venir aquel arroyo con las avenidas y compañía de río, y según estaba hecho campo, quitaba la memoria del agua que por allí entra en Guadalquivir.

Muéstrase la Torre del Oro, que es grande y alta, dozavada con doce garitas, que salen una en cada ángulo haciendo proporción hermosísima para desde allí defender a los que quisieren picar la torre, y luego se parecen las almenas con muchas ventanas formadas, que las abraza un grueso cinto de hierro, con que se encadena lo alto de la torre, para no acabarse de abrir, según tiene las muestras; sube desde el suelo otra torre, que es redonda,

y muy galana, con ventanas y almenas, que en aquellos antiguos tiempos adornaban los edificios de aquesta manera. Desde esta Torre, hasta la muralla que cerca la huerta de las Atarazanas, va una coraza de muro con tres torres, que sirve de tránsito para la torre, y por aquella parte tiene su puente levadiza, y es muy fuerte, aunque cuando se hizo estaban bien descuidados, los que la edificaron, de la artillería que había de inventarse. Llamóse Torre del Oro porque se guardaba allí el tesoro de los reyes antepasados. De allí pasaba la cadena que tenía atajado el río, la cual quebró Ramón Bonifacio, cuando el Rey Santo tenía cercada a Sevilla; aquí había un estribo o tajamar grosísimo, que se desbarató, y de las reliquias dél se hizo una manera de dique, junto al muelle, con que aquel paso vino a ser capaz de mucha gente. Estaba el río (dejo de decir su grandeza, su origen, riqueza, fertilidad, hermosura y abundancia) bravo y hermoso, con toda la banda de Triana poblada de muy altas y hermosas naos y bajeles, porque como la ciudad pidió al Factor Francisco Duarte que tomase a su cargo lo que tocaba al río, con todo su ornato, entendiéndolo él (como hijo del que fue proveedor y comisario general de los mayores ejércitos y armadas que reyes y emperadores han tenido) el orden que en semejante negocio se debía tener, y de cuánta importancia era el acertarlo, pues toda la fuerza del recibimiento se ponía en la buena muestra del río, y entrada de la ciudad, hizo juntar en la Casa de la Contratación todos los maestros, capitanes y señores de navíos, y con los jueces, oficiales de la misma Casa, les encargó pusiesen en orden todas sus naos, y especialmente todas las de mayor muestra, y las aparejasen como mejor convenía, y aderezasen sus personas muy lucidamente para servir, el día que Su Majestad entrase, de la manera y por la orden que se les diría; lo cual admitieron con gran contentamiento y fueron a ponerlo en ejecución. Y aderezaron cincuenta naos, que allí se hallaron, con toda la bizarría y curiosidad posible, y en el tope de cada una había banderas grandes, pintadas las armas reales, y todas las gavia con sus toldos pintados, y dellas pendían algunas flámulas, de diversas colores y pinturas, y de las puntas de las entenas y alguna jarcia de la principal, muchos gallardetes y banderas de diversas colores y maneras, y en el cuartel de popa de cada nao, una bandera de campo de tafetán de diversos colores, que todas juntas tremolando hacían tan agradable y terrible muestra, que en cosa de esta calidad, no se podía ordenar ni ver otra mejor; y desta manera las pusieron todas de luengo del río, por la parte de Triana, que hacían tres efectos: el uno, cubrir con su grandeza el barranco que hay por aquella parte sobre el agua; y el otro hacer una extendida y desocupada vista de agua, y dar lugar a los barcos en que Su Majestad había de pasar, y a los que habían de correr la seda; y lo tercero, para que las dos naos, que estaban puestas a medio río, se pudiesen descubrir y ver mejor.

Asimismo hizo juntar toda la artillería de metal y hierro colado que, al presente, se pudo haber en esta ciudad y que se repartiesen hasta trecientas piezas de metal en las naos, con que recibirían menos daño, y que, detrás dellas, por la parte de tierra, se pusiesen hasta cuatrocientas piezas de hierro, y en la Puerta Real sesenta piezas de metal muy grandes y bien en orden y en lo alto de la Torre del Oro hasta trescientos arcabuces nuevamente hechos. De más de esto, estaba en medio del río, junto a la puente, una excelente nao, de que es dueño y capitán Antón Sánchez de Armas, muy bien aderezada y pintada, todas las obras muertas, y adornada de gallardetes y banderas, y enfrente de ella, junto al muelle, la nao de que es dueño y capitán Francisco Ruiz, no menos compuesta por el mesmo orden, y la una y la otra, con cantidad de gente de guerra dentro, y de atambores y trompetas, y

menestriles, y banderas de campo. En la nao de la puente, estaban tres precios para los que habían de correr la seda en barcos. El primero era seis varas de tela de oro carmesí. El segundo, seis de terciopelo verde. El tercero, de raso amarillo. La razón por que estaban señaladamente allí aquellas dos naos fue para que Su Majestad viese bien de cerca (cuando pasase) de qué manera van las naos aderezadas para Indias; y aun pensaban también (si les ayudara el viento) dar las velas y hacerse a largo lo que pudiese durarles la vista de Su Majestad. Y para esto, y para los efectos que se han dicho, se había mandado despejar el río de mucho número de carabelas, naos y barcos inútiles, y habíanlos alargado por la parte del castillo, rompiendo la puente que les impedía el paso. No faltaron muchos barcos de damas y otra gente, muy bien aderezados ellos y ellas, que llegaron a la orilla del río a gozar de la presencia del rey, sirviendo con alegre aplauso y bendiciones a quien les dio vida para ver esta hora tan deseada, y a los padres que le engendraron, con tan entrañable gozo, como si lo fuera natural de cada uno de los que le miraban.

En llegando Su Majestad a lo llano, que está a la Torre del Oro, comenzó la salva del arcabucería, que en ella estaba, con mucha priesa y buen orden; y luego prosiguió el artillería de las naos, con el estruendo y braveza que en un asalto furiosísimo suele oirse, poniendo cada uno de los artilleros el cuidado necesario en que fuese mayor el estruendo de la pieza de artillería que en su nao se disparase, que el de las otras, y sin cesar, duró la salva gran espacio de tiempo, y de presto se encubrió con el humo todo lo que con el agua y en tierra parecía, no sin gran ruido que rebramando nuevamente por el aire ocupaba los sentidos de la gente, que en tanta tormenta jamás se habían visto; y los desusados golpes venían atormentando todo cuanto arrebatában de vista y oído, dejando a las mujeres suspensas y trasportadas, con la no esperada furia, y oscuridad del humo, y sonido horrendo, pareciéndoles que habían sido por encantamento puestas en los muros de alguna fortaleza a que se diese batería, porque el polvo de la tierra, la espesura del humo que con el río la oscurecía, los rayos y truenos en el aire engendraban esta imaginación. Hasta que se serenó el cielo, esparciéndose el humo, sosegándose con la quietud de la gente el polvo, aclarándose con la presteza de la salva el aire, y entonces vieron ir a Su Majestad, cuya serenidad les aseguró el miedo, y movió a risa de su imaginación, alegrándose con la oscuridad que tal luz les había dado, viendo en sus tiempos, y delante de sus casas, a su señor, su Rey y su padre. Aquí había las aclamaciones que se daban, según Elio Lampidio y Esparciano a los emperadores, de César Augusto Emperador, padre de la patria, convertido todo en el nombre de nuestro Rey, y señor nuestro. Y pues el corazón del rey está en la mano de Dios, las partes que lo visten no están fuera de esta orden y ventura, que con otra felicidad son los Reyes, y con otro respecto criados, que los súbditos. Aunque todos sean hombres, el medio más cercano y subalternado a Dios es el Rey, y así cría en los ánimos de los hombres aquella reverencia y aquel amor, siendo su benignidad y clemencia tan digna de ser amada, querida y respetada, por el bien que a los hombres hace.

A este punto estaban, desde el muelle hasta la otra parte de las naos, por lo ancho del río, puestos nueve barcos bien aderezados, de ocho escalamos, en que estaban ocho remeros en camisa y zaragüelles blancos, con bonetes de grana, y en cada uno había un timonero. Concertáronse en tres cuadrillas, y así partieron, cuatro con la ligereza que sus brazos

valentísimamente formaron, batiendo los remos con la fuerza, que si en ello les fuera la vida, aventurándola por la honra, llamando para aquel trance cuanto valor tenían, tomando cada barco la parte que más derecha línea formaba con el viso al Palio de Brocado, y fue la suerte del barco (en que Su Majestad había entrado la mañana que salió de las Cuevas), tal, que llegó el primero de todos, aunque hubo disensiones. Y luego corrieron los otros cuatro, y los cinco a la postre, cuando Su Majestad ya miraba en ello. Desde la Torre del Oro hasta salir de la Carretería, que es un arrabal de la ciudad, que entra en la collación de la iglesia mayor, estaba todo lleno de la gente que se había puesto allí desde la mañana, allende de la infinita que en Tablada quedaba, lo que les fue ocasión de no poco trabajo, por impedirse los unos a los otros el paso, queriendo los que venían de la Torre y muelle ocupar el lugar de los que le habían hasta entonces no sin dificultad conservado, y los que le tenían defendérselo; así la mayor parte de la gente iba por la Puerta de Jerez, y acudían al postigo que decían del Carbón, y ahora llaman del oro, pero no todos podían salir, porque la misma dificultad que a los de la Carretería les impedía el paso, y volvíanse a la Puerta del Arenal, adonde no hallarían menor inconveniente. Pero, haciendo camino, los que más podían, pudieron conseguir su deseo de ver a Su Majestad, que iba en medio de la guarda de a pie, y de la de a caballo, y la de a pie iba delante. Desta suerte pasó mirando aquella llanura, que se hace en la Puerta del Arenal, poblada de gente innumerable, adonde dijo al Ilustrísimo Cardenal, que iba con el Serenísimo Príncipe Ernesto de Austria, a las espaldas de la persona real: *Esto basta por recibimiento*. Fue cierto palabra de tan alta discreción, pues constituyendo Dios al hombre por señor de las cosas para su servicio nuevamente criadas, se las puso delante para que tomase posesión dellas, poniéndoles sus nombres, la cual consideración justamente movió su claro entendimiento, viéndose señor de tantos millares de hombres, que tienen la misma sustancia que Adán el primero, rey y señor de todo cuanto crió Dios con sus manos, y acompañado y venerado de ellos.

Quitó mucho el lustre a este recibimiento venir Su Majestad de luto, por haber fallecido el año pasado sus clarísimas prendas, ocasión general de dolor y lástima a toda España, aunque por hacer merced a los que lo recibían, alegraba el rostro: en la guarda y otros criados suyos, las hermosas colores de la Casa de Austria; en los caballeros, la diferencia de libreas; en la ciudad, las fiestas que universalmente se hicieran, dando muestra de su alegría; los aderezos de sus personas y criados, las luminarias y otros instrumentos que suelen en semejantes casos alegrar el pueblo con bailes y juegos diversos, que se podían inventar, todo estaba suspenso, aunque no faltó lo que pudo en este tiempo mostrar el ánimo que tienen de servir a su rey y señor, en el cual ponían todos los ojos, no contentándose de verle una vez, volviendo infinitas con mucha presteza a ponerse delante, donde quiera que podían, dejando el lugar adonde le habían visto para tomar puesto en otra parte, con la dificultad que he dicho, que era grandísima, por estar todo continuamente ocupado de gente, que en tablados y en el suelo no dejaban palmo descubierto de lo uno ni de lo otro, de suerte que casi era imposible gozar una persona en tan largo trecho, como hay de campo en aquella parte por donde Su Majestad entró, de postura de cuerpo diferente de la que tenía una vez tomada.

Pasado lo largo del río así mirando las naos, que hasta la puente estaban puestas, como la parte de la ciudad que por allí, aunque es fuera della, está cubierta de casas hasta la

Puerta de Triana, pasó los arcos de la puente, que desde la ciudad hasta la de madera tiene ciertos ojos de arcos, o alcantarillas por donde se desagua el río, cuando en sus avenidas se embravece. La puente está armada sobre barcos grandes, es de gruesos maderos y tablas que vienen a parar al Altozano de Triana, junto al castillo adonde está el Santo Oficio de la Inquisición; desde allí se hace una anchura entre el río y el muro, que es pared a la calle que llaman de Cantarranas, la cual hallo haberse dicho así por unos caños y husillos que tiene, por donde se limpia la ciudad. Y así dice Celio Rodigino, en el octavo libro, que dicen a los albañares en Milán *cantarranas*, y no como algunos piensan del canto de las ranas. Ya desde allí se parecía la Puerta de Goles, y las invenciones que allí estaban hechas para el recibimiento de Su Majestad, en lo cual entendió el Factor Francisco Duarte, como veinticuatro de Sevilla, por particular comisión, y el jurado Francisco Carreño, el veinticuatro Bartolomé de Hocés, obrero mayor de la ciudad.

Caminando Su Majestad a vista de esta puerta, antes de llegar a ella se le hizo otra salva, con sesenta y dos piezas de artillería de metal gruesas, que parecían estar en guarda y defensa de aquella puerta, y por ser alto el lugar, hicieron mejor muestra.

Tratar ahora de la disposición, sitio y grandeza de Sevilla, con todo aquello que se cuenta de su origen, no es de este tiempo; sólo diremos que, entre las puertas que tiene hay unas más cerca del río que otras y algunas que no le ven. Y parésceme que Su Majestad, por la mañana, tomando desde la Almenilla, pasó por las dos que están junto al agua, que son las del Almenilla y San Juan, y dio vista a la de Goles, la de Triana y del Arenal, y apartándose por el mismo río dio en Bellaflor, que está a la parte occidental de Sevilla. Volviendo, pues, ahora por tierra, llegaba cerca de la Puerta de Goles, cuya descripción, denominación y honrado recibimiento debemos tratar.

PUERTA REAL

Era antiguamente llamada la puerta de Hércules, o de Hercoles, y después corrompiéndose el vocablo se llamó de Goles, porque de unos a otros ha venido esta memoria de Hércules a Sevilla, adonde están los cuatro mármoles que denotan su grande majestad, metidos en una casa a San Nicolás, y junto a la calle de Abades, y hállase haberse descubierto pedazos de calzada en que están fundados. Y que Hércules vino a la parte de Sevilla vieja, y mudó allí la gran ciudad es cosa notoria; después los romanos, y principalmente Julio César, la ennobleció, edificando junto al río Betis, de que se llamó la Bética toda que es Andalucía; y los moros mudaron el nombre a este río Betis y llamáronle Guadalquivir.

Es esta puerta al poniente; tiene una calle de las más anchas de Sevilla, que corre hasta ella y llámase de las Armas. Dicen que entró por ella el Santo Rey Fernando, y así estaban dos versos antiguamente puestos encima della, con su rey a caballo y la espada alta, que decía:

«Regia Fernandus perfregit claustra Seville»

Fernandi et nomen splendet, ut astra poli».

«Fernando quebrantó las reales cerraduras de Sevilla y el nombre de Fernando resplandece como las estrellas del cielo».

Estaba desechada esta puerta, y baja, que se le venían a cubrir con la tierra que había crecido, casi la mitad, y tenían delante un montón grande de tierra, donde don Fernando Colón, hijo de don Cristóbal Colón, el que halló las Indias Occidentales, comenzó a hacer un edificio y plantar una huerta de más de cinco mil árboles, por lo largo del río, haciendo que la ciudad por allí tuviese lustre, y la ribera quedase más fresca; juntó en ella copia de casi veinte mil libros. Esperábase de hacer allí un verdadero monte Parnaso, así por la frescura de la huerta, como por la casa y multitud de libros, la cual está ahora en la iglesia mayor de Sevilla, en una pieza que corre desde la torre hasta el Sagrario.

Ya comenzaba la Puerta de Goles a lucir nuevamente y a tener fama con este edificio, y vecino tan bueno, hasta que vino don Francisco Chacón, Asistente que fue desta ciudad, y mandó con orden de Sevilla que se edificase y se alzase del suelo; y así se alzó de piedra labrada, con sus frontispicios y remates de unos grandes globos y puntas, poniendo de la parte del río las armas de Su Majestad, y de la parte de la ciudad, las que en ella tiene en su sello, el santo rey don Fernando y los santos Arzobispos della, San Isidro y San Leandro. Y tres torres de la muralla se aderezaron, y empedróse todo aquel espacio, haciendo una ancha calzada, y arrimando al terrapleno donde están las casas de Colón una pared algo baja, que tuviese compañía a la muralla, y no dejase desbaratar la buena muestra de la calzada. En ésta, pues, se ordenó la entrada, por la brevedad que se dio a la ciudad, queriendo levantar allí un arco y hacer una razonable muestra de su voluntad.

Vímonos en grandísima fatiga para dar, en espacio de solos diez días, y falta de aquellos maestros que en tan grande abundancia tienen Italia y Flandes, para acabar algo que pareciese bien; y habiendo de aderezar las paredes y hacer dos arcos, púsose luego la mano, y determinóse que se hiciese en aquellas tres torres, que tenemos señaladas, y el paredón bajo que a la parte del río iba, la traza de la entrada como por toda la ciudad se podía servir a Su Majestad. Y para hacer esto, se igualó la parte baja del terrapleno con las tres torres y el muro, llevándolo en proporción, que pareciese todo uno y formase un recibimiento de la puerta muy espacioso y de hermosa vista. Y así se blanqueó la muralla y torres de la una parte y el lienzo de la otra, con maderos y tablas fuertemente trabados. Hacían una muestra que, a tener tiempo, la ciudad la hiciera de obra, que pudiera quedar en memoria de aquella merced, que Su Majestad hizo a aquella puerta, que tuvo felicidad en acordarse de ella, por la que vino desde los tiempos pasados hasta ahora, que la adornaron todos con cuanto mejor aparato pudieron, porque se vea la diligencia que se tuvo.

ARCO PRIMERO

El primero arco era de tres arcos de obra dórica y en esta forma ordenados, que el arco de enmedio era ancho veinte pies, y los de los lados de diez y ocho pies de cuadrado,

adornados con dos columnas dóricas, y en medio dellas un emperador puesto dentro de un nicho, y debajo de las columnas había un pedestal grande, que sustentaba las columnas, y todo el pilar, sobre los cuales, que eran cuatro, corría un arquitrabe con su friso y cornija, de obra dórica, con sus remates al derecho de las mismas columnas. Iba todo pintado como piedra blanca, y en los mismos pedestales sus tondos de jaspe, y dentro de las puertas o entradas de los arcos, tres insignias o empresas, con sus letras hieroglíficas de medallas antiguas, que los emperadores romanos traían o recibían, por su pretensión, o por la bondad que tenían para bien de sus pueblos. Y por estas causas se levantaban arcos triunfales, se edificaban memorias entre los antiguos, por dar premio a la virtud, que es el estímulo de todo cuanto hay bueno, y por animar a los que tienen tomada la mano de hacer bien.

HÉRCULES

En la frente que tiene la torre a la parte de la ciudad, había un coloso, que es figura de las que se hacían mayores que la estatura humana. Estaba un Hércules desnudo, con solamente la piel del león, que mató en la montaña Nemea, cuando el rey Euristeo se lo mandó. Tenía encajada la cabeza del león en la suya, y en la una mano un ramo con tres manzanas o frutos de oro, y en la otra mano la clava, que es un bastón ferrado, guarnecido con puyas, y él de pies sobre el Dragón de las Hespérides. Hacía grande efecto puesto allí, así por ser el primero que en Sevilla podía parecer como fundador, y por el nombre de la puerta, y por lo que ofrecía a Su Majestad, que eran las tres manzanas, y por la postura en que estaba. Las Hespérides eran (según los poetas) tres hijas de Héspero, hermano de Atlante, Rey de la Mauritania; y en frente de África, donde ponen ahora el Cabo Verde, estaba la isla de las Hespérides, que se llamaron Egle, Aretusa y Hesperetusa, que tenían un huerto todo plantado de frutos de oro, guardado por un dragón, que jamás dormía adonde Euristeo mandó a Hércules fuese, y le trujese aquellas frutas, y así lo hizo; lo que yo tengo largamente escrito en mi *Hércules*, en octava rima, adonde puse cuanto tesoro hallé en poetas griegos y latinos. Hay grande opinión sobre qué fuesen aquellas manzanas; tomadas moralmente, son las virtudes heroicas que un rey, o príncipe, debe tener. Estaba antiguamente (como dice Pierio Valeriano, en un libro que hizo de las letras egipcias, llamadas hieroglíficas) la estatua de Hércules desta mesma forma puesta en el Capitolio romano, hecha de bronce; las tres manzanas significaban las tres virtudes principales, que el rey o héroe ha de tener: la una *EXCANDESCENTIAE MODERATIO*; la segunda, *AVARICIAE TEMPERAMENTUM*; la tercera, *GENEROSUS VOLUPTATUM CONTEMPTUS*. «Moderación del enojo y ardiente saña. Templaza de la avaricia. Menospreciar hidalgamente los deleites». Son cierto tres maravillosas virtudes para el estado de la justicia y clemencia, para el temple de la avaricia y liberalidad, para saber dar de mano a los contentos y apetitos, que dañan la Majestad real. No lo puede ofrecer esto sino un Hércules, que es el entendimiento poderosísimo, vestido del despojo del león, que significa la generosa fuerza del ánimo y la excelencia de su valor, pues es rey de los animales y animal sujeto al sol, que es claridad de todo el mundo, que como dice Homero, todo lo ve y todo lo oye, retrato verdadero del rey humano para transformarse en la idea divina. Haber muerto el dragón y tener los pies sobre él es (según declaró Filón) tener postrada la deleitosa blandura y

amoroso regalo de la lascivia y apetitos venéreos; la clava es la razón y disciplina con que se rompen y desmallan las corazas del apetito y hacíanla de alcornoque, por ser materia que no se corrompe, y así los antiguos con este árbol señalaban firmeza y fuerzas. Tenía nudos y puyas la clava por los escrúpulos y dificultades que hay en el ir tras la virtud, que nos demuestra la verdadera. Aunque algunos tuvieron que Hércules fuese el sol y las manzanas de oro, las estrellas, porque Hesíodo hace las Hespéridas hijas de la noche, y así podrían significar otras cosas. Aunque está mejor en la primera declaración, porque presenta las mayores y más altas virtudes que en un Príncipe (que tiene a cargo los pueblos, como dice Homero) conviene que resplandezcan y fructifiquen, que es el oro en la fruta que le da una persona tan celebrada.

Tenía el Hércules un pedestal con estos versos latinos, ofreciéndose a Su Majestad:

*Alcides adsum, Patrio demissus Olympo,
Vt tibi dona feram, quae Hesperis alma tulit.
Maximus his niteas semper virtutibus heros.*

*Serus vt ad coelum, quae Pater auctus, eas.
Hanc urbem statui, posuit tibi moenia Iulus.
Carolus ornabit, tu meliora dabis.*

«Yo, Hércules, vengo enviado del cielo de mi padre para que te dé presentes, que me dio la santa Hespérida; tú, gran Príncipe, resplandezcas con estas virtudes, para que vayas al cielo después de largo tiempo, del cual está tu padre acrecentado. Yo fundé esta ciudad; Julio César puso los muros en tu servicio; Carlos la adornó y tú le darás cosas mejores».

Soneto:

Yo soy Alcides, que del alto cielo,
adonde vivo en soberana gloria,
vengo a rendirte la mayor victoria
que real valor gozar pudo en el suelo.

Ves aquí el don, que el amoroso celo
me dio de Hesperia, de inmortal memoria,
con que se engrandeció tanto mi historia
que del veloce tiempo vence el vuelo.

Con este el premio de virtud ardiente
gozarás eternamente la luz pura,
que en ti del claro padre revertiera.

A esta ciudad di yo principio y gente,
fuerzas dio Julio, Carlos hermosura,
pero de ti, señor, más bien espera.

BETIS

En la torre, que estaba hecha de madera y lienzo, pintada de la parte del río estaba, a la misma medida, un coloso de bronce, que representaba al río de Guadalquivir, el cual se llamó Betis, del Rey Beto, sexto rey de los iberos, llamados después hispanos, 1836 años antes del advenimiento de Nuestro Señor, y de allí el Andalucía toda, Bética, que los vándalos llamaron Vandalia. Estaba allí en pie, aunque los más de los ríos se figuran recostados, pero aquí Betis fingímoslo que venía de vuelta, con la creciente, por embajador a Su Majestad, de parte del Océano, padre de todas las aguas, a decirle lo que veremos en los versos. Tenía la barba larga, los cabellos envueltos en una guirnalda de cañas, olivas y espadañas, y la mano derecha sobre un gobernallo, y a lo postrero dél, revuelto, un delfín, declarando lo que con la ánora y el delfín solían los antiguos, allí con más prudencia, revuelta la velocidad en los negocios. Tenía el pie siniestro sobre una urna, que lanzaba gran golpe de agua de sí, y a la ribera dos cisnes en señal de los poetas que cría este río, de no menor ingenio y espíritu que los demás. En la mano izquierda tenía un vaso con muchas barras de plata y oro, que es lo más preciado que se trae de las Indias, y unos versos que decían:

*Me Pater Oceanus celerem refluentibus undis,
Dive Philipe, tuos iussit adire pedes.
Ut tibi pollicear, quicquid Neptunus in undis
Gemmarum, atque auri, quicquid habet Zephyrus.
Hispalin ingredi et nostros proficiscere in hostes.
Non deerunt et opes, non elementa tibi.*

«El Padre Océano me envía ligero, con las aguas de la creciente, gran Philipe, y mandó que llegase a tus pies, para que te prometa cuantas perlas, o piedras, tiene en las aguas Neptuno, y cuanto oro tiene el Céfiro, que es el Occidente. Entra en Sevilla y parte contra nuestros enemigos, que no te faltará potencia, ni los elementos dejarán de favorecerte».

Soneto

Mi padre Océano, oh Rey esclarecido,
a cuyo reino fue de Eolo traída
la nueva de tu próspera venida
que para mí tan summo bien ha sido,

de oro y perlas, cuantas han nascido,
doquiera que Neptuno les da vida,
y es la beldad de Zephyro esparcida,
te avisa que por mí serás servido.

En Hispalis ilustre en fe y belleza,
que jamás meresció mirar tu ira,

entra, Príncipe, lleno de alegría,
y partirás de aquí no sin riqueza,
a vencer el furor que en vano aspira
a resistir tu ira y cortesía.

PARNASO

En lo alto del arco, desde torre a torre, pasaba un bosque fresco de árboles, y puestas a mano muchas cajas llenas de yerbas, que parecían haber nacido allí encima, representando un huerto pensil, de los que en los muros de Babilonia plantó Semíramis, poderosísima reina de los asirios; en medio estaba una grande montaña, hecha artificiosamente con sus peñascos, a partes colorados de la peña, a partes verdes de la yerba, con árboles que de entre ellos salían verdaderos. Era éste el monte Parnaso de Boecia, tan celebrado de los poetas, y tenía al pie una fuente, que despedía de sí un caño de agua de azahar, tan grueso como el dedo pequeño; y porque no manchase las ropas se dio orden, que no corriese. Más adelante había una silla alta, cavada en la peña, adonde estaba sentado el dios de las musas y poetas, Apolo, vestido de una ropa de brocatel labrado de blanco, y con dos cinturas de tafetanes azules; y sus borceguíes labrados como los coturnos antiguos, y su guirnalda sobre el cabello rubio. Tenía una harpa en la mano. Estaban, más abajo, asentadas las nueve Musas, que las cinco dellas eran doncellas, de extremada voz, y manos en tañer harpas y vihuelas de arco y violones, entre las cuales había una niña que diestramente tañía; las otras cuatro eran cuatro músicos, vestidos en hábito de musas, de la otra parte. Tenían unas ropetas, de tafetán presado unas, y carmesí otras, con basquiñas de terciopelo, y todas a dos cinturas, y con cabelleras y guirnaldas y instrumentos en las manos. Las doncellas estaban vestidas riquísimamente, y tocadas a lo moderno, enlazados los cabellos en unas redecilas de oro. Acompañábanlas otros tres músicos en figura de las Gracias. Estaban allí sentadas (cada una en su peña) descubriendo sus personas para hacer la representación del monte muy hermosa. Tañían todas las veces que salía, o pasaba por debajo del arco alguno de los tribunales que iba, o venía de besar las manos a Su Majestad. Este monte daba mucho contento por hacer una muestra antigua.

PUERTAS DEL ARCO

En este arco, como dijimos, había tres puertas y, en ellas, nueve letras hieroglíficas, o empresas, y cuatro figuras, las cuales iban puestas en esta orden: Estaban junto al Hércules, y por aquella banda, cuatro estatuas de emperadores y reyes, de doce palmos en alto, casi al natural hechos. Junto al Betis estaba el rey don Fernando el Católico, armado con su espada en la mano, y corona en la cabeza, y en la otra mano una granada, con unas letras a los pies que decían:

«*D. FERNANDUS V. HISPA. REX.*»

«*Don Fernando el quinto, Rey de Hespaña.*»

A su lado luego, a la puerta del arco de en medio, estaba el emperador Maximiliano, con su corona de Imperio, y espada armado; y decían las letras que tenía a los pies:

«*D. MAXIMILIANUS. I. CAESAR*»
«*Maximiliano primero, Emperador*»

A la otra parte parecía el Emperador Carlos quinto, César Máximo, de la misma suerte, y su nombre:

«*D. CAROLUS, V. CAESAR*»
«*Don Carlos quinto, Emperador*»

A la parte de Hércules estaba el Rey don Felipe, padre del Emperador Don Carlos y abuelo de Su Majestad; decía:

«*D. PHILIPUS, I. HISPAN. REX.*»
«*Don Philipe primero, Rey de Hespaña*».

Tenían todos sus paludamentos, o ropas de los capitanes antiguos. No les puse letra, sino solamente en unas piedras toscas, que se hacían sobre los nichios (en donde estaban) ciertas cifras, que no decían nada, para declarar a Su Majestad que aquellos eran su padre y su abuelo, de la una parte, y de la otra el bisabuelo de la casa de Austria, y el bisabuelo de la casa de España, y que aunque sea grandeza tener abuelos tales Reyes y tales Emperadores, y padre de tanto valor y felicidad, en fin no es nuestro todo aquello, sino lo que se hiciere por nuestras manos. Callando todos cuatro decían mucho, porque lo recibían con buen semblante, y le ponían delante la ciudad de Granada, en mano del rey don Fernando el Católico, que la ganó. Y Flandes, en el emperador Maximiliano, que la sustentó y defendió. Todo el mundo, en el Carlos, que lo alegró y tuvo en admiración. Y España, en el cual reino murió el rey don Felipe, su abuelo. Poníanle delante la obligación; alegrábanse que tan dichosamente la hacía suya, dábanle el parabién de honrar la ciudad, que tan devota es a su servicio, y acordábanle la grandeza de obras, que sobre sus hombros están sentadas, siendo felicísimo heredero de la Casa de España y de Austria, obligado (todas las horas y momentos que los ve con la memoria) a tantas virtudes, hazañas, prosperidad y bendición, que en todos cuatro hubo. Porque aunque el rey don Felipe el primero no viniera al mundo más de a darle el fruto de los dos hermanos, Carlos y Fernando, para suceder de allí la bendita generación de los reinos e imperios, como van procediendo, había hecho una de las mayores hazañas que los hombres han podido imaginar, y tiene parte en todas las glorias, de cuanto en sus herederos se pueden escribir por largos años, lo cual pedimos a Dios en el Rey Don Felipe nuestro señor, y con más larga vida. A los lados de dentro destas figuras iban las armas de cada uno dellos pintadas.

LAS NUEVE EMPRESAS

Luego, en la puerta que estaba junto al Hércules, había en el cuadro que hacía cielo, una guirnalda grande, de ramos de encina con sus bellotas, y dentro una letra que decía:

«*SALUS GENERIS HUMANI*».
«*Salud del linage humano*».

Es ésta la corona cívica que se daba al ciudadano que, en batalla, libraba de muerte a otro ciudadano; tejíanla de los ramos de encina y sus frutos, por significar la vida y nuevo alimento que le daba en librarlo. Aplícase a S. M. porque en la tierra nos lo puso Dios para salud y conservación de las ciudades, y así se la ofrece Sevilla con dos letras, S. C., que se solía poner en todo lo que hacía el Senado de Roma. Allá en derecho estaba la corneja, entre las mismas dos letras S. C., que es *Senatus consulto*, y por letras *CONCORDIA SERVIT*, declarando que todos unánimes y en general concordia sirven a Su Majestad, y que no hay cosa que más pueda servir que la concordia. Esta ave solía estar siempre en la tutela de la concordia, como se puede leer en Eliano, que los antiguos solían invocar la corneja cuando se casaban; y Policiano, en sus *Misceláneos*, hace memoria de una medalla de Faustina, la menor hija de Marco Aurelio y mujer de Lucio Vero, que traía una corneja en el reverso de su retrato, y la letra *CONCORDIA*. Y así la pone pintada Guilielmo du Choul, en el libro de la *Religion des Anciens Romains*. Saqué yo del *Senatus Consulto* nueva significación, diciendo *CONCORDIA SERVIT*, porque puede decir esto, y está bien aplicado al Cabildo de Sevilla, que tan en conformidad buscó fuerzas para servir siempre a Su Majestad.

En frente estaban dos manos trabadas como en los principios santos del matrimonio y dos cornucopias con un caduceo de Mercurio, que es aquella vara y culebras revueltas que tiene, y una letra *EX PACE UBERTAS*. Fue reverso de la medalla de Julio César para significar la paz, y así tiene abajo de las manos puesto *PAX*, porque ya se sabe el darse las manos derechas, que significaba siempre de trabar nuevas amistades entre ejércitos, provincias, capitanes y personas particulares, y que de allí resulta la fertilidad de todas las cosas con el buen gobierno de la república, o reino en poder de Su Majestad.

Viniendo al arco de enmedio, estaban en el cielo tres gavilanes, las cabezas juntas en triángulo, y así las colas a la parte de fuera, con las alas tendidas, haciendo una rueda dellas y sus cuerpos, y por entre los seis espacios de fuera, estas letras griegas de dos en dos: *ΝΙΚΗΤΛΚΟΤΑΤΟ Σ*. Hacen una hermosa empresa, y es tan antigua que dice P. Valeriano, en el libro 21, que Darío, el que tenía pensamiento de señorear todo el mundo, solía traer una ropa rozagante de tela de oro, en que estaba la empresa (que hemos puesto) labrada y bordada artificiosamente. Quiere decir el griego vocablo «victoriosísimo», porque el gavilán, con las alas así tendidas, significaba en los misterios antiguos de los egipcios victoria perpetua. Las alas son señal de victoria, y el rey Antíoco, que había acabado grandes hazañas, sujetado muchas gentes, rendido muchas ciudades, y que siempre estaba ilustrado de nuevas victorias, se holgaba que lo llamasen Hierax, que es *accipiter*, según Teodoro Gaza, en latín, «el gavilán». Púsose en la entrada, y encima de la cabeza de Su Majestad, para insignia de su perpetua felicidad, y victoria en lo que

pone sus manos, y la pretensión de llevar esto adelante. Acompañaban los lados no menos a ésta, porque de la mano derecha estaba una gruesa espiga, y granada, entre dos Copias» llenas de muchos frutos; y la letra: *FELICITAS PUBLICA*, 'Felicidad pública'. Era reverso de la medalla de Severo Emperador, que con su justicia y rectitud hizo que el pueblo romano gozase por algún tiempo del Siglo de Oro, como en los días de S. M. ha tantos años que todo su reino goza. Así está a la mano siniestra enfrente una mano con un peso de platero, que tiene las balanzas en fil, y la letra *REGIS AEQUITAS*, «La equidad del rey». Era reverso de la medalla de bronce de Tiberio Claudio César, y Nerón traía el peso sin mano, cuando a los primeros años se preciaron de conservar la justicia en aquella equidad y temperamento que el buen rey sabe dar al rigor de las leyes escritas, y de que Aristóteles trata largamente en el quinto de las *Éticas*. Y aunque los jueces y ministros de los reyes tengan el peso de la justicia (que iguala a todos) ha de dar el rey la mano con la moderación de lo justo y bueno, que llaman *aequitas*. Y los teólogos conservan el vocablo griego *Epikeia*.

En el arco junto al Betis, estaba por cielo un ara antigua, con sus fuegos, y a los pies dos águilas, que las colas tenían escondidas detrás del pie del ara, y sus pies fuera, y aleando con los picos hacia el fuego; y la letra *MEMORIA FELIX*, «Memoria dichosa». Esto era reverso de la medalla de Constantino, emperador felicísimo, cuya vida escribió Eusebio Cesariense en tres libros. Declárase la venturosa venida de Su Majestad a esta ciudad con el fuego, que siempre arde, y la eternidad de las águilas, que denotan esto. Estaba a la mano derecha una lechuza con un ramo de palma, sobre que venía a sentarse, y una letra: *VICTORIA FELIX*, «Victoria bienaventurada». Porque tenían los gentiles que la lechuza era ave de buen agüero, y símbolo de victoria (como lo trae largamente Pierio en el vigésimo libro). En tanto, que decían que los atenienses enderezaban sus negocios (cuando iban errados) con la presencia de la lechuza, que significa la prudencia, consagrada a Palas Minerva, diosa de la sabiduría. Era moneda de Atenas una cabeza de la diosa Palas, armada con celada, y plumas sobre sus cabellos, y una lechuza con el ramo de palma, y unas letras griegas que decían *Athena*, nombre, como dijimos, de Minerva.

En la otra banda, a mano izquierda, está el dios Jano, con dos cabezas coronadas; era moneda de bronce antigua, y la razón está notoria por la historia que Macrobio y Plutarco ponen de Jano. Estaban unas letras que declaraban su prudencia: *A FRONTE, ET A TERGO*, «adelante y atrás», para significar los avisos que se han de tener en los negocios, en ver el principio y fin de todo, y cuán a recado ha de estar el que gobierna. Y por ser esta figura de Jano común en todos los recibimientos no se debe desechar, pues en todo cuanto hay se ha de mostrar la discreción de los hombres. Son palabras de Aquiles en Homero, cuando reprehende a Agamenón de inconsiderado.

En todas las tres entradas de este arco se ofrecían a Su Majestad tres grandes bienes con sus accidentes: Salud, con la concordia y fertilidad; Victoria, con felicidad y equidad; Memoria con ventura y prudencia. En las cuales cosas nueve, se suman y abrevian todas las virtudes de un buen rey, de un buen capitán, de un verdadero padre.

Pasando todos adelante en su orden, como iban, Su Majestad llegaba al arco de en medio, con la guarda de a pie por los lados, llevando a su mano izquierda al uno de los

serenísimos Príncipes, Rodulfo, que es el mayor, y luego el Ilustrísimo Cardenal, que traía a su mano derecha al menor, que se llama Ernesto. Recibieron todos contento de ver el arco, y holgáronse de la muestra del Parnaso, con las ninfas y musas. Levantóse Apolo, y tomando muchas rosas, las esparcía diciendo:

*Dadme flores y rosas,
con que se regocije esta venida,
cantad Musas hermosas,
aquí emplea la vida,
pues que tiene la Laurea merecida.*

MUSAS

Y así todas comenzaron a derramar rosas de los regazos, en que las tenían; las cuales como eran sólo en hoja y delicada, iban volando por todo el aire aquellas hojas formando una hermosa nube y cubriéndose suavemente los rostros de los que arriba miraban y con una agradable risa lo recibían. Ellas, puestas las manos en sus vihuelas de arco y harpas, violones y cítaras, cantaron en acordadas voces juntas, con artificio y melodía:

*Bien venga nuestra gloria,
nuestra luz, nuestro Rey tan deseado,
renueve la memoria
del bien aventurado
Carlos, que con Dios vive descansado.
Bendito sea el día
que abrió la claridad de su presencia,
que con tanta alegría
declara la clemencia
De tu benignidad y tu potencia.
Rey nuestro valeroso,
defensor de la fe, lumbré de Hespaña,
vengas tan venturoso
con Dios, que te acompaña,
que quites de la tierra cuanto daña.*

Así estaba aderezado el arco primero, aunque Su Majestad no pudo parar en lo que se le cantó, y si un poco de tiempo se diera para henchir lo de arriba, con las cosas que para este recibimiento teníamos trazado, diera mayor contento y admiración. Porque el Parnaso había de tener dos cumbres, una con el templo de Apolo, y el otro de Baco, y de aquellas cumbres subía levantado medio círculo, en que se veían señalados los seis signos del Zodiaco, que se muestran sobre nuestro horizonte; y en llegando Su Majestad, poníase en pie Apolo, y con el dedo señalaba al signo de Géminis, en el cual nació Su Majestad a doce de mayo. Estaban los otros dos lados llenos de veinticuatro niñas hermosas, y vestidas de unas ropas de tafetán de varias colores, con sus cabellos rizos y unas alas de mariposas de diversas pinturas. Las doce que estaban a la banda del Betis

tenían almarrajas de aguas olorosas, y las otras muchos manojos de flores en las manos y ramilletes, que las unas y las otras lloviendo agua almizcada y las otras flores, alegrasen la solemne entrada. Éstas significaban las horas, que los poetas fingen ser las que ensillan y tienen cuidado del carro y caballos del sol. Pongo esto aquí, aunque no se acabó, porque de mi parte lo di por acabado, y por la de todos, pues solamente faltó un día».

Determinóse allí súbitamente para vestir aquella muralla, la una y la otra, de figuras que acompañasen aquellos cuatro lienzos y torres, pues por ninguna parte estaba la ciudad más baja de muros, ni más mal reparados, ni tan viejos, y dióse en proponer a la vista de S. M. los lugares y villas de la tierra y jurisdicción de Sevilla en forma apacible; y cuanto las cosas son fáciles de inventarse, tanto son dificultosas en disponerlas, vestirlas y aun adornarlas de palabras. Levantóse entre dos lumbres de tres almenas una punta, que ocupaba una lumbre y dos almenas, para que saliese de doce palmos. Divídense en cuatro partidas, que son las que se siguen, como están en los libros de la ciudad.

Lugares de Sevilla

EL AJARAFE

Coria

La Puebla

Hinojos

Huévar

Escacena

Paterna

Manzanilla

Castilleja del Campo

Aznalcóllar

Gerena

El Garrobo

Alcalá del Río

Burguillos

Aznalcázar

Pilas

Guillena

La Rinconada

Palomares

Tomares

Valencina

Bollullos

Bormujos

Espartinas

Camas

San Lúcar la Mayor

Salteras

Benacazón

LA SIERRA DE CONSTANTINA

Constantina

Cazalla

Alanís

El Pedroso

Puebla de los Infantes

San Nicolás y Villanueva del Camino están vendidas

SIERRA DE AROCHE

Castilblanco

Castil de las Guardas

Aracena

Cumbres Mayores

Cortegana

Cumbres de S. Bartolomé

Encinasola

Fregenal

Zufre

Santaolalla

Cala

Aroche

La Higuera

Real

El bodonal

La Nava

El Almadén

Hinojales

Galaroza

Cumbres de En medio

LA CAMPIÑA, O BANDA MORISCA

Utrera

Lebrija

Las Cabezas de San Juan

Villafranca de la Marisma

Dos Hermanas

Villamartín

Repartiéronse en dos bandas: la sierra, a la parte de la ciudad, y el Aljarafe, a la del río. Pusiéronse las más principales porque quedasen por algún tiempo pintadas. Iban dos en forma de mujer y la tercera en forma de hombre, para más hermosa muestra. Eran de muy buena mano, bien coloridas, con diversos puestos cada una y en la punta que venía sobre su cabeza un vaso antiguo colorado hermosamente levantado. Trabajóse en la variedad de las figuras y colores por parte de los pintores, y de la mía en las razones y palabras varias». Todas eran de un tamaño sobre sus pedestales, con igual distancia unas de otras,

que parecían haber llegado entonces al recibimiento, y puestas por orden ofrecen a Su Majestad graciosamente lo que Dios fue servido de darles en sus tierras, para todo lo que ha menester y desea el hombre; que ciertamente es tan grande la abundancia, grosura y fertilidad de todas ellas, que aun la más pequeña tiene qué poder ofrecer a Su Majestad, para ser admitidos con gusto, según se verá en su declaración. Y así Su Majestad las iba mirando benignamente.

LEBRIJA

La primera que se ofrecía, pasado el arco y torre, a que está pegado, era Lebrija, en forma de mujer, con una basquiña azul y ropa morada, y la sobrerropa azul a manera de tornasol. Tiene con ambas manos una fuente de mármol con un niño, de cuyos pechos salía agua, y a sus pies una garza y un pato en una laguna. Muéstrase la cabeza torreada con su guirnalda, en que asienta la fortaleza, y una medalla en el pecho con el retrato del maestro Antonio de Lebrija. Tenía encima de la cabeza, como todas, el nombre vulgar, y a los pies en su pedestal dos dísticos. Y por no venir los versos en él, se cortó en las otras.

*Bachus amat Codes, Cereris labor arua retractat,
Stagna sonant auibus, quas videt Oceanus,
Meque beat Pallas, Musaeque Antonius auctor,
Rex excelse, mihi gloria maior ades.*

«Baco ama los collados, el trabajo de Ceres trastorna las tierras. Las lagunas suenan con las aves que ve el océano y Palas me enriquece y Antonio el autor de la ciencia. Tú Rey alto vienes a serme mayor gloria».

Yo de Baco soy amada,
de Ceres no aborrecida,
y del ave que se anida
en la marisma bañada,
soy regalada y servida.

Palas no me tiene en poco,
Antonio es desto el autor,
nada me falta, Señor,
si esos pies reales toco,
indigna de tal favor.

(En todos estos epigramas que pondremos, para diferenciar los dones de Vino, Aceite, Trigo y Caza, tomamos a Baco para el vino, Palas para el aceite, Ceres para el trigo, Diana para la caza, Palas para los ganados, porque los poetas atribuyen la invención de todas estas cosas a los dioses y diosas, que por cierta razón tenían así nombrados). Es notorio ser Lebrija lugar o villa antigua. Dicen haberle puesto nombre Baco, cuando viniendo por el mundo conquistando, descendió a España, y de las gamuzas, que eran

unas pieles que sus sacerdotisas vestían, llamadas Nebrides, se dijo Nebrissa; y para esto tenemos en Silio Itálico:

Tempore quo Bacchus populos domitabat Iberos.
«Al tiempo que domaba Baco a Iberia».

Y adelante:

At Nebrissa Dioniseis concita Thyrsis,
Quam Satyri coluere leue.

«Mas Lebrija, que fue bien conocida
dDe los Tyrros, que vibra Dionisio,
donde ligeros sátiros vivían».

Fue celebrada de los romanos con muchos edificios y piedras antiguas, que se han hallado de los Elios y Elianos, clarísimas familias de Roma, como afirma Antonio de Lebrija en el prólogo que hizo sobre su arte, a la serenísima reina doña Isabel. Y hasta ahora hay un arco y figuras en la plaza de la misma villa. Tiene una albina, que es un lago grande, en que hay innumerable cantidad de aves de agua, patos negros, blancos y de otras colores, que por el mes de julio van a desovar y desplumar en unos altos eneales que allí se hacen, y entran con barcos a caza dellos, y córrenlos de manera, que matan a palos grande número dellos. Hay otros mil géneros de estas aves de marisma.

Está sentada en fertilísima tierra de trigo y olivares. Tiene presunción de haber sido el más antiguo lugar de la ribera de Betis. Está cerca de las marismas, de que hace larga memoria Estrabón. Han salido de allí algunos insignes varones, principalmente el maestro Antonio de Lebrija, y sus hijos, el que ha enseñado a toda España, desbaratando los bárbaros y dando principio a las buenas letras.

Esta villa tiene un agua buena, que es el Fontanal, algo apartada. Sus términos llegan hasta los de la ciudad de Jerez de la Frontera, con quien ha tenido diferencias por ellos.

LA PUEBLA

Luego corresponde, en el muro del río, la Puebla Vieja, cerca de Coria. Es lugar muy antiguo en este reino y, aunque no es muy grande, tiene grandes aprovechamientos de ganados, de tierras de pan; goza de marismas. Hay en ella los mejores melones de la tierra. Es lugar de buenos aires, junto al río, y tan sano que dicen no haber tocado en él contagio alguno de peste.

Estaba muy hermosa con una basquiña colorada y la ropeta azul, con su sobrerropa morada. En la mano derecha, un sábalo, y en la siniestra un plato levantado con melones.

Dedala terra parit flores, iam Doris aperto

*Emicat alba sinu, piscibus unda salit.
Siquid Alosa iuuat. Rex ingens, vescere sodes,
Stulta ego, quae pisces credo placere tibi.*

*«Pare la ingeniosa tierra flores,
ya la Dorida blanca sale afuera
con el abierto pecho, la onda salta
con pesces, y si el sávalo te aplace,
Gran Rey, come, suplico; mas ay necia,
que pienso que los pesces te contentan».*

*Señor, aquí hay muchas flores,
todas a vuestro servicio,
y viven con mucho vicio
los alegres rui señores
en agradable ejercicio.*

*Hay aquí mucho pescado,
pero ninguno mejor
que este sávalo, Señor;
mas mirá en qué he trabajado,
pues ninguno os da sabor.*

Su Majestad en toda su vida no ha probado pescado y por eso La Puebla se reprehende. Paulo Jovio, en el libro de peces, en el capítulo de Laccia, dice que los españoles llaman *sábalos* a los que los frances y campanos dicen *alosas*; en toscano y Venecia, *clupeas*. Estrabón, Eliano, Opiano y Ateneo *trisas*, que Teodoro Gaza traslada, *alosas*, y es vocablo que está en Ausonio.

SANLÚCAR LA MAYOR

Junto a Lebrija está pintada Sanlúcar la Mayor, que decían llamarse Solúcar de Albayde, un moro cuya era. Es lugar de grande vecindad; viven en él caballeros y gente rica. Tiene un templo principal con su plaza, y insignias de justicia, y extremada devoción con Santo Estacio, que es venerado en una iglesia de su nombre; y a su contemplación, se llaman muchos así. Hay grandes olivares y es de mucho provecho.

Está pintada como mujer hermosa, la basquiña morada, la ropa azul; en la mano derecha tiene un ramo de oliva, y en la izquierda el retablo donde está San Estacio a pie, hincado de rodillas delante del ciervo que trae el crucifijo entre los cuernos, y el caballo y lebrél (remítome a su historia, que se llamó Eustaquio, que en griego significa el bien firme y fiel cristiano, que en el servicio del César Trajano era dicho Plácido, y su maestre de campo debía de ser de esta nuestra tierra, y es muy sabroso el suceso de su vida). Tiene la figura más una guirnalda con torres, a sus pies, un toro, un vaso de aceite y una media arroba.

*Pallas oliuifera me cingit virgo corona,
Vt te Rege pia munera pacis amem.
Eustachii bonus euentus et clara decorat
Tutela, vt Dominum, te vocitare queam.*

«La virgen Palas me ciñe de corona de olivas para que, siendo tú mi rey, ame los dones de la santa paz; el buen suceso de San Estacio y la clara protección me hace hermosa, para que te pueda llamar señor».

Dice esto declarando haber quedado en la tierra de Sevilla, aunque la quisieron comprar algunos señores ajenos.

*Palas me puso, Señor,
esta corona, que veis,
para que no os desdeñéis
de recibir paz y amor,
pues tanto lo merecéis.
Estacio, en este lugar,
mereció según su historia
alcanzar de sí victoria,
lo cual me hace esperar
que de mí tendréis memoria*

CORIA

Está enfrente Coria, que es lugar nuevamente poblado, pero de grande utilidad. Aquí residen las guardas del Almojarifazgo Mayor y de Indias, y del Almirantazgo, y de todas las mercaderías y navíos que van a Poniente y Levante, y se toma aquí la cuenta y razón de todo ello.

Cógense, en su tiempo, melones blancos y colorados, roteños y de todo el año. Hay heredades de olivares y algunas viñas. Es lugar apacible, de mucho trato y conversación, do algunos caballeros de Sevilla tienen sus casas y asientos. Están Coria y La Puebla juntas a la ribera de Guadalquivir. Gozan de sus pesquerías, frescura, paso de armadas. Péscanse allí sollos, sábalos, lampreas y otras muchas suertes de pescados.

Tiene una basquiña colorada y la ropa morada, y un plato de peces en la mano, y un vaso grande a los pies, declarando las tinajas de Coria, donde se hacen para muchos efectos, principalmente para grandes bodegas de vino y almacenes de aceite y miel, y para guardar agua del río, que por algunos meses se conserva; y es el barro tan bien templado, que enfría presto y la tiene fresca.

*Ad ripas Baetis sedeo visura potenteis
Laeta tuas classes, oecania vices
Terrea vasa oleo, vino, dulcique liquori*

Fingo, quibus terrae comnioda reddo piaie.

*«Estoy sentada junto a las riberas
de Betis, donde veo tus armadas,
con alegría naos y galeras,
las vueltas del Océano trocadas.*

*Vasos hago de tierra en mil maneras
para olio, vino, aguas reposadas,
y de la misma madre tierra hechos,
vuelvo a la piadosa sus provechos».*

Desde aquí veo, Señor,
vuestra poderosa armada,
y la grandeza extremada
del mar, a cuyo valor
ninguna es hoy comparada.
De vasos para olio y vino,
y para miel les proveo,
no hago lo que deseo,
pero sirvo de contino
con lo mejor que en mí veo.

CASTIL DE LAS GUARDAS

En el orden que lleva el muro de la ciudad, viene Castil de las Guardas, que es un hombre anciano, tiene una ropa azul y una sobrecopa colorada, y un tocado turquesco, o morisco, con una guirnalda de una mata con hoas verdes oscuras, las flores blancas, el fruto negro, que es como pimienta negra, de que hay casca y polvo con que se tiñe la grana, que no hacen falta los murices o caracoles antiguos. En ambas manos muestra una figura de un río recostado sobre una urna, de que sale agua, con unos pececillos que llamamos picones, que son de buen sabor, y se crían en aquel río, dicho Guadiamar. A los pies, una cabra.

Es un lugar de la Sierra de Aroche, que los reyes moros cobraban los derechos de los puertos del Andalucía, y había caballeros que iban con los caminantes y los ponían en salvo; y por esto se llamó el Castillo de las Guardas. Y que fue uso antiguo tener en partes puestos hombres de armas que pusiesen en salvo los caminantes, porque el trato de la vida humana no se perdiese. Y así se llamaban guardas, de guardar, y porque hay otro lugar en esta tierra que se dice Castil Blanco.

*Rex, si quando velis salientes ducere pisces,
In ripis Hamari pendula seta dabit,
Murice pro Tyrio mihi coccina grana petuntur,
De pretiosa meo vestis honore rubet.*

«Rey, si alguna vez quisieres sacar los peces, que andan saltando, el sedal pendiente dará esto en la ribera de Guadiamar. Cógense por mí los granos de grana, en lugar de Tyros, y la ropa preciosa se para colorada con mi honra».

Dícese en las fábulas que Hércules amaba una ninfa llamada Tyro, de que se dijo la ciudad Tyros en Fenicia, y tenía una perrilla blanca de falda, que yéndose una vez por la ribera del mar con Hércules halló un caracol de aquellas púrpuras, y comiendo dél se untó de sangre, y vuelta a las faldas de su señora, Tyro, pareció muy bien la sangre sobre lo blanco, y pidió a Hércules una ropa teñida de aquella manera. Volvió él por el rastro y haciendo pescar muchas de aquellas púrpuras y matándolas, hizo teñir en su sangre la ropa de su dama, que salió hermosísimo carmesí, y de allí adelante aquel color entre otras denominaciones se llamó Tyrio, de que hizo Antonio Thylesio unos versos. No dejaré de poner la copla que se hizo sobre esta figura:

*Si fuédes pescador
bien sé yo que se os daría
caña y sedal a porfía
en vuestro Castil, Señor,
que bien os parecería.
Pero, si no lo queréis,
también de muy buena gana
os darán de fina grana
una color, que diréis
que de la púrpura mana.*

HINOJOS

A esta responde otra de hombre, que es Hinojos, anciano con un sayo colorado y la sobrerropa azul, y en ambas manos presenta la Montea del palacio que allí tiene el Rey. Es un lugar del Aljarafe que tiene muchos pinares en su término, y olivares, de que se coge mucho aceite. Está en el palacio que llaman del lomo del Grullo, que tiene un monte acotado de bestias fieras, jabalíes, corzos, venados, con una casa de placer bien edificada. Hay en ella alcaide, que guarda el palacio y bosque. Los reyes pasados siempre lo repararon y aumentaron con grande cuidado.

*Me Diana fovet, Nomius delectat Apollo,
Exornat Cybele, caesia Pallas amat.
Ut reges olim, Rex nostra Palatia visus,
Delia adest canibus, retia rara ferae.*

«Regálame Diana con la caza, Apolo Nomio con sus pastos me deleita, adórname Cibeles con pinos y Palas, de ojos garzos, me quiere bien con olivos. Rey, visita nuestro palacio, como los reyes en otro tiempo. La diosa de Delos está a punto con canes, redes hay grandes y bestias fieras».

*Señor, aquí vive Apolo,
y Cibeles, y Diana,
y Palas la soberana,
que nunca me dejan solo
de noche, ni de mañana
Si volvéis aquí los ojos,
cuando Delia va a cazar,
veréis los canes soltar
los cazadores de Hinojos,
que es cosa para mirar.*

VILLAMARTÍN

Volviendo los ojos a la ciudad, síguese Villamartín, en forma de mujer harto hermosa, con una basquiña colorada, y la ropa amarilla, la sobrerropa azul, caída al brazo izquierdo. Un plato de fruta y muchas espigas. Parece sobre su rubia cabeza tener una corona de oliva y torreada fortaleza; a sus pies, un toro y un carnero. Cuéntase en la banda morisca; es lugar moderno. Cerca della está el nombrado castillo de Matrera, que sirve de guarda del lugar; tiene por alcaide un regidor de Sevilla. Puede haber cincuenta años (poco más o menos) que el cabildo desta ciudad la hizo poblar; hase hecho muy grande, que tendrá más de setecientos vecinos. Es lugar propietario y solariego del cabildo de Sevilla, lo que no son los otros lugares, porque son realengos, y así todas sus tierras, que son muchas y muy buenas, son solariegas, que la ciudad las arrienda por sus caballerías, y tiene puesto un mayordomo, que cobra dellos la renta y tiene jurisdicción sobre el lugar, enviando secutor a él con vara, que cobre las rentas. Está engrosado mucho en la cosecha de pan. Hay aquí un beneficio, que es nombrado, y renta cada año más de tres mil ducados; y los vecinos no tienen más renta de la que el mayordomo les da en las caballerías.

*Me rubicunda Ceres grauidis producit aristis,
Ad magnos census diuitiasque tuas.
Aduentuque tuo crescent felicius arua,
Laetius et segetes area nostra dabit.*

«La bermeja Ceres me produce con preñadas espigas, para grandes rentas y riquezas tuyas, y con tu venida crecerán más dichosamente los campos, y nuestra Era más fértilmente dará panes».

Ceres blanca y colorada
muestra aquí su lozanía,
con la cual alegre cría
de espigas tan gran manada,
como se vee cada día.
Es no pequeña riqueza,

muy poderoso señor,
pero si con buen amor
me mira vuestra grandeza,
serálo mucho mayor.

MANZANILLA

Enfrente, a la banda del río, está Manzanilla, mujer con la basquiña amarilla y la ropa, azul, y la sobrerropa morada. Tiene ambas manos ocupadas con un plato de uvas, por haber muchas viñas en su tierra, y otros frutos que tiene el Aljarafe.

*Extincta Semele, Nympharum exceptus in ulvas.
Bachus memiro fecit amore suam.
Sic Thyrsos apto iam versi coloribus uvis,
Rex, mihi si quid opis, dedita viuo tibi.*

«Muerta Semele, Baco recibido en los brazos de las ninfas con maravilloso amor me hizo suya, y así ya aderezo los tyrsos con uvas de muchas colores. Rey, si algún valor tengo, vivo en tu servicio obligada».

Tócase aquí la fábula, que pone Ovidio, en el tercero de sus *Transformaciones*, cuando Semele pidió (por orden de Juno que la engañó) a Júpiter que viniese con toda su majestad, y él la abrazó con los rayos, y el niño fue sacado ardiendo del vientre de la madre muerta y entregado a las ninfas, que lo bañasen y refrescasen. Significando el aguar el vino cuando sea menester. Y Tyrsos eran lanzas sin hierro, revueltas en pámpanos verdes.

*Cuando Semele murió,
quedó Baco muy pequeño,
y sin madre ni otro dueño;
en este lugar durmió,
claro Rey, el primer sueño.
Las ninfas lo recibieron
en este prado florido,
y así jamás ofendido
mis ojos, Señor, le vieron,
pero vos lo habéis vencido.*

CALA

Pintóse par de Villamartín, Cala, con una ropa azul y una basquiña morada. Tiene en la cabeza una guirnalda, y en la mano derecha un cordel con peces, que se pescan en un arroyo que tiene, y son bogas. Muestra en la izquierda un vaso de vidrio, y a sus pies otros, por haber en ella un horno de vidrio nombrado, cuya invención fue maravillosa y, si no se quebrara, mejor que de oro.

*Sint licet argenti caelati plurima et auri
Vasa tuis mensis, aurificumque labor.
Vitrea, quae nostris conflantur in ignibus. Heros
Si manibus tractes forte, beata ferar.*

«Aunque en tus mesas haya muchos vasos de plata labrada y oro, y se muestre bien el trabajo de los plateros, poderoso Señor, los vidrios, que se hacen en nuestros fuegos, si los tratas con tus manos, seré dichosa».

*Aunque de plata y de oro
de copas muy bien labradas
tengáis las mesas pobladas
que valen un gran tesoro,
y por tal son estimadas,
aquí de metal más claro,
y no de menos beldad,
verá vuestra Majestad
vasos de valor muy raro,
si alcanzasen su amistad*

PILAS

Enfrente parecía Pilas, en forma de mujer con una ropa azul y la sobrerropa colorada, una fortaleza en la cabeza y, en la mano derecha, un chrisuelo o candil antiguo ardiendo, y, en la siniestra, un vaso de aceite para declarar cuán bastecida es de olivares. Y tiene mucho pescado, porque está al paso de Huelva y otros lugares marítimos. Llámánla los moros Pilas Largo.

*Viuit inextinctus conspectu Pallados ignis
In manibus semper, quem dat oliua mihi.
Tu vero praestas rex felicissime nobis
Splendidus lumen, quod pietate nitet.*

*Vive sin apagarse el fuego ardiendo
en mis manos, y siempre, porque veo
a Palas, que la oliva da creciendo,
crece más en servirte mi deseo,
Señor, porque tú vas resplandeciendo
en más felice lumbre, do me empleo,
ofrézcome a tu larga y clara vida
que cielo y tierra tienen conocida.*

*El fuego de Palas vive
aquí con lumbre inmortal,*

*y con mi poco caudal
procuro que no se esquivé
de mí su luz celestial.
Pero vos solo me dais
más divino resplandor,
aunque parece, Señor,
Que casi no me miráis,
Y es no justo disfavor.*

ZUFRE

Mostrábase, a la mano derecha, tras de Cala, un hombre con un sayo largo, pardo, la mano derecha levantada con un almocafre, o escardillo, y en la izquierda un plato de fruta de agro de limas, cidras y naranjas; a los pies, una canasta de lo mismo, y una azada en el suelo, con algunas varillas (como espiguetas) para enjerir. Es lugar de la Sierra de Aroche éste, que se llama Sufre, muy fresco, de muchas huertas, las cuales todas se riegan de una fuente, que sale de una peña, que está en medio de la plaza, que mana en grande abundancia.

*Si vacat, et virides tua lumina vertis ad hortos,
Si Pomona placet, si nemus Hesperidum,
Assiduas operas tibi rex praeclare dicabo,
Atque tuo vivam deditus obsequio.*

«Si hay lugar, y vuelves tus ojos a los verdes jardines, si te agrada Pomona, si el huerto de las Hespéridas, yo, Rey excelente, consagraré en tu servicio mi trabajo y diligencia, y viviré rendido a lo que fuere en tu servicio».

Señor, si hubiere lugar,
sobrándome a mí ventura,
para que tanta frescura
queráis un poco mirar
como en esta tierra dura,
pondré todo mi cuidado
en hacer muy bien mi oficio
para que con mi ejercicio
seáis muy bien regalado
a costa de mi servicio.

Pomona era la que tenían los poetas por diosa de las frutas, según Ovidio en sus *Fastos*. Y el Jardín de las Hespéridas tenía aquellas manzanas de oro que eran naranjas y cidras. Y por la experiencia que se hizo contra la ponzoña eran de tanto valor como se puede leer en Ateneo.

AZNALCÁZAR

A La banda del río teníamos pintada Aznalcázar, en hábito de hombre, con un sayo amarillo, la ropa de encima morada, sobre la cabeza unos muros; en la mano izquierda, una fuente rústica, que sale de una peña, y a los pies un río (llamado Guadiamar) con una puente. Tiene una cerca antigua, por donde se ve lo que solía ser. En el río hay muchos molinos de pan; alrededor van pagos de viñas, donde se coge buen vino, con muchas olivares. Está en su jurisdicción en los libros del Rey un lugar, que se llama Villafranca del Condado. Hay también horno de vidrio, donde se hacen buenos vasos. En tiempo de moros, habrá quinientos y diez años, se repartía todo el Aljarafe en cuatro colonias o fortalezas, que eran Aznalcázar, Aznalfarache, Aznalcóllar y Solúcar de Albayde. Recogíanse allí los frutos que al rey de Sevilla pertenecían, y de allí salían a defender la tierra. Donde Aznalfarache, que ahora llaman San Juan de Alfarache, muestra una cerca y fortaleza, y de donde salían a defender el paso de los que por el río bajasen a Sevilla. Tenía lugares anexos a su jurisdicción, que eran Palomares, La Puebla, Coria, Mairenilla, y otros de su calidad, y es ahora cada uno por sí, que corresponde a Sevilla.

*Fons hic perpetuis arridet limpidus vndis,
Post oleos, vites et sata laeta boum,
Rex mihi laetitiam praesenti numine firma,
Sic erit aeternum fertilitatis opus.*

*Esta mi limpia fuente da alegría
con las perpetuas ondas, que mantiene,
después de los olivos, cuantos cría,
las viñas y labranzas que conviene.
Rey, confirma el placer en este día
con el poder presente, que en ti viene.
Porque, si favoreces, será eterna
esta fertilidad, que me gobierna.*

*Una fuente dulce y clara
y de olivas cantidad,
y de Baco la amistad,
que nunca me desampara,
causan mi felicidad.
Mas si esa real presencia
viese yo alegre algún día,
creed, Señor, que sería
tan grande la diferencia,
que no me conocería.*

LA HIGUERA

Estaba par de Zufre figurada La Higuera, de cerca de Fregenal (porque siendo de Sevilla solamente no se ha de llamar de Fregenal) como una mujer hermosa, con una basquiña colorada y la ropa morada; las manos ambas tenía ocupadas con un monte, de que descenden cuatro fuentes, que daban en una represa. Estaba coronada de hojas de Higuera con sus higos, y una fortaleza arruinada. En este lugar (que era de los Templarios) están en una puerta de piedra, en la iglesia, sus armas. De aquellas cuatro fuentes, y otras dos, que salen de la tierra, muelen treinta molinos, y los dos son de Su Majestad; parecen estar metidas en una huerta porque la cercan prados y huertas. En su Dehesa, que llaman del Caño, extreman cada un año más de veinte mil cabezas de ganado, que descenden de Castilla. Tiene otras muchas fuentes con edificios antiguos. Tratan allí en lencería, por el mucho lino que tienen. Demás de esto, es abundante de trigo, vino, miel. Habrá como ochocientos vecinos, porque la abundancia de los lugares de la sierra es tan grande, que basta formar ciudades cada uno. Y así es el Andalucía, más reprehendida por falta de cultivarla que por faltar en ella algo de lo que los hombres pueden desear, sin salir della.

*Lux Inspanorum, terris clarissima nostris,
sis bona sis felix, cuncta secunda fluant.
Triginta e liquidis, qui sunt sex fontibus, alme
Trudo molas Cereri, censibus apta tuis.*

«Luz de los españoles, clarísima para nuestras tierras, sé buena, sé dichosa, y todas las cosas te sucedan prósperas. Yo muelo treinta piedras en honra de la santa Ceres, de fuentes claras, que son seis, aparejada a dar la renta».

*Clarísima luz de España,
por todo el mundo esparcida,
tu presencia nos convida
a mostrar cuánto es extraña
cualquiera otra luz de vida.
Seis claras y bellas fuentes
tengo en diversos caminos,
y en ellos treinta molinos
movidos de sus corrientes,
y dos de ser tuyos dignos.*

SALTERAS

Estaba enfrente Salteras, una mujer con una basquiña morada, la ropa amarilla y un plato de uvas, porque tiene campiña donde goza de aceite y vino. Que si bien miran las colores todas de las figuras, declaran también los frutos y tierra que tienen, porque se tuvo atención a que fuese todo igual, y corresponde la figura al lugar, la ropa al fruto, el color a la calidad, el sexo a su efecto, la postura a su obra, el color a la superficie y las palabras a todo.

*Hispalis et virides colles, et Baetios undae
Aduentu exultant clare Philippe tuo.
Laetitiae Bacchus dator, et Tritonia Pallas
Ex hilarant agros tempus in omne tibi.*

«Los verdes collados de Sevilla y las aguas de Betis se regocijan, oh claro Felipe, con tu venida. Baco, dador de alegría, y Palas Tritonia, alegran los campos en todo tiempo y para tu servicio».

Sevilla y su gran ribera
se alegran con tu venida,
l'alegría está esparcida,
gran Señor, por donde quiera;
nunca tal cosa fue oída.
Palas tomó con Lyeo
del regocijo el cuidado,
y tienen tan lleno el prado
d'alegría, que no veo
quien no esté regocijado.

Lyeo era nombre de Baco, porque desata de cuidados.

CUMBRES

Volviendo a la mano derecha está Cumbres Mayores, como una mujer bien dispuesta, y parece estar con cuidado de las telas que ha de hacer. Tiene una basquiña morada, la ropeta azul; en la cabeza, guirnalda de yerba y torreada. En la una mano, tiene un cayado, y en la otra una ochavilla de lino; a sus pies, un cordero. Represéntanse aquí las cumbres, que son las de San Bartolomé, las de En medio y las Mayores; son de la Sierra de Aroche.

*Rex inuicte, meis in montibus omnia vitae
Commoda nascuntur, vestio, poto, cibo.
Lina parant vestes triplici de culmine, vinum
Faucibus inseruit, datque alimenta pecus.*

«Rey invencible, en mis montañas nacen todos los provechos de la vida, visto, doy de beber y de comer. De las tres cumbres, el lino da lienzos, el vino sirve a la garganta y el ganado provee la comida».

*Invicto Rey poderoso,
de memorables costumbres,
en estas mis altas cumbres
jamás faltará reposo,
si las ven tus bellas lumbres.*

*Ninguna cosa nos falta
que para vivir convenga,
lino y ganado no mengua,
miel, vino no os hace falta,
y aun tal, que traba la lengua.*

HUÉVAR

Representase enfrente Huévar, en forma de mujer; tiene una basquiña morada, la ropa azul, y con ambas manos tiene un media arroba de aceite, midiendo sobre otro vaso grande. Es lugar nuevamente poblado. Tiene muchos olivares; es la mejor tierra dellos que hay en todo el Aljarafe. Hay molinos de aceite en grande número. Tienen muchos caballeros de Sevilla en ella sus casas y haciendas de antigua nobleza.

*Dii faxint, bene sit, tua coepta secundet Olympus,
Rex bone, nam facies te indicat esse bonum.
Me torrens olei foecundat, Bacca trapetis
Assiduis teritur, tu venias placidus.*

«Dios lo haga y sea en buena hora, el cielo prospere lo que comienzas, Rey bueno, porque el rostro da a entender que eres varón bueno. Un río de aceite me hace fértil. En mis molinos continuamente se muele aceituna. Ven ahora manso».

*Seáis, Señor, bien venido,
que en buena fe, que esa cara
a mi parecer declara,
que si habéis de ser temido,
el amor no os desampara.
Yo tengo para serviros
d'aceite algunos molinos,
de cualquier cosa son dignos
que los veáis quería deciros,
mas temo que sean indignos.*

Aquí se acaba el primer lienzo de una banda y otra, que contienen a ocho figuras. Y luego, en la pared de la ciudad viene una torre, que se blanqueó toda, de arriba a bajo, y en ella se puso por el lado que mostraba a los que entraban, un tarjón, con una empresa encima como relicario, y dentro dos letras S. C., para declarar la veneración y ofrecimiento que hacía la Sierra de Sevilla, con provisión del Senado y Cabildo desta ciudad. Estaba dentro una octava rima así en castellano:

LA SIERRA

Aquí la fértil sierra de Sevilla,

*magnánimo Señor, toda se ofrece,
que quieras con sus dones admitilla,
pues para tu servicio ella florece,
y con solo mirar puedes vestilla
de cuanto bien por todo el mundo crece.
En tal venida, en tal recibimiento,
no hay palabras que digan el contento.*

Luego, en la frente de la torre, estaba un escudo de las armas reales muy grande, colorido, con la corona labrada de sus puntas, entre las cuales iban sentadas ciertas figuras como virtudes, haciendo hermosa obra, y un rétulo a los lados, que dice:

PHILIPPVS II HISPAN. REX. DEFENSOR FIDEI
PHILIPPE SEGVNDO, Rey de Hespaña, defensor de la Fe

En el costado del Aljarafe, venían otras armas y otro tarjón en los mismos lugares, respondiéndose:

ALJARAFE

*Alto Señor, de Betis, la ribera,
con torre, puente, naves adornada
de villas y de aldeas, hoy te espera,
por tu vista real regocijada.
La leche y fruta ahora la primera,
con olio, miel y vino está guardada,
para que tú, gran Rey, con tu venida
les des color, sabor, olor y vida.*

Bien se puede decir esto al Rey, que con su justicia y gobierno se puede cultivar la tierra, que da estos frutos; porque de otra manera no los diera, ocupada con guerras y trabajos, que ellas traen.

AROCHE

Entrando por el segundo lienzo de muralla, lo primero que se ofrece, a la mano derecha es Aroche, como un hombre anciano, con una ropilla amarilla y sobre ropa azul, y un nudo al hombro izquierdo. Tiene con ambas manos una fortaleza hermosa y blanca, con sus torreones y rebellines; en la cabeza, su guirnalda y tocado antiguo; a los pies, una vaca y un buey. Tiene en abundancia este lugar colmenares, que hay muchos ricos por ellos, y ganado vacuno, y aquella fortaleza en la raya de Portugal de que es alcaide un regidor de Sevilla.

Si domine ad nostras perueneris inclyte turre,

*Lac tibi non deerit. Dulcis et Ambrosia.
Robur inest animis, moles operosior aret,
Qua, si hostile parant, arceo finitimos.*

*Si, ínclito señor, en algún hora
vinieres a mis torres y majada,
leche no faltará, ni dulce ambrosía.
Tengo fuerzas, y brío y fortaleza,
con que arriedro de mí los que en frontera
están, si se atrevieran a dañarme.*

Llamo Ambrosía a la miel porque se tenía por el manjar de los dioses y que conservaba en inmortalidad.

*Señor, en esta aspereza
que de lejos se parece,
la dulce ambrosía florece
y igual en gusto y belleza,
y la blanca leche crece.
Los hombres son de gran fuerza,
que yo la tengo conmigo,
y así cuando mi enemigo
a dañarme algo se esfuerza,
hasta morir le persigo.*

AZNALCÓLLAR

Está a la mano izquierda Aznalcóllar, en forma de hombre tostado del sol, a la morisca tocado, con un sayo colorado y sobrerropa azul; a sus pies tiene una cabra y en las manos un plato de presados, o requesones en sus palmas. Es lugar frontero de la sierra, y como dijimos, uno de los que guardaban el Aljarafe. Hay fama pública que la mayor parte de las minas de plata que los romanos tenían en España se hallaba aquí, porque se muestran en aquella parte pozos profundísimos hasta el abismo. Hay almártaga y alcohol; hácese allí mucho carbón de brezo para herrerías, y hay una en él. Es de mucha caza de perdices y conejos; tiene montes, donde se crían venados, cabras y muchas abejas.

*Te Deus omnipotens seruet Rex optime, fausto
I pede, fortunet quicquid in arma paras,
Exiguum munus, lactentes offero metas,
Per me Vulcanus mollius aera domat.*

«Rey muy bueno, Dios todopoderoso te guarde; ve en buen hora y él prospere cuanto ordenas para la guerra. Aquí te ofrezco unos presados, que es don harto pequeño. Por mi causa Vulcano doma los metales más blandamente».

Decían los poetas que Vulcano era el dios que tenía poder sobre la invención de ablandar y labrar metales, y el carbón de brezo es bueno para ello.

*No os desdeñéis de serviros,
Gran Señor, de mi pobreza,
ni os ofenda mi bajeza,
que no puedo recibiros
conforme a vuestra grandeza.
Recebí este don pequeño
de leche, que no es aceda,
porque refrescaros pueda
y el deseo de su dueño,
que otra cosa no le queda.*

CORTEGANA

Vueltos a la muralla de la ciudad, estaba Cortegana en figura de mujer; la basquiña era azul, la ropeta morada, y con ambas manos ofrece un plato de panales, con algunas abejas, que por cima revolaban. En la cabeza tiene fortaleza y guirnalda de oliva; a los pies, una colmena que derrama gran cantidad de miel, y un carnero al otro lado.

*Ingeniosus apum labor hos, dulcissime rerum,
Iussit ferre fauos, vt tibi mela fluant.
Mons meus Actaeo nunquam concedet Hymeto,
Si mea libaris munera; velle, sat est.*

«Señor más dulce que cuantas cosas yo sé, el ingenioso trabajo de las abejas me mandó que te ofreciese estos panales para que corra miel en tu servicio; mi monte jamás dará ventaja a Himeto, el de la tierra de Atenas, si gustares de mis dones; y basta querer». Es Himeto, según dice Stéfano, monte par de Atenas, abundosísimo de abejas, por las flores y aguas que tiene en grande cantidad; y así compara Cortegana su abundancia a él, y que lo sobrepusiera, si su Rey gusta de lo que le ofrece.

*El cuidado y la labor
de la abeja diligente
os envía este presente,
Serenísimo Señor,
como al Rey más excelente.
Si no os pareciere mal
la dulzura desta miel,
serviréis os della y dél,
que en Himeto no la hay tal,
si no os halláis vos en él.*

ESCACENA

Enfrente parece Escacena, una hermosísima figura con una basquiña amarilla, y la ropeta morada, y así mesmo la sobrerropa retocada de esmalte; en la mano derecha tiene una ciudad, que es la antigua Tejada, y en la mano izquierda un cetro; fue porque aquí en medio estaba antes una ciudad, que hoy día tiene cercas y puertas levantadas y, en medio, una iglesia. Fue reino, y el rey de ella tuvo competencias con el de Sevilla y, en tiempo de moros, el rey que estaba en ella (ayudándole un caballero llamado Ramiro de Guzmán) dio batalla al de Sevilla y lo venció. Quedó después esta ciudad arruinada, y della se poblaron Escacena, Paterna, Manzanilla, Castilleja del Campo porque se anega presto en el invierno todo aquel campo. Tiene un río, que el agua dél huele mal; es muy doliente sitio, especialmente junto a esta ciudad está un lago, que a la orilla tiene una higuera grandísima, y hay opinión que no se halla suelo en él. Es el agua tan verde y tan oscura, que apenas se puede ver algo en ella. Estos cuatro lugares comprendieron en sí toda la tierra que se llama el Campo de Tejada, o porque se llama ella Tejada o porque sea el vocablo corrupto de Trajana, que dicen el César Trajano haberle puesto nombre; porque los historiadores declaran que Ulpio Trajano nació en Itálica, que estaba cerca de Sevilla, lo que decían los Campos de Talca, aunque no sabemos lo cierto. Fue el primero de los Emperadores extranjeros, y así del Andalucía; dicen que desta ciudad era su mujer, Plotina, cuya prudencia y castidad ocupa alguna parte de la Historia Romana.

Tienen estos lugares muchas labores de pan; está acompañada de viñas y olivares. Sevilla tiene jurisdicción sobre estos lugares, y así es ahora suya, aunque la compraban.

*Palladi Athenaeae, Tegidae nata vetustae,
Viuo, et quem Semele prodidit, acta Deo.
Sunt et oves, et rura mihi, sua dona capellae
Vberius nobis, te veniente, dabunt.*

«Yo, hija de la antigua Tejada, vivo en servicio de Palas Atenea, y soy llevada por el dios que parió Semele. Tengo ovejas y cortijos; las cabrillas darán sus dones más abundantemente en tu venida».

Digo aquí Palas Athenea, doblándole los nombres que tiene, no solamente por variar epítetos, sino para declarar este nombre escondido, y casi nunca puesto en latinos, sino en griegos, principalmente en el primero libro de la *Iliada*, tratando de la ira que recibió Aquiles de lo que Agamenón le demandaba; y teniendo la mano puesta en la espada para sacarla y matar a todos los que allí estaban, le apareció Palas, y tomándolo por la coleta rubia, le dio consejo que se reprimiese, lo cual tiene grande alegoría, según se verá en Plutarco y en Heráclides Póntico. Llámase Palas por diferentes nombres, y éste de Athena; y Athenea significa el puro entendimiento de la ciencia, que le atribuían. Es uso de poetas decir Palas Minerva, Febo Apolo. Autores para ello, Suidas, Hesichio, Nucerino, el *Tesoro de la lengua griega*. Y Servio, sobre Virgilio.

*De cabras no una manada
se apacienta en este prado,*

*y de ovejas hay recado
en la no alegre Tejada,
porque no la habéis mirado.
Volvé los ojos a ella,
que ya la miró Trajano,
y sacó aquí de la mano
una discreta doncella
digna de un César romano.*

ARACENA

En la sierra se pinta Aracena como mujer, con una basquiña colorada y una ropa amarilla, y la sobrerropa morada; con la cabeza torreada, la mano derecha con mucha caza de perdices y conejos y, en la mano izquierda, un manojo de cerezas. A sus pies tiene un pernil y un queso, y ciertos toques de plateros.

Es Aracena el segundo lugar, después de Fregenal, en la Sierra de Aroche. Tiene mucha fruta, caza, y lo más principal es lo que hay de salar tocinos, que es la mejor provisión que en las carnes muestra Galeno, tratando de los alimentos; y lo segundo, hacer buenos quesos, que es la segunda fuerza de los bastimentos mayores. Están en su jurisdicción muchas aldeas, y grandes, especialmente el lugar de Galaroza, que es de tanta frescura y verduras, que no hay otro que se le iguale. Dícese no haber entrado en ella contagión de peste por la frescura, y fragancia de las flores, que sobrepujan a cualquier corrupción de aire; y no es mucho que las yerbas y flores olorosas puedan tanto allí contra la peste, pues se dice de la montaña Etna (que es Mongibel en Sicilia) que son los sotos y bosques, que tiene, tan frescos y tan olorosos, que quitan el olor, y rastrear a los perros de caza. Y el adagio *Aetnaeus venator*, «cazador de Etna», quiere decir «hombre que trabaja en balde», porque aunque lleve muchos canes, no tienen sentido en entrando.

Por allí van Cortegana, el Almadén, Zufre, Real, Hinojales, Santa Olalla y Cumbres, de que tenemos dicho. Todos son lugares donde hay mucho lino, grandes colmenares y se hacen tocinos de la mejor sazón que hay en toda la tierra, de que se puede proveer la vida humana para el mar, en tierra, en guerra, en paz; y así tienen mantenimientos perpetuos, y fruta de todo el año, que es grande riqueza.

*Splendide Rex, nostris conuiuia lauta parantur
Deliciis, dabit hoc lactea massa, sues.
Cum ceraso perdix, dein mensis poma secundis,
Argentum, atque aurum fert tibi fossus ager.*

«Magnificentísimo Rey, los grandes banquetes se aderezan con mis regalos; esto dará el queso y los tocinos, la perdiz con la cereza y toda la fruta, que es para la segunda mesa. Si cavan mi tierra, da plata y oro».

De aquí se proveen, Señor,

las comidas más sabrosas,
leche y cerezas hermosas,
perdices de buen sabor,
y perniles y otras cosas.
Hallaréis plata, y aun oro,
si el verde prado caváis.
Sólo vos aquí faltáis,
que sois el mayor tesoro.
Suplícoos que me veáis.

PATERNA

Correspondía en el otro muro Paterna. Tenía la basquiña colorada y la ropa azul, con una canasta de uvas en el brazo derecho, y, a sus pies, un vaso de aceite (Ya tenemos tratado de ella).

*Ancillor Diuae, quae doctas dixit Athenas,
Et Bromio, vt manibus vina oleumque geram.
Pasco greges, tu Rex, tu pastor, tu pater adsis,
Lacte, oleo, vino, rex, pater, auctor eris.*

«Sirvo a las diosas que puso nombre a las sabias Athenas y a Bromio para traer en las manos vino y aceite. Apaciento ganado. Séasme tú el Rey, tú el pastor, tú el padre, y con leche, aceite y vino, serás Rey, padre y augmentador mío».

Llamaban los antiguos a Baco por muchos nombres; Bromio era uno, del bramar que hacían cuando los sacerdotes suyos lo invocaban.

*A la virgen, que de Atenas
fue la soberana gloria,
a todo el mundo notoria,
de cuya doctrina apenas
se conserva la memoria,
sirvo, y a Baco sin alas,
apacentando esta grey
y obediendo su ley,
mas si tú vieses mis galas
Baco y Palas serías, Rey.*

ALANÍS

Está luego Alanís, en la banda de la ciudad, después de Aracena, no porque esté cerca, sino por poner algunos lugares de la Sierra de Constantina.

Es dos leguas de Cazalla; tiene una fortaleza que, aunque está mal tratada y derribada, era de buena presencia; su asiento es llano. Tiene un buen templo y una plaza delante dél. Goza de muchas viñas donde se hacen buenos vinos. Es opinión que se llamó de los pueblos alanos, que descendieron del norte con los suevos, siendo capitán Gunderico, hijo de Modigisdo, rey de los vándalos, que reinó en Galicia cuarenta y seis años, y tomó a Sevilla, y en ella murió, habiéndose desacatado contra la iglesia. No es maravilla que de los alanos pueblos se diga Alanís. Y tiene por insignia dos Alanos.

Hizámoslo en forma de viñadero por el cuidado de sus vinas, con un sayo pardo y la ropa encima colorada, caída al brazo izquierdo; en la mano siniestra una lanza pequeña, en la derecha, una canasta de uvas embrazada; y a sus pies, otra para acarrerar uva a los lagares. Tiene en la cabeza un sombrero de palma y unos muros encima. Está muy tostado del sol y enojado; calzadas unas botas.

*Siquid vina iuuant, Rex maxime, nostra Falernis,
Aut Surrentinis cedere posse nego.
Namque meum nectar vario cum murmure linguas
Nectit, et egregie tentat vtrunque pedem.*

«Si da algún gusto el vino, Rey muy grande, niego yo que los míos darán ventaja a los de Falerno, o Surrento, porque mi dulce bebida Néctar, con vario tartalear traba las lenguas y escogidamente pone en danza el un pie y el otro».

*Señor, si el vino aprovecha,
que suele ser de provecho,
aunque a veces con despecho
el mío no se desecha.
Desto estoy bien satisfecho.
Traba un poquito la lengua,
distrae el entendimiento
y un poco saca de tiento,
pero si es para unos mengua,
para otros es contento.*

Otra:

*Si los vinos algo aplacen,
Rey muy alto y poderoso,
ni el Falerno generoso,
ni el Surrento mengua hacen.
No dan los míos ventaja,
porque su bebida fina
a las lenguas desatina
y a los pies ambos ataja.*

TOMARES

Está enfrente, a la parte del río, Tomares, un hombre anciano con un sayo azul y su sobrerropa morada, y en ambas manos un monte con sus casas. Declara la jurisdicción que tiene sobre algunos pueblos a la redonda, San Juan de Alfarache, la calle de Castilleja, Camas, una fuente que tiene muy buena.

*Atque ego nequaquam minimus sum e pinguibus aruis,
Quae Cereri, Baccho, Palladi sacra ferunt
Et mihi sunt populi, qui non parere recusent,
Omnia sed pedibus Rex meus, apta tuis.*

«Cuantis que yo no soy el menor en los gruesos campos, que sacrifican a Ceres, Baco y Palas, y aun también tengo unos pueblos, que no rehúsan de obedecerme. Pero, Rey mío, todo ello es bueno para poner debajo tus pies».

*Señor, olio, vino y pan
no menos que en otra parte
aquí el cielo lo reparte,
y fruta y flores nos dan
el ingenio, industria y arte.
Y a vuestro servicio estoy,
por señor de otros tenido;
con esto todo os convido,
y a eso vine aquí hoy.
Sed, de aceptarlo, servido.*

CONSTANTINA

Par de Alanís levantamos a Constantina, una mujer hermosa con una basquiña amarilla, una ropeta azul, y la sobrerropa de tornasol amarillo; tiene a los pechos una medalla o joyel, en que está un rey a caballo, que es el rey don Alonso el décimo, que la ganó de los moros residiendo en Sevilla. Tiene también en la mano derecha un plato de mucha fruta y flores; sobre la cabeza una guirnalda de cerezas y otras frutas, un árbol acabado de cortar, y a los pies, dos canastas llenas de mucha abundancia de frutas, castañas, cerezas, guindas.

Es Constantina villa abundosa de aguas: pasa un río por medio della; y alrededor hay una fortaleza cercada, con un sitio en ella, que en tiempo de los moros no había más vecinos de los que allí se acogían, que eran ciento y cuarenta. Salían de allí a correr la tierra. Tenían grandes contiendas con otra villa y fortaleza, que no está lejos, llamada Montemolín. Tiene por esta parte más de tres leguas de término, en el cual hay grandes lagares y casas principales, heredades, viñas, castañares, de que se saca mucha madera y

castaña; hay algunos pinos y mucha caza. Cercan la villa muy frescas huertas, de todo género de frutas, especialmente manzanas y camuesas. Está asentada en un cerro, y después un llano, que toma el río, por donde se ha extendido todo el lugar, en que puede haber más de mil y doscientas casas. El río va hecho todo acequia. Hay en la templanza de la tierra una cosa señalada, que puestos en medio del lomo o cerro della, es la tierra caliente tanto como el Andalucía, y por esto se crían allí muchos árboles de agro, cidras, naranjas, limas; y la otra caída, hacia el Monasterio de San Francisco, junto a Santa Constanza, es tan frío como lo más de Castilla la Vieja, y así no hay en aquella parte naranja, ni lima, ni otro árbol que en tierras calientes se suelen criar; así que, en un mismo lugar, podrá el hombre pasar el rigor del invierno con mucho calor viviendo en la parte caliente, y mitigar el furor del verano con mucho fresco, yéndose a la parte fría. Lo cual está probado por muchos, que se han remediado del frío y del calor, en tan pequeña distancia de tierra. Por este lugar se llama toda la sierra de Constantina hoy. Habrá trescientos y cuarenta años, poco más o menos, que los cristianos la ganaron de los moros, después de asentado el Santo Rey don Fernando en Sevilla. Porque, habiéndola ganado, y queriéndose volver a Castilla, convidado por un loco en la torre de la iglesia mayor, le enseñó cuán llena de moros quedaba la ciudad; y así se quedó, y de allí ganó todos los lugares del Andalucía, y al rey de Granada hizo que le diese parias. Y este Santo es el que tenemos en la Capilla de los Reyes.

*Hesperiae lumen, tua sum, tua dicar, oportet,
Nam seruire tibi gloria summa mihi.
Herba, frutex, arbor vireant tibi. Mitia poma,
Castaneas nuces sic mea sylua dabit.*

«Lumbre de España, tuya soy, conviene que me diga tuya, porque servirte es Gloria, la más alta que puedo tener. La yerba, la mata, el árbol estén verdes en tu servicio, la fruta madura, y castañas así las dará mi bosque».

Claro sol y lumbre clara,
vuestra soy y no conviene
que esa luz se me enajene,
pues a nadie desampara,
que su maldad no condene.
Serviros, Rey, es mi gloria,
y no he merecido pena;
mi fruto y la yerba amena,
cuya beldad es notoria,
no permitáis que sea ajena.

VALENCINA

A la otra parte de la muralla fingida, estaba Valencina, una mujer aldeana en hábito de cogedera, con una basquiña azul y ropa colorada, en la mano izquierda una cesta de

aceitunas, con un delantal blanco y unos pollos. Según dice el cantar, es del Aljarafe. Tiene las particularidades que los otros. Viven en ella algunos caballeros de Sevilla.

*Sunt oleae, sunt oua mihi, raucaque palumbes,
Et valeo olaceas stringere, robur inest.
Paruula sum censu, sed amico magna Philippo
Piam, Maiestas si mea rura perit.*

«Tengo aceitunas, huevos y roncás palomas; puedo coger aceitunas y tengo fuerzas para ello. Pequeña soy en la renta, pero podré ser grande con el servir a Felipe, si la majestad viene por mis heredades».

*Mirad vuestra servidora,
que lo soy por vida mía,
y de lo que aquí se cría
recibid, que en tan buen hora
tengo yo nueva alegría.
Pobre soy, pero muy rica,
si vos, Señor, me miráis
y del olio os contentáis,
si con esta palomica
y huevos no os enfadáis.*

En muchas partes de estos epigramas procuré contrahacer la forma de las razones que diría cada uno de los pueblos a Su Majestad cuando le hablase, una más avisada de que otra, guardando el decoro cuanto mejor pude.

CAZALLA

Púsose Cazalla par de Constantina porque fue después poblada; era un lugar desierto, cuando se ganó la sierra del poder de moros, que la tenían sin título o nombre mas de que había una fortaleza antigua, toda derribada, y las paredes della levantadas. Dicen que yendo un día el Rey Don Pedro a caza (habrá doscientos años) en una laguna que allí estaba, en busca de una garza, dijeron los cazadores, que estaba allí una, y que dijo: «¿Garza hay? Pues cazalla». De cuya palabra se quedó el nombre que ahora tiene. Y así estuvo con sesenta vecinos, poco más o menos, hasta que (habrá cincuenta años casi) los moradores de aquel lugar comenzaron a poner viñas, y visto que aprobaban bien, y daban mucho fruto, los vecinos de Sevilla (como lugar de su tierra) fueron a poblar a ella y plantar viñas, de manera que es colonia hoy hija de Sevilla. Y suben en tanta cantidad, que ningún lugar hay en el reino que tenga tantas viñas. Habrá mucho número de vecinos ricos y casas bien labradas; de la parte de la fortaleza se ha hecho un templo grande. Tiene, a dos leguas, el Pedroso, que es lugar de muchos olivares, y viñas también. Hay caza de perdices y conejos. Es suyo un monte particular, a manera de dehesa.

Y la Puebla de los Infantes es lugar con fortaleza. Hay grandes montes. Cógese en él mucho vino. Llamóse de los Infantes porque se dio en un tiempo para ciertos infantes, hijos del rey de Castilla.

En la Sierra de Constantina pone Sevilla un alcalde de la justicia, que conoce de las causas criminales en sólo Constantina, El Pedroso y La Puebla, porque en Cazalla ni puede entrar, ni juzgar.

Está la figura de Cazalla hermosamente pintada, porque tiene el rostro alegre y mira a todas partes, según los ojos están puestos; con una basquiña azul y una ropeta morada. Tiene sobre su cabeza una fortaleza y guirnalda de parras con uvas. En la mano izquierda está sentado el niño Baco, coronado de pámpanos, con un racimo de uvas mollaras en la mano; ayúdase con la derecha a tenerlo. A los pies, tiene una canasta con uvas y cerezas. Está muy rica, los dedos con muchos anillos.

*Magne Philippe meis in collibus uva colorem
Ducit et aeterno numine Bacchus adest.
Est puer in manibus semper, mea praela frequenti
Voce sonant. Valles Euhye Bacche fremunt.*

«Grande Philipe, en mis collados toman las uvas color y Baco se halla presente con perpetuo poder. Téngolo muchacho en mis manos siempre. Mis lugares suenan con voz continua. Y los valles braman dando gritos: Baco, buen hijo».

*Gran Felipe, mi Señor,
veis toda aquella alta sierra,
pues no hay un palmo de tierra
en todo aquel rededor
donde a Baco hagan guerra.
Do quiera es obedecido
este niño tan bonito,
y así de mí no le quito,
porque aunque no es comedido,
es apacible infinito.*

GERENA

Gerena está de la otra parte, en forma de mujer; tiene la ropa morada y la sobrerropa azul, caída al brazo izquierdo, y una basquiña amarilla. Muestra un ramo de fruta en la mano, que son manzanas. Está cercada por una parte de campos para sembrar pan y, por la otra, de sierras, adonde hay mucha caza.

*Me virides fingunt campi, rupesque superba,
In quibus alma Ceres viuit et alma Pales.
Poma Philippe potens, qua felix purpura vestit,*

Ornabunt mensas, dona secunda tuas.

«Los campos verdes y las soberbias peñas me dan forma, del uno y otro lado en que la fértil Ceres y Palas viven. Poderoso Felipe, las manzanas que la dichosa púrpura viste (como fruta de postre) yrán a tus mesas».

*Veis, Señor, el monte y prado
y la levantada peña,
pues no menos pan que leña,
y aceite muy esmerado
se coge en aquella breña.
Hay manzanas olorosas
de la color de la grana,
y otra fruta más temprana;
si os parecieren sabrosas,
dárseos han de buena gana.*

*El prado y alta sierra,
adonde fruto y flores,
con variedad de gustos y de olores,
Ceres divina por su parte encierra,
y a do Palas extiende sus favores,
de su beldad repartirá contigo,
y de su fruto se verá adornada
tu mesa, si te agrada.
Recíbela, Señor, que yo te digo
que no es en esta tierra despreciada.*

FREGENAL

En la parte del muro antiguo, junto a Cazalla, estaba Fregenal, que aunque sea de la Sierra de Aroche, por ser pueblo tan principal, se puso en lugar más cercano a Sevilla, en figura de hombre anciano, las barbas largas a lo antiguo, y canas. La ropa colorada, la sobrerropa azul, anudada sobre el hombro derecho, con su espada ceñida y, sobre su cabeza, una fortaleza; en la mano izquierda una guirnalda, y en la derecha un instrumento que inventaron los curtidores para sacar los cueros. A sus pies tiene un toro. Todo esto tuvo razón porque es antiguo lugar, y el primero de la Sierra de Aroche; tiene por la parte de Portugal los campos de la contienda, que pretenden Portugal y Castilla que sean suyos. Sobre los términos ha habido disensiones y muertes de hombres entre los dos reinos; hubo acuerdo entre los reyes que se declarasen jueces definidores. Este campo es lleno de montería; hay espacios largos para sembrar y para criar ganado vacuno. Tiene una buena fortaleza. Hácense aquí todos los cueros de solería y curtiduría. Pusámosle espada por ser el lugar belicoso. Dímosle aquel instrumento o insignia de oficio, que tanto es menester para la vida humana, como los antiguos señalaban sus dioses con las cosas que habían inventado. Y es el curtir cueros provechosísimo para poder pasar en esta vida, y digno de

loor quien lo ejercita, y tan ricamente. Pero ya ninguno se precia de su oficio, y hácelo mal, pues no puede alcanzar término de vivir el que huye de lo que ha menester la vida. Dicen que Frenegal se dijo de un fresno grande, que tiene.

*Vmbrosi colles et prata virentia molli
Me cliuo attollunt divitiaeque beant.
Nil mihi de toto deerit Telluris honore,
Si mea Rex fuerint munera grata tibi.*

«Los collados sombríos y verdes prados me levantaban con un blando recuesto y las riquezas me hacen próspero; Rey, no me faltara algo de toda la honra de la tierra, si mis dones te fueren agradables».

*Del alto collado umbroso
recibí el fruto escogido,
que aquí donde estoy subido
soy no menos abundoso,
claro Rey, que habéis oído.
Si mi oferta, gran Señor,
acierta a ser apacible,
como sería posible,
cosa no hay alrededor
que no sea conveniente.*

BOLLULLOS

Estaba a la otra banda, enfrente, Bollullos, en figura de hombre simple, con un sayo grande pardo, burelado, unas redondas mangas con ruelas y cañones antiguos; su media calza parda y zapato vacuno; la caperuza parda, hecha a cuartos, andaluza, sobre la greña de las que dicen enhetradas; la barba y cabello espeso, las facciones de hombre criado en el campo, y él mostrando alegrarse. Tenía en las cuchilladas de las mangas y pecho muchas cintas encarnadas. En la una mano, una canasta de aceituna, que se va parando prieta, y a los pies otra de huevos.

Es lugar antiguo del Aljarafe que llamaban los moros Bollullos. Tiene algunas aldeas y casas en su Mitanza, o jurisdicción, a quien acuden. Hase conservado allí la simplicidad rústica, la cual cuánto sea loada por los poetas, quien lo quisiere ver lea a Virgilio en las *Geórgicas*, Horacio en sus *Odas* (y Garcilaso, que lo imitó), Policiano en la *Silva*, y no se desdeñará de tan quieta vida. Y en recibimiento de tal señor, el que procura mostrar más contento, se tiene por más servidor, y que más sencillamente se huelga, porque trae el corazón abierto, y que dé luego muestra de su bondad para ser amado, y que se confíen dél en sus servicios, y no le espantarán sus dobleces para dar el premio.

*Omnia nunc rident, nunc formosissimus anulis,
Pestis et ira Deum saena fames abiit.
Nescio, quid causae, nisi te videre Philippe,*

Es fugere, satur, sic ego et incolumis.

«Todo cuanto hay se ríe, y es ahora el año hermosísimo: la pestilencia y la ira de Dios con la hambre brava se fueron a casa del diablo. No sé, pardiós, qué sea la causa, sino que os han visto, Rey Felipe, y tomaron las de Villadiego. De esta manera quedo yo harto y sano».

*Todas las cosas se ríen,
y aun me parece que el año
a osadas, si no me engaño,
que de hoy más en él se críen
cosas de bien poco daño.
La ira de dios se acabó,
y la hambre es ya partida,
todo esto aquí me convida,
sino que me alegre yo,
Rey mío, con tu venida.*

No es poco de considerar el buen suceso de este año, después de las calamidades que han fatigado a Sevilla, tan espantosas y de tanto daño.

ALCALÁ DE GUADAIRA

Ofrécese, en las postreras figuras hacia la ciudad, Alcalá de Guadaira, en forma de hermosa y dispuesta ninfa, con una ropa azul y la sobrerropa morada, y un mando colorado, caído hacia el brazo izquierdo. Encrespados los cabellos, y una fortaleza casi al retrato de la que tiene, con su guirnalda de olivas, y un plato en la mano izquierda con algunos panes, que son las hogazas de Alcalá. A los pies, una pila de mármol para recoger agua, que manaba del pecho derecho, y con los dedos de la mano derecha estaba ordeñando en forma de una mujer que da leche a quien cría. En los pechos tenía un joyel de una piedra preciosa y dos ángeles dorados, que la tenían. Y para declaración desto es menester saber que Alcalá es lugar de un sitio alto y excelente para la salud. Su fortaleza, galana y polida; la cual dicen algunos escritores que era guarda y defensa desde Carmona hasta Sevilla. Entre las cosas que tiene de notar, es la fuente de los caños, que llaman de Carmona, no porque vengan desde Carmona, sino porque desde Torreblanca hasta Sevilla vienen por el mismo camino y calzada que van a Carmona. Hay una peña levantada en un cerro, con una profunda cueva, adonde bajan por sus gradas, y hállase siempre allí un manantial de agua tan grueso como un cuerpo de un buey, que de tiempos sin memoria a ésta nuestra edad, ante de romanos y después en todos los siglos, esta fuente ha estado con el golpe de agua que ahora tiene, sin apocarse o enturbiarse. Es de tan grande claridad, que mirándose por lo alto della, se parecen las arenas y suelo, con las menudas guijas. Ésta sale por una canal de piedra tosca. Tiene sus acequias, que duran más de legua y media, yendo algún espacio por dentro de los montes, llevando sus lumbreras a trechos, hasta que viene a dar en Torreblanca, do pasa un molino y después va por un lado del camino hacia la cruz, y allí vuelve a la mano izquierda y comienza a subir desde

el suelo, por arcos de una vara y dos, y estado, hasta otro molino, donde se parte la tercia parte para la Huerta del Rey, y de allí van los caños levantándose todo lo que la ciudad tiene de baja, llegando al peso y sitio de Sevilla, subiendo por cima de la puerta donde está el repartimiento del agua, y de allí va por los muros que encaminan a la Puerta de la Carne hasta el Alcázar mucha de esta agua; en fin es un grande río que todo se consume dentro de la ciudad, sin salir gota, ni bastar Guadalquivir a no quitar la falta que estos caños hacen, cuando hay algún impedimento en ellos. El principio desta agua en Alcalá está con grande guarda, y tiene su llave; corre alrededor del lugar el río Ira, a quien los moros llamaron Guadaira. Va rodeado de grandes arboledas y frescuras, que es lo más fresco y deleitoso de toda esta tierra, por la hondura que aquella agua lleva y levantados árboles que le dan sombra. De allí, este río viene por toda Tablada con molinos, azacayas, huertas de grande fertilidad, puentes, tierras de pan, hasta Bellaflor, donde lo recibe la marea del Guadalquivir, y perdiendo el nombre, se queda encerrado en el padre de los ríos del Andalucía. Bastece Alcalá a Sevilla de pan, en competencia con Utrera, aunque tiene cierta color morena y se llama hogaza. Hay aquí grande número de aceituna gordal, y tiene nombre por todo el mundo.

*Optime rex nostro descendunt colle fluenta
Iugis aqua, Hispalios quae tenes alta lacus.
Vbere parua meo genitricem filia lacto,
Meque Ceres pascit, grata Minerua sonet.*

«Rey bueno, de un collado que tengo descenden arroyos de perpetua agua, que puesta en alto posee las pilas de Sevilla y, aunque soy hija pequeña, doy de mamar a mi madre.

Ceres me mantiene y la agradable Palas me regala».

Es imitación ésta de la hija, que cuenta Valerio Máximo haber dado vida a su madre, con sustentarla de su pecho por algunos días. Y lo mismo de Cimona con su padre, mostrando su piedad.

Yo humilde hija piadosa
a mi madre doy el pecho
bañando no a mi despecho
de Sevilla la hermosa
el verde y florido lecho.
De Ceres, y de Minerva,
soy, Señor, favorecida;
Minerva me da la vida
y Ceres la espiga y yerba,
con que ella es entretenida.

GUILLENA

Enfrente estaba Guillena, en figura de mujer, con una basquiña morada y la ropa amarilla; tiene en la mano derecha un vaso de que sale agua, y sobre su cabeza tiene fruta. Es un lugar fresco, adelante de El Algaba. Tiene buenas tierras de pan, muchas huertas de extremada fruta de naranjas, ciruelas. Pasa el río Buerba par de las casas, por un prado que es muy fresco, porque viene por entre unas peñas altas y lugares solitarios y de mucha sombra. Péscanse en él muy buenos albueros, y también lampreas. Viénese a juntar por El Algaba con Guadalquivir; y en los inviernos es grande.

*Sorte fruor laeta, me flumen piscibus, horti
Conspicuum reddunt, messibus arua nitent,
Quid mihi adhuc superest, nisi me Rex optime visas,
Aut placido vultu sumere nostra velis.*

*Gozo de alegre suerte y gran ventura,
que el río con sus peces me enriquece,
las huertas dan sus frutas y frescura,
y con mieses el campo resplandece.
¿Y qué me falta ahora en cuanto dura,
si mi deseo algún premio merece?
Que me visites, o con buen semblante,
Gray Rey, aceptes lo que ves delante.*

*Si este prado y fresco río,
de pescado y perlas lleno,
el prado fértil y ameno,
de frutas y espigas crío,
sin ningún favor ajeno.
Algo más esto desea,
invicto y claro Señor,
es mirar vuestro valor.
Vuestra Majestad me vea
que lo merece mi amor.*

UTRERA

Estaba Utrera la postrera en el muro de la ciudad para acompañar a Sevilla, hecha una hermosa matrona, con el semblante honesto y vergonzoso, la ropa de encima amarilla, y la de abajo azul. En la mano derecha tenía una taza con roscas, piñas y uvas; en la izquierda, también piñas y debajo del brazo, muchas espigas. A sus pies, un vaso antiguo con aceite. En la cabeza, una corona de oliva, y torreada. En los pechos, un joyel, y dentro la imagen de Nuestra Señora de Consolación.

Es Utrera la principal villa de la banda morisca, o campiña, modernamente fundada. Dicen que tomó nombre de *utrera*, que es novilla de tres años, y que los vecinos de aquella tierra, no habiendo lugar o villa (según ahora) contribuyeron cada uno con su

utrerá y fundaron aquella fortaleza y sitio de muros, por do está lo antiguo, para defenderse todos juntos los que vivían por aquellas casas apartadas, de los moros. Poblóse después aquella villa en la forma que ha venido a ser la más rica y noble de las que tiene Sevilla. En cuyo circuito está, dentro de unos olivares, el monasterio de Nuestra Señora de Consolación, que resplandece con muchos milagros, y que comenzó su devoción el año de sesenta, habrá diez años, con extraño fervor de toda España, que viene a su altar. Cuándo se halló y cómo vino a poder de los religiosos de la Victoria, déjolo para su libro. A contemplación desta Señora hice la obra que se llama *Peregrinación de la vida*.

Está cercado este lugar de extendidas vegas de grandes y espesos pinares, de huertas y de olivos siempre verdes, todo en grande abundancia; tiene viñas muchas; yerbas muy olorosas a su tiempo. Bastece a Sevilla del mejor pan que hay en España: las roscas y las demás formas. Es poblada mucho. Tiene iglesias y monasterios y hospitales grandes, donde se hacen honradamente los divinos oficios y se ejercitan obras de religión y piedad. Es tan aderezada en todo, y tan fértil, que a no estar Sevilla tan cerca fuera obispado. Hay en ella una hermosa fuente cubierta con una capilla, y su pila de agua, o abrevadero, que se llama el Alamedilla, camino de Lebrija. Aquí están cerca Los Molares, donde se hace una grande feria de paños y otras cosas por octubre.

*Accipe dona meis innata patentibus aruis,
Clara Deum soboles, Austriadumque decus.
Quamuis flava Ceres det fruges, vina, Lyaeus,
Detque oleum Pallas, lignaque det Cybele.
Plus tamen exhilarat me semper Virginis ara,
Quo rex praesenti numine tutus eas.*

*Clara generación de héroes, honra
de la Casa de Austria, tú recibe
los dones, que en mis campos extendidos
nascen a la continua, y aunque frutos
me dé la roja Ceres, vinos Baco,
Palas olio, y de Cybele los pinos,
con más razón que todo esto me alegra
el altar de la siempre virgen nuevo,
que de Consolación tiene renombre
Gran Rey, con ella irás siempre seguro.*

*Divina Sobole, clara,
de la Casa d'Austria gloria
de tan felice memoria,
que a sí sola se compara
tu ilustre y felice historia,
Palas, Ceres y Lyeo
y Cybele me enriquece,
pero no me ensoberbece;*

*una virgen, que en mi veo,
es lo que más me engrandece.*

ALCALÁ DEL RÍO

En la parte del río, y enfrente, remataba la obra Alcalá del Río, en figura de mujer. Tiene la basquiña morada y la ropa colorada con sobrerropa parda; entre las dos manos desenvolvía un esparruel o atarraya, en que se traslucía algún pescado, y detrás por los pies se veía un grande sollo, con la cabeza y cola, que se suele pescar delante de la misma villa. Es este lugar el primero donde el Rey don Fernando el Santo, que ganó esta tierra de los moros, puso cerco; es de mucho pan. Tiene el río Guadalquivir junto a las casas. Vienen los pescados a ser de otra calidad, pasando de Alcalá del Río arriba, porque la marea de la creciente, que viene de la mar, sube hasta Alcalá dos leguas más, y los pescados hasta allí desde Coria son fríos y húmidos, en medio de el primero grado, y los de Coria hasta Sanlúcar, que reinan en agua salada, son fríos y húmidos en principio del primero grado, y los de Alcalá hacia Córdoba están en fin del primero grado, y destos pescados unos hay naturales y otros accidentales.

Los pescados del agua dulce de Sevilla los más nombrados son diez, albures, robalos, sábalos, sollos, truchas, sabogas, camarones, lampreas y anguillas, bogas, barbos. Déstos, unos hay con escama y otros no. Los robalos desde Cantillana a Alcalá son menos fríos y húmidos que en otra parte y son sanos; los sábalos de Alcalá hasta Coria son mejores que los que se toman della a Cantillana, porque donde no llega la creciente son más gruesos y engendran fastidio, y no son tan livianos de digerir. Lo cual en los sollos es bueno, que son los mejores entre Cantillana y Alcalá. Las anguillas son mejores de Coria a Alcalá por muchas causas.

Vale mucho la pesquería de Alcalá. Pásase allí el río por barca y maroma. Está dos leguas de Sevilla. En su iglesia tiene un sepulcro de piedra antiguo de gran devoción de un santo llamado Gregorio, que hace milagros de más de mil años a esta parte, según parece por su inscripción antigua. Vase por allí a Nuestra Señora de Aguas Santas, que está en término de Villaverde. De allí a media legua, en el camino de Sevilla, está La Rinconada, que es de su jurisdicción, junto al río que llaman Guadalquivir, con un brazo que entra por tierra. Y es collación de Sevilla. Tiene privilegio de meter sus vinos en ella y, si las puertas estuvieren cerradas, lo puede meter por encima de las cercas. Aquí vino Su Majestad, según dijimos al principio.

*Alterno Baetis dum me pater alluit aestu,
Aggredior pisces retibus, arte manu.
Maxime Rex salve, nam tu maioribus vndis
Oceani instar adet, praesidiumque tuis.*

«En tanto que el padre Betis me baña con su marea (que a veces vuelve) acometo los peces con redes, arte y mano. Poderoso Rey, estás en buen hora, porque tú con mayores ondas vienes, en forma del Océano, y para los tuyos traes favor mayor.

*Con redes y con la mano,
no sin arte engañadora,
soy, Señor, gran pescadora,
entre el invierno y verano,
do a Betis no dejo un hora.
Vos, Señor, con mayor brío
bañáis la verde ribera.
Páreceme, si no os viera
venir con más señorío
que por Océano os tuviera.*

DESCRIPCIÓN DE SEVILLA

En las últimas torres (donde estaba el otro arco, de una grande apariencia) en las fronteras, había dos figuras, que representaban mucha majestad y hacían hermoso efecto, porque en la parte de la muralla antigua estaba Sevilla, en hábito de mujer como las otras, aunque muy diferente en grandeza, disposición, e insignias. Y antes que las pintemos será razón tratar della (aunque me atrevo a mucho). Y pues los extranjeros viniendo a ella, la describen, bien debemos dar una muestra de lo que mejor sabremos.

Andrea Navagero viniendo a Sevilla el año de 1526, cuando se celebraron los casamientos de los bienaventurados señores nuestros, Don Carlos y Doña Isabel, en esta ciudad, en una epístola a doce de mayo, describe a Sevilla. Pero aunque, en las cosas que dice, trate verdad, es tan diferente el tiempo de entonces al de ahora, en cuarenta y cinco años que han pasado, y está la ciudad tan de otra manera, han crecido los edificios tan ricamente y los tratos han subido tanto, que se espantara el mesmo Navagero. Dejo ahora de averiguar la antigüedad de Hispalis, que fuese Sevilla la vieja, que Itálica, que Constancia Oser; quién fueron los primeros fundadores, su nombre de ellos y della, el sitio, el muro y acrecentamiento dél. Solamente diré un poco del aire, sitio, grandeza y algunas particularidades que tiene.

El aire en Sevilla es caliente y húmido en primero grado a respecto de Córdoba y de los otros lugares de la frontera. Está Sevilla en treinta y siete grados y algunos minutos; llegada a la equinocial seis grados más que Toledo y uno más que Córdoba, y por eso es más caliente naturalmente, y por accidentales causas; también porque le hiere el sol más de derecho, por ser honda y baja, es llana y cercada de río y pantanos, y tiene algunos terraplenos más altos, que se hicieron de no buena tierra, tiene sus causas para ser húmida también. Fue en un tiempo más caliente y húmida que ahora; porque se ha enmendado esto alzando las calles y empedrándolas, quitando los perpetuos lodos que tenía en calles sombrías, haciendo muchos aposentos, limpiando las puertas de la ciudad, desaguándose las lagunas y pantanos, quitando los salidizos y todo lo que era causa de continas enfermedades y peste en esta ciudad hasta el año de veinticuatro.

Está situada Sevilla a la mano siniestra del río, como viene de Córdoba, y coge por allí la puerta del Almenilla, de San Juan, de Goles, de Triana, del Arenal, el Postigo del Aceite, del Carbón, hasta la Torre del Oro, y aun ve la de Jerez, que está a la vuelta, con la huerta del Alcoba, hasta la fuente de Calderón y el Postigo del Alcázar; y por aquí es lo que ve el río, dejando a la mano derecha el Aljarafe con Triana. Por la parte del nacimiento de el sol, va Tablada con los tres arroyos, Tagarete, Aritaña, Guadaira. Desde la puerta de la Carne, de Carmona, del Fosario, del Sol, de Córdoba, de Macarena, la puerta Nueva, que junta con el Almenilla, y haciendo de Sevilla tres líneas, hay unas partes más calientes y húmidas que otras, como estas dos líneas que hemos hecho de Poniente y Oriente. Irá luego otra desde la Puerta de Jerez hasta San Clemente, lo cual es negocio de mayor volumen. Esta misma razón habrá en las calles, según más o menos occidentales o orientales fueren. También se debe mirar si están abiertas o cerradas las calles, las casas o plazas, si son bajas o altas, a do tienen las ventanas, si hay anchuras de corrales, patios o miradores. Y si en algún lugar hay reparos para los daños del calor y la humedad, es aquí, donde la riqueza y abundancia, destreza y comodidad suplen y facilitan todo cuanto parece imposible.

Es toda Sevilla cercada de murallas altas, con sus barbacanas y rebellines a las puertas, que en algunas se han desbaratado, como en las de Macarena, de Jerez, del Arenal y de Goles, que ahora es la Real.

Tiene veinticinco collaciones. Monasterios de frailes de todas órdenes, y de monjas, donde hay grande riqueza (y) bondad de vida. Edificios señalados. Cuidado extremado en el culto divino. Diligencia en el servicio de los beneficios. Cuentas de grandísimo número de misas, solemnidad de fiestas, infinitos jubileos, y en uno se halló los años pasados número de cuarenta mil hombres y noventa mil mujeres, sin los niños, viejos y criados, que quedarían en casa. Continuación de confesiones, devoción perpetua de Nuestra Señora y de los demás santos. Muchas cofradías de diversas insignias, donde clérigos, frailes y monjas, de noche y de día, se emplean en servir a Dios y aprovechar a su prójimo.

Si comenzamos del maravilloso templo de la iglesia mayor, con Santa María la Blanca y Santa Cruz, todo es de admiración. Tras dello San Salvador, iglesia Colegial, donde hay canónigos; San Niculas, la Magdalena, San Isidro, San Ildefonso, San Bartolomé, San Esteban, San Andrés, San Martín, San Miguel, San Vicente, que fue iglesia mayor en tiempos de godos, San Lorenzo, Omnium Sanctorum, San Juan de la Palma, San Pedro, Santa Catalina, Santiago el viejo, San Román, San Marcos, Santa Marina, Santa Lucía, San Julián, San Gil. Los monasterios de frailes: De los dominicos se hallan cuatro dentro de la ciudad, San Pablo, el Colegio de Santo Tomás, Regina, Montesión, y uno de fuera, que es Porta Coeli. Es de grande veneración y edificio el de San Francisco, y tiene ya en su hábito el monasterio que se llama del Valle, La Merced, el Carmen y los de Jesús. De monjas hay San Clemente, Santa Clara la Real, Nuestra Señora de Gracia, la Concepción de San Juan de la Palma, la de San Miguel, la Encarnación, el Socorro, Santa Paula, Santa Isabel, las Dueñas, Santa Inés, San Leandro, Santa María de Jesús, Madre de Dios, la Asunción, de nuevo en la calle ancha de San Vicente, las Recogidas, las niñas de la doctrina y algunos emparedamientos. Todo esto es dentro del cuerpo de la ciudad.

En Triana hay una iglesia de Santa Ana, rica y de grande vecindad, el monasterio de la Victoria, las Monjas de Consolación, la iglesia de San Jorge dentro del Castillo, el río arriba el gran Monasterio de las Cuevas y, una legua de allí, San Isidro extramuros, que está reducido a la orden de San Jerónimo, edificado por Alonso Pérez el Bueno y Doña María Coronel, progenitores de la Casa de Medina.

Están cerca las ruinas de Sevilla la Vieja, donde está el anfiteatro, las termas y señales de una buena ciudad. De estotra parte del río, está el Monasterio de San Jerónimo, que ya dijimos, el hospital de San Lázaro, donde están los enfermos recogidos y desde allí pasan al monasterio de la Santísima Trinidad, que es a la Puerta del Sol. En el Prado de Santa Justa está San Benito, que solían llamar Santo Domingo de Silos; y San Agustín a la Puerta de Carmona, donde está el devotísimo crucifijo. Detrás de la Huerta del Rey, Santo Domingo de Porta Celi, que es de dominicos, y adelante el barrio de San Bernardo, que dicen haber sido el cementerio de Sevilla, donde ha pocos años que se hallaron dos sepulcros de dos señoras cristianas, que parece haber más de mil años que fueron enterradas allí, dichas, Paula y Cerbella en memoria de la antigua cristiandad de Sevilla, y fuera de llamarlas *clarissimae foeminae*, que son muy ilustres, se intitulan siervas de Cristo; parecen del tiempo de San Leandro, arzobispo desta ciudad. A la Puerta de Córdoba está la ermita de nuestras protectoras y patronas de Sevilla, Santa Justa y Rufina, y encima de la puerta, la cárcel y torre do estuvo preso y fue martirizado el santo Rey Hermenegildo, porque no quiso ser arriano; lo cual tengo particularmente escrito, para exhortar a los vecinos de Sevilla al culto de su patrón. Es notable la devoción del Prado de Santa Justa, y la estación de la cruz con su humilladero y ermita en la Calzada, que adornan los arcos y caños del agua que dijimos venir de Alcalá de Guadaira. En el campo de Tablada está la ermita del bienaventurado San Sebastián, que es capilla de la Iglesia Mayor. Y, en Triana, Nuestra Señora de los Remedios.

Fuera desto hay encomiendas: de Santiago en Santiago de los Caballeros; de San Juan, en San Juan de Acre; de Calatrava, en San Benito, a la Puerta del Almenilla; otra, en San Antonio, otra, en el Spiritu Santo, en Triana.

Hay colegios: para estudiar Gramática, San Miguel; para Artes y Teología religiosos, el de Santo Tomás; y hay Colegio de Santa María de Jesús, Universidad de Sevilla, y otro en los de Jesús, la doctrina de los niños y otros estudios particulares.

Fuera desto, hay más de setenta hospitales, donde acogen pobres, y en que hay rentas para hacer fiestas a santos, y cantar misas y aniversarios por las ánimas de los difuntos. Hay algunos señaladamente, donde se ejercitan las obras de misericordia con los enfermos: el del Amor de Dios, del Cardenal, de las Bubas, de los Desamparados, de la Caridad, de las Tablas y de las Cinco Plagas, el grande que instituyó el Marqués de Tarifa que fue a Jerusalén; y la Casa que llaman de los locos. Decir los edificios, las rentas, los sacrificios, las limosnas, las fiestas y cuanto en todas estas casas tan devotas se hace sería libro en demasía excelente, donde tendría grande parte el Hospital de la Misericordia, que no hay año que no saca cien doncellas pobres, con sus ajuares, los cuales se representan

cada un año en la Iglesia Mayor, jueves y viernes santo; y tras de esto la Capilla de las Doncellas y la del Obispo de Escalas y su alholí.

No hay parroquia que no tenga su cofradía del Santísimo Sacramento, que con su palio y cera acuden siempre a acompañarlo cuantas veces sale fuera de la iglesia.

Dicho habemos de los lugares públicos devotos; otros hay para negocios de República y justicia, los Cabildos, los juzgados y audiencias, cárceles. Luego, los servicios de toda la ciudad, que son carnicería, pescadería, matadero, edificios que tienen mucho que ver. Las boticas, las tiendas de todos los oficios, atahonas, o molinos de pan sin agua, más de mil bodegas y tabernas sin número, molinos de aceite, para comer y para medicinas, almacenes de aceite, de miel, de cera de cueros de pastel, de cuantas cosas ha menester la vida humana. Hornos de pan, de vidrio, de barro y, de fuera de la ciudad, de teja, de ladrillo, de cal. Hay casa de armas y munición. Halláronse para la entrada de Su Majestad más de ochocientas piezas de bronce y algunas de hierro. Hay Casa de Contratación, de la Moneda, adonde en barras y en labrado es grande la suma de los millones de ducados que, de cuarenta años a esta parte ha sido registrada y labrada. Hay, para servicio desta ciudad, calles infinitas de oficiales. La Plaza de San Francisco, para la justicia; la Alcaicería para los paños, sedas, plata, oro, perlas y piedras preciosas, lienzo, telas de oro y brocados, todo debajo de sus puertas y alcaide. La calle de Génova para calzas, jubones y libros. La de Castro, para lencería y todo herraje. La de la Mar, para sombrerería y ballestería. Las gradas, para almonedas, plateros, bancos y boneteros de lana, de paño y seda, y para el calzado. La calle de Francos para cuantos regalos hay de vidros, brinquiños, adobos de diversos olores, mercería y todo el ornato que las mujeres inventaron, con la chapinería cerca, y la ropería, donde hay cuantas ropas quisieren hechas; y la calle de Escobas para lencería. La Carpintería y Cerrajería ella se lo dice, con la de la Sierpe para los oficiales de madera, hierro, acero, dorados y armas. Y gran número de molinos de yeso, que es muy grande provisión. Y así, desta suerte, las plazas son muchas y grandes: la de San Francisco, con su fuente, Audiencia, Cabildo, Tribunales y San Francisco. La plaza o barrio del Duque de Medina, la de las casas viejas a San Vicente, la de San Lorenzo, la Laguna, que es más capaz de gente que cuantas habemos dicho, que por una extraña ventura se hizo tan ancha. La Feria, que cerca la iglesia de Omnium Sanctorum; la de don Pero Ponce, la de Santa Catalina y casas del Duque de Arcos, la del Marqués de Tarifa y de don Pedro Puerto Carrero, la de Santa María la Blanca, la del Cardenal y la de San Leandro; la del Alfalfa, donde está la calle de la Caza; y luego la plaza de arriba y de abajo y cementerio donde se representa un bosque, una huerta, una isla de la Madera, unas despensas riquísimas de cuanto se puede imaginar de carne, caza, pescado, conservas, frutas verdes y secas, agro, dulce, pan y las golosinas que todos cuantos truhanes hay imaginan en sus comedias. Hay casas ricamente labradas, casi todas ya con mármoles, y altas, de tres, cuatro y cinco suelos, que en los tiempos pasados eran de uno. Hay pocas casas sin pozo y patio; muchas con fuentes dentro, y a la puerta. Hay muchos jardines y huertas dentro de los muros; aunque se van deshaciendo las huertas y labrándose buenas casas. Fue grande el ánimo del que le dio la cerca tan grande, que no se le ha añadido alguna más, sino en hacer arrabales, y ser la Iglesia Mayor tan grande, que parece haberse fundado para estos tiempos.

Esta ciudad tan hermosa, tan rica, tan noble, tan leal a sus reyes, tan devota de S. M. demanda, que si queremos decir algo, callemos, pues nos dicen los extranjeros que la alabamos poco y la encarecemos menos de lo que merece, y para llamarnos cortos, se suben a la torre de la Iglesia Mayor, y representando aquel río y aquel campo y aquel pueblo en medio, dicen que todo cuanto tiene Sevilla es grande. Fortifica esto la común aprobación y refrán antiguo «*A quien Dios quiso bien, en Sevilla le dio de comer*». Es otra parte del mundo compuesta de lo mejor que las otras tienen. Donde hay tantos grandes señores, caballeros, letrados, mercaderes y gente rica, donde el común vestido de todos representa una corte natural, y de asiento, con excelencia de artes, con claridad de ingenios. Con sitio de tierra, con salud y templanza de aires, con serenidad de cielo, donde pocas veces o nunca se esconde el sol; y si hay calores en ella, que los de Castilla tienen por excesivos, hay casas fresquísimas y grandes en que repararse de todo ello. Sabíalo esto el rey católico Don Fernando el quinto, cuando decía que el verano se había de pasar en Sevilla y el invierno en Burgos, por haber reparos en cada una para los golpes del contrario. Ninguna cosa que haya menester la naturaleza, falta en esta ciudad y su tierra. Quanto puede imaginar el apetito, desear el regalo, inventar la gula, demandar la salud y apeteer la enfermedad, se representa por agua y por tierra, puesta como dijimos en medio del Occidente y Oriente, con abundancia de sabrosas aguas, con hermosura de bosques, facilidad de cumbres y montañas, en que la fertilidad, la riqueza, la sanidad, tienen asiento. ¿Qué podrá imaginar el avariento, qué deseará el falto, qué se le antojará al enfermo, que no se halle fácilmente en esta ciudad? ¿En qué parte se han visto más metales? ¿Dónde más artífices para labrarlos? ¿Dónde más abundancia de perlas y piedras preciosas? ¿Dónde más especería, más drogas? De aquí se provee todo el mundo de vino, aceite, miel, lana, lino y de cuanta fruta en el Aljarafe y Lope se hace. ¿Qué diremos de las minas, pesquerías, salinas caleras, canteras y todo cuanto hay en toda su tierra, que viene a registrarse en esta Casa de Aduana? Que para parecer grande de veras Sevilla, no hay más que saber en qué precio están las rentas del Almojarifazgo. No hay hora del día que no entre provisión de todos los tiempos del año por las puertas, ni hay puerta, por apartada que sea del comercio, que no tenga grande trato y particular en su especie. No decía mal el que afirmaba que entraban en Sevilla seis ríos caudales de oro, aceite, vino, leche, miel y el de los Caños de Carmona, dándole a cada uno su puerta.

EL SEGUNDO ARCO

Sevilla, pues, como humilde sierva de su Rey, que a ella venía, se le presentaba en la forma que diremos ahora. Porque estaba en hábito de una matrona honestísima; la ropa que le cubría el cuerpo todo era de un tornasol azul claro, y un volante ceñido como manto amarillo claro, oscurecido en rojo. Estaban las ropas labradas ricamente, con el calzado honesto. Toda su composición modesta, la cabeza torreada, los cabellos apretados con un tafetán verde, con girasol, encarnado; en la mano izquierda, la torre de la iglesia mayor de la ciudad, por ser todo su cuidado la religión, y en los pechos un joyel donde parecía el retrato de Nuestra Señora del Antigua, que es la más antigua devoción de Nuestra Señora. Está en una pared, que de antes que el Rey Santo don Fernando tomase a Sevilla estaba pintada; y los moros procuraban deshacerla y jamás podían, hasta que vino el tiempo que se ganó esta ciudad, y el rey mandó hacer allí un altar y capilla, la

cual se ha ido adornando con muchas lámparas de plata y ricos ornamentos; y tiene servicio de sacristía por sí. Sevilla, demás desto, mostraba sus pechos abiertos y el corazón partido, y en ambas partes dél, el nombre de PHILIPPVS, con letras de oro, señalando a él con la mano derecha, humillada con una gran reverencia, inclinado el cuerpo y el rostro suavemente humilde y alegre, mirando a Su Majestad que entraba. Había unos versos en el pedestal, que decían:

SEVILLA

*Ingrede o fausto mihi rex, o sidere felix
Fernandi auspiciis numinibusque meis.
Diuitia viles mihi sunt prae Regis amore,
Accipe cor famulae, sum tua, viuo tibi.*

«Entra, Rey para mí dichoso, con próspera estrella, con los buenos sucesos de Fernando y con los santos que me favorecen. Tengo en poco las riquezas, en comparación del amor del rey. Recibe el corazón de tu criada; soy tuya y vivo en tu servicio».

*Entra Filipe felice,
goza alegre la ventura
del Santo Rey, que procura
do nadie vive infelice,
tener tu silla segura.
Rica soy y poderosa,
pero todo mi valor
tengo en menos que tu amor.
Toma, Rey, la mejor cosa
de que puedes ser señor.*

Ofrecía a Su Majestad el corazón, que es lo más que puede dar el hombre. Y así tenía, a los pies, un cuerno de la Copia, con grande multitud de frutas, que se derramaban por el suelo y, entre ellos, piezas de oro, y moneda labrada.

VICTORIA

De la otra banda, estaba otra figura de la Victoria, armada la cabeza de una celada y hermosas plumas, con unas armas antiguas que eran una coraza moldeada, que relucía con oro. Los brazos mostraban unas mangas de malla. La ropa volante, que salía debajo de las armas, era encarnada, retocada en violado, y un tafetán amarillo, desde el hombro a la cintura; con la mano izquierda presentaba una corona triunfal de laurel verde y con sus frutos, y en medio unas letras: *DE TVRCIS*. Declarando la corona que le promete a Su Majestad en estos años que el Turco sucesor de Solimano ha quebrado con los venecianos, y están los negocios de la cristiandad en buen punto. En la otra mano mostraba dos llaves doradas. Esta figura tenía alas, hermosamente retocadas de lo negro

con sus realces de oro, que muestra el águila. Entre la coraza y la basquiña, tenía una ropeta azul y blanca entremetida. Solían los romanos esculpir la Victoria de esta manera en sus monedas, encima de tierra o de popas de naos; otras en manos de figuras.

VICTORIA

*Hispalis obsequio atque fide, quibus inclyta semper
Viuit, ero felix Diue Philippe tibi
Omnes claues populorum. Martisque coronas
Spondeo, ab aeterno Hispalis officio.*

«Poderoso Felipe, a ti seré próspera, con la obediencia y lealtad de Sevilla, en que vive siempre señalada; yo te prometo las llaves todas de los pueblos y todas las coronas de la guerra, por el servicio que te hace Sevilla».

*En nombre desta ciudad,
que tan leal os ha sido,
que sin fin ha obedecido
a la real majestad,
alto Rey esclarecido,
Estas llaves de Sevilla
os ofrezco, do se encierra
todo el valor de la tierra,
con que ganaréis la silla,
y coronas de la guerra.*

(Las coronas de Marte, o de la guerra, eran: la triunfal, de laurel; la obsidional, de grama; la cívica, de encina; la mural y castrense y naval de oro, con diversas formas).

Entre estas dos figuras se hacía el otro arco, y desde el primero al postrero, que es éste, había ochenta varas de largo y treinta de ancho, que formaban un hermoso espacio. El arco era de obra dórica, adornado de esta manera para aprovecharse de las dos torres, de la muralla la una, y la otra de madera. Las figuras de Sevilla y la Victoria venían entre dos columnas dóricas, sobre sus pedestales, con los versos que dijimos y, sobre cada una, la cornija y pedestal para los santos que luego diremos. Entre estas dos torres venían dos columnas de cada lado, redondas de una parte y otra con sus estrías, sobre las cuales asentó su arquitecra, friso y cornija, que venían a igualar con las torres, y sobre éstas movía un arco grande y hermoso, que se parecía sobre todos los muros y edificios cercanos, que tenía de diámetro veinte y cinco pies; y sobre este arco corría otra cornija y un frontispicio con las figuras que se determinaron para que se representase la misma persona de Sevilla con sus santos, que los antiguos llamaban tutelares, y nosotros, patronos de la ciudad. Tenía el arco de alto sesenta pies hasta la cornija del frontispicio. Sobre la torre que estaba antigua, ya blanca, había un pedestal, en que se puso una figura del bienaventurado arzobispo de Sevilla, San Leandro, puestas las manos como rogando a Dios que la venida de Su Majestad fuese dichosísima para él y para sus vasallos, que con

tanto amor lo aguardaban. En la otra torre estaba otro pedestal con San Isidro, Doctor de las Españas y sucesor de San Leandro, de la misma postura, con sus mitras, báculos y sus capas ricas de brocado. Fueron ambos hermanos, y hijos del Duque de Cartagena, Severiano y Turtura, de la noble sangre de los godos. Su hermana Teodosia estaba casada con Leovigildo, cuyo hijo fue San Hermenegildo. En las enjutas del arco hacia el campo, había dos figuras de bronce, la una el Santo Hermenegildo Mártir, Rey de España, con la cabeza partida con un hacha y sus rayos de la gloria que tenía, puestas las manos hacia el cielo, y una palabra que decía: *PERFICE*. De la otra banda estaba el rey católico Recaredo, su hermano, mirando atentamente con mucha piedad, y otra palabra que decía: *AUDIO*. Significan ambas el principio que dio el santo hermano mártir contra los arrianos, y le dice «Acáballo», y el fin que dio Recaredo a la mala secta, respondiendo «óyolo». Ayudándole San Isidro y los santos prelados de aquel tiempo, cuando se juntaron en el Concilio Toletano setenta y dos prelados, que fue en el año décimo de su reinado y en el de Nuestro Redentor de quinientos y setenta y seis. Los arzobispos que se hallaron fueron Eladio de Toledo, Leandro de Sevilla, Mansonio de Mérida, Arsenio de Tarragona, Magicio de Narbona, Parchado de Braga.

En lo más alto se mostraba el rey Don Fernando el Santo sentado, armado, con la espada en la mano y una bola limpia en la otra y su ropa de capitán y corona; miraba alegremente al descendiente, que entraba en la ciudad, que tan poderosamente había ganado. A los lados del tabernáculo tenía la fe, con un cáliz y una cruz, y la justicia, con sus insignias de espada y peso. Letras para todos estos santos y virtudes no se pusieron, por estar en alto y la brevedad. Bajando a la entrada de este arco, entre las columnas, estaban hechos dos altares, y encima de cada uno una de las santas que tenemos por patronas de la ciudad, las cuales fueron martirizadas en Sevilla por el pretor Diogeniano, cuyo martirio tengo escrito en verso latino y castellano, porque es justo que, habiendo dado Dios a Sevilla estas santas por patronas della, y declaradas por visión al santo obispo de León, Alvito (cuando vino por el cuerpo del Santo Isidro, Doctor de las Españas, el año del señor de mil y sesenta y tres) todos traten en honrarlos con las partes de ingenio que tienen.

Eran de la grandeza de las otras figuras, vestidas a la antigua de ropas hermosas y convenientes a sus personas. Santa Justa estaba a la mano derecha, en la una mano tenía una palma y en la otra un vaso lleno de aceite, con unas letras que decían «*CLEMENTIA*», y unos versos en el pedestal, que era el altar.

*Hispalis en fidum populum fidumque senatum,
Felici aduentu gaudet uterque tuo.
Vt seruire queat, sis clementissimus illi,
Et meus et tuus est. Rex bone vtrique faue.*

*Mira el pueblo leal de tu Sevilla,
y el senado leal, que hoy te espera,
con tu venida, y nueva maravilla
su alma goza siempre la primera.
Declara tu clemencia en recibilla,*

*porque pueda servirte toda entera.
Buen Rey, al uno y otro favorece,
por mío y tuyo cada cual se ofrece.*

*Mira, Señor, el Senado
y pueblo vuestro que os mira,
que justamente se admira,
y goza de haber mirado
lo que tanto ha que suspira.
Para que os pueda servir
usa de real clemencia
que, aunque a mi me da obediencia,
a vos toca ahora regir
vuestro reino con prudencia.*

De la otra banda, entre las dos columnas que tenemos dicho, estaba Santa Rufina, con otro vaso, y era de vino, y en él esta letra: «LAETICIA», «alegría».

*Hispalis ecce tuo aduentis, aut laeta frequenteis
Clamores tollit, suspicit aut Dominum,
Illos ex hilara Rex, clementissimus intra
Vrbem, quae semper laeta fidem coluit.*

*Mira que con tu próspera venida
alza la voz Sevilla alegre en verte,
o con sólo mirarte detenida
gasta toda su vida en entenderte.
Alegra, Rey, a quien es tan rendida
para sacrificarse en toda suerte;
éntrate en la ciudad regocijado,
pues pone en te servir sólo el cuidado.*

*Sevilla, claro Señor,
para mostrar su alegría,
clamores al cielo envía,
agradeciendo el favor,
que Dios le hace este día.
Ayudadle Vos también,
y entrá con bien en Sevilla
a sentaros en la silla
do nunca se sentó quien
no mereciese cubrilla.*

Desde allí, entraban a una grande capilla, que se hacía, aderezada de paños de carmesí, y un altar en la frontera, con un dosel de brocado. No fue pequeño trabajo hacer cuadrado

este espacio en tan breve tiempo, quitando una casa que estaba allí, y muralla fortísima, que se rompió y limpió todo brevemente, levantando las paredes de ambas partes y encalándolas; en las cuales se pensaban pintar otras figuras, que fuesen las más sustanciales, y juntas a la puerta, pero húbose de cubrir prestamente de seda, ya que faltó lugar para más invención. A la mano derecha estaba la puerta, que ya llamamos Real, dorados los clavos y cuanto hierro tenía, así mismo las armas reales, acompañadas de virtudes, que se pintaron en las enjutas, y abajo una inscripción de letras romanas:

D. PHILIPPO II, HISPAN. REG. FIDEI DEFENSORI OB FELICEM IN HANC VRBEM ADVENTVM, ANNO SERVATORIS NOSTRI MDLXX. S. P. Q. H. PORTAM REGIAM D D.

«El senado y pueblo de Sevilla dedicó la Puerta real a don Felipe Segundo, Rey de las Españas, defensor de la fe, por su bienaventurada venida a esta Sevilla, en el año de nuestro Salvador de mil y quinientos y setenta».

Estaban a los lados dos insignias de su horóscopo o nacimiento; El sol resplandeciente de oro y dos niños abrazados que eran Géminis, los dos hermanos Cástor y Pólux, en cuyo seno Su Majestad nació.

Ya toda la gente y caballería había pasado la calzada de los dos arcos, cuando los veinticuatro, regidores y jurados, entre los cuales habían repartido el palio y sus veinticuatro varas, que eran plateadas y él todo limpio sin alguna labor, de tela de oro frisada, con sus goteras y azanefas de lo mismo cerraron las puertas esperando a Su Majestad, que venía al medio de la calzada, volviendo sus reales ojos a las figuras, que como vasallos suyos se le presentaban en el mejor ornato que podían, con alegría en rostro y ropas, y fertilidad en manos y pies señaladamente. Llegaron a él Melchior Maldonado y Don Francisco Manuel, veinticuatro, Gaspar Zunres y Hernán Pérez, jurados, haciendo saber a Su Majestad que los Reyes pasados, de gloriosa memoria, habían consentido que Sevilla levantase dos mazas de plata, con el sello y armas de la ciudad, que delante el regimiento se llevasen para honra de aquella su ciudad, y representación de lo que aquel senado valía por la merced de los Reyes, que Su Majestad tuviese por bien de consentir que los llevase la ciudad en aquel solemne recibimiento. Respondióseles que el caballerizo mayor les diría lo que se debía hacer y así se recogieron adonde estaba el palio. El Asistente, el Duque de Arcos y los demás regidores, vestidos como arriba dije, estaban a pie, puestos en orden, los más antiguos primero. Llegando Su Majestad con su caballo cerca del altar, que sobre una peana alta estaba armado, salió el Asistente, don Fernando Carrillo, adelante y, con grande cortesía y buenas razones, dijo que Sevilla suplicaba a Su Majestad jurase los privilegios, buenos usos y costumbres que tenía, y por sus antecesores los reyes de buena memoria le habían sido guardados, y principalmente por el invictísimo emperador Don Carlos Quinto, su felicísimo padre. Respondió Su Majestad con muy alegre semblante: «Pláceme de muy buena voluntad porque lo merece Sevilla». Y luego llegó Tomé Sánchez Doria, teniente del escribano de Cabildo, con un libro misal encima de una fuente abierto, y sobre él una cruz de esmeraldas dorada, y le tomó el juramento, que se suele proponer en forma, y todo lo juró Su Majestad teniendo la mano puesta sobre la cruz. Esta es una solemnidad

en que se verifica la benignidad de los reyes que Dios nos ha dado, que llevan tan alegremente la costumbre de las ciudades, aborresciendo el odioso nombre de los tiranos, que muy apartados están destos comedimientos.

Acabado esto se dio principio a muchos géneros de música, que sobre los muros a un tiempo declaraban la merced que Su Majestad hacía a Sevilla. Y el Asistente le presentó las llaves de oro, que tenía aparejadas en la mano en señal de la nueva posesión de la ciudad, y abierta con grande estruendo de la música, y deseo de los que aguardaban, tanto había, ver a su Rey, se entró debajo del palio, que alzaron el Asistente, el Duque de Arcos, que en aquel día se mostró verdadero vecino de Sevilla y agradable servidor de Su Majestad. Renovóse con esto la solemnidad por la música de menestres altos, trompetas y atabales. Iba su Majestad debajo del palio, los regidores a los lados llevando con grande reverencia las varas, y delante el Prior don Antonio, con el estoque desnudo sobre el hombro. Ya estaban por él avisados los de las mazas, que las llevasen sobre el brazo algo inclinadas a la parte de fuera. Seguían el palio bien cerca los Serenísimos Príncipes, yendo el mayor en medio del Cardenal y el menor. Iban luego la guarda de los archeros. Con esta orden entraron por la Puerta de Goles, que entonces cobró el nombre de Real, como se dice de una puerta de Anvers, que en acabándose de hacer entró el Emperador por ella, y se llamó desde entonces Cesárea, y fue el año de mil y quinientos y cuarenta y cinco. Entrando S. M. por la Puerta Real se renovó la salva, que estaba en el Altozano, y en acabando de disparar, le respondieron las naos, y las piezas que estaban en la banda de Triana, y luego las de la Torre del Oro.

En ningún tiempo ha tenido esta ciudad tan general alegría, ni la ha mostrado con tan grandes señales de contento, porque toda Sevilla estaba repartida en un círculo de lugar, que rodeaba por la ciudad en aquellas calles que estaban señaladas y el Río. Y, como luego se ofrecía la calle de las Armas, que fue la primera, que pareció con aquel descanso del espacio ancho, que tiene delante, mostróse, al abrir de las puertas, una hermosa presencia de calle toda adornada de brocados, telas de oro y plata, seda mucha de diferentes colores y guarniciones riquísimas, que en ella no había un tapiz por muy rica estofa que tuviese. Estaban abiertas infinitas ventanas en las paredes, y muchas puertas nuevamente hechas, las cuales estaban (después de bien toldadas) llenas de muchas damas aderezadas tan bien, que pusieron espanto, fuera de las señoras, que en hermosura y riqueza se mostraban liberalmente. Y tiénese por una cuenta fácil haber costado sola la vista de las ventanas, puertas y miradores más de doce mil ducados. Encarecer yo la hermosura de las que había para llevar ventaja a las otras tierras, no se me sufrirá, por ser mi patria Sevilla, pero el aderezo en todas común y igual, no pudo dejar de mover admiración. Porque cuatro cosas se tuvieron a maravilla a aquellos tiempos, en esta ciudad: La muchedumbre de la gente fue una, y que ninguna pareciese de aldea, ni menos que bien vestida, y que los vestidos eran los que comúnmente usan sin haber Corte; y toda está repartida por las azoteas, ventanas, tejados, puertas y plazas, tan apretada y tan junta, que no había lugar para más. El vestido en las mujeres tan honesto y tan bizarro, ellas tan galanas y tan modestas, de las cuales quiero advertir una sola cosa: que si algunas fueron liberales en mostrarse por ver a Su Majestad y los cortesanos, fueron tantas las que blasfemaron de la soltura destas, que en cierta manera quisiera que las que son hermosas no fueran por entonces tan graves y avarientas por ganar la palma

de hermosura, como de riqueza, que cierto hay personas tan hermosas, que pretenden más salir con el intento de favorecer poco que ganar mucho loor, cuando sean vistas, y las que se humillaron a Su Majestad hallaron en él aquel real acogimiento que esperaban, quitándose el chapeo algunas veces, saliéndose un poco del palio.

El ornato de las calles era riquísimo, y bien dispuesto, porque ya todos tienen en sus casas salas aderezadas de muchas maneras de costosas redes, sedas y de cueros, que con la pintura suplen el no ser de telas de oro, donde la obra sobrepuja a la materia.

Y lo cuarto fue la entrada del Río, que fue tan acertada en darse entrada a S. M. por tan buena parte, que no torciese más de una calle para ir a palacio, y las calles fuesen tan anchas y con dos plazas en que se reparase la multitud de la gente, que por todas las bocas de las otras calles trabajaba por tomar buen lugar, y el bueno era ver a Su Majestad. Al medio de la Calle de las Armas, mandó al Duque de Arcos dejase la vara del palio, y tomase caballo, lo cual hizo mudando la ropa en su capa negra, yéndose con los otros grandes.

Estaban en la ciudad, antes que S. M. viniese, los que eran vecinos de Sevilla: el Duque de Arcos, el Duque de Medina Sidonia, el Marqués del Algaba, el Conde de Olivares, don Fernando Enríquez, sucesor del Duque de Alcalá. Los prelados que vinieron con S. M. fueron: El Nuncio; don Fray Bernardo de Frezneda, Confesor de S. M. y Obispo de Cuenca; el Obispo de Cádiz. Los grandes que iban, de más de los dichos, en este alegre recibimiento y que vinieron con la corte, fueron el Príncipe Ruy Gómez de Silva, el Prior Don Antonio, el Duque de Feria, el Duque de Nájara, el Marqués de Mondéjar, el Marqués de Aguilar, el Conde de Chinchón, mayordomo; el Conde de Buendía, de la cámara; y más el Conde de Cifuentes, el Conde de Fuensalida, el Marqués de Velada, el Marqués de Cerralbo; embajadores: Dietristán, ayo de los serenísimos príncipes y embajador del Emperador. El del rey de Francia y el de Portugal, el de Venecia y de otras señorías de Italia. Presidentes había el Ilustrísimo Cardenal, el de órdenes, el de Italia, y algunos oidores del Consejo de Cámara, y de Inquisición, y del Consejo Real de Indias. Y caballeros de la Cámara, don Pedro Manuel, don Rodrigo de Mendoza, don Diego de Acuña, don Alonso de Zúñiga. Venía también Miguel de Antona, a quien la ciudad (llegado Su Majestad al toledo) mandó dar una librea de terciopelo morado forrada en tafetán blanco, toda chiada con pasamanos y franjones de oro, y una caperuza de la misma seda y guarnición, y un caballo morcillo guarnecido a la brida, de terciopelo morado y plata, para que fuese general alegría a cuerdos y locos.

Pasó Su Majestad adelante, por la Plaza del Duque de Medina, y dio vuelta a la Calle de la Sierpe, que es una de las largas y más acompañadas de oficios, y al cabo está la cárcel nuevamente labrada por Sevilla, siendo asistente el Conde de Monteagudo, don Francisco Hurtado de Mendoza, de lo que hay una piedra con una inscripción latina, que está puesta en el frontispicio la justicia y rematan los lados las figuras de la Fortaleza y Templanza. Llegado allí Su Majestad, dieron las presas grandes gritos, pidiendo misericordia a su remedio, que por la puerta les pasaba; y de allí se dio el orden, que después hizo tan grande provecho en hombres y mujeres, que estaban por deudas y por causas criminales que no había parte, y así de todo fueron sueltos hombres de más de diez mil ducados de

deudas líquidas por mil ducados que Su Majestad mandó gastar allí la víspera de la Pascua del Espíritu Santo, que cierto fue milagro para muchos, que pensaban morir sin remedio en aquellas cárceles, habiendo más de un año que estaban en aquella desesperación, hasta que Dios les abrió aquel nuevo resplandor para salir de aquellas tinieblas.

De allí se sale a la Plaza de San Francisco, donde dijimos que está la Audiencia y casa del Regente, los asientos de los alcaldes y tenientes, y oficios de escribanos; la casa de Cabildo, con unos miradores de mármoles para ver las fiestas que allí se suelen hacer, donde están pintadas las Armas Reales doradas, y sus Reyes de Armas que las tienen; está el juzgado de los Secutores, y luego el Monasterio grande de San Francisco. Ya estaban en la misma plaza más de cuatrocientos frailes de la misma orden, sentados en sus escaños por orden, hecha una ancha calle, que recibieron a Su Majestad con devotas oraciones y bendiciones, proponiendo todos, ya que lo habían visto de rogar a Dios por su vida y prósperos sucesos, de que depende toda la cristiandad. Luego entró por la calle de Génova, dejando a la mano izquierda la pila, que es hermoso incensario de una piedra blanca, despidiendo por de fuera mucha agua, por unos caños de bronce, que a trechos van puestos, saliendo de bocas de animales y esfinges de piedra artificiosamente hechas. El aderezo de la Calle de Génova era de la misma suerte, que en ninguna fiesta ha parecido tan rica ni tan desembarazada, por tener quitadas todas las compuertas, que sobre las puertas suelen tener.

LA IGLESIA MAYOR

Parecíase la Iglesia Mayor, aquel suntuoso edificio, que es todo de piedra, alta y soberbiamente levantado, sin haber en todo él un madero que lo sustente, ni una teja que lo cubra, por ser todo de piedra, con anchos pilares cuadrados puestos por esquina. Tiene cinco naves, siendo la de enmedio, que corre de poniente a oriente, más alta y con sus andenes de piedra por donde se puede ver toda. Las capillas son grandes, con sus rejas coloradas, y ahora se van mudando en doradas y de más costa y arte, como en la Capilla del Obispo de Escalas. Tratar del coro, del altar mayor y retablo de las capillas de los Reyes, vieja y nueva, del Antigua y de la Sacristía déjolo para obra particular, y lo que Su Majestad quiso ver y notar singularmente otro día. Cercan esta iglesia por las tres partes unas gradas altas, cercadas de mármoles y cadenas. Aquí, en la Puerta del Perdón vieja, tenían aderezado a Su Majestad lo que se pudo, por la brevedad del tiempo, que ciertamente, aunque se pensaba que el estado eclesiástico tuviera grandes aparatos para la demostración de tanta alegría, mirándolo bien, faltaban muchas cosas que podían adornar aquel solemne recibimiento, porque viniéndoles semejante ocasión a las manos, que pocas veces suele segundar, no era mucho salir de su paso ordinario mostrando la grandeza que de tal iglesia se pregona; pero el tiempo, que dañó a los de la ciudad, ocupó a ellos, y la riqueza de los unos no hallaba disculpa en los otros, faltándoles comodidad para desenvolver lo que en ellas hay. También hizo falta grandísima haber enviado la iglesia todo el aderezo del altar, plata y doseles, menestres y cantores, con su maestro Francisco Guerrero, en servicio de su prelado, para traer a la serenísima reina nuestra señora; y así todo fue para servir a Su Majestad.

Ordenóse en la Puerta del Perdón, que es la más grande que tiene la iglesia, y que cae a poniente, enfrente del coro y altar mayor, un arco de verdura con flores y yerbas olorosas, ramos de cidras y naranjos, que cubrían el arco de la mesma puerta, y por los lados se adornaba la mitad de la cantería y se hacían dos órdenes de ventanas -o más verdaderamente nichios- en las cuales estuviesen de pies los músicos; había, de la una parte, seis menestres vestidos con ropas largas de raso azul, bordadas de oro y sombreros de lo mismo; y a la otra mano, siete músicos con vihuelas de arco, vestidos con ropas de raso carmesí de la misma suerte, bordadas de oro y plata, y sombreros de lo propio, representando figuras antiguas. Todo lo demás de la puerta se adornó de doseles de brocado, y junto al pilar de la puerta, por de fuera, se puso un altar con su cruz y candeleros, y delante un sitio de brocado, con almohadas de lo mesmo y otras a los lados.

Ya Su Majestad salía de la calle de Génova, cuando todas las dignidades, canónigos y racioneros de la iglesia mayor estaban vestidos con las capas más ricas que había en la iglesia, como salen en la procesión del día de Todos los Santos. El deán salió vestido de preste, con una capa riquísima y el *lignum crucis* en las manos, en una cruz de oro engastado, y con grandísimo número de clérigos que acompañaban la procesión, y veinte y cinco cruces grandes de plata, doradas y esmaltadas, con velos ricos de todas las iglesias parroquiales de la ciudad; los culaes, como sean grandes y abultados con borlas de oro y seda pendientes, y bordadas muchas historias de sus santos al propósito de cada una iglesia, parecían hermosamente. Y la de la iglesia mayor, con sus dos cruces de aquella piedra preciosa colorada, y el velo más rico. Llegados los clérigos y las cruces a la calle de Génova quedaban los beneficiados en las gradas, donde parecían muy bien las sobrepellices blancas, las cruces y velos altos, las capas resplandescían con los bordados y oro que tenían, y en medio de la procesión diez y seis niños, los ocho cantando, y los otros ocho bailando, vestidos todos de raso carmesí y turquesado, y sombreros de lo mismo bordados, todo lo más era oro y plata con muchas franjas y antorchados por guarnición, con bandas de tafetán blanco y borcegués colorados, que ligeramente revolvían por toda la procesión, regocijando con el canto y el baile, mezclado a buen tiempo los aires, y vista de tan gran solemnidad. Duraba esta procesión desde la Sacristía Mayor hasta que llegaba S. M. a la pila del hierro, y entrando por medio de las hileras de los clérigos, llegó a la puerta, donde se apeó, y los que venían con él, y se hincó de rodillas delante del altar, y los serenísimos Príncipes se pusieron a los lados algo inclinados. Allí se le tomó el juramento de guardar las inmunidades y privilegios de la iglesia. A este punto sonaron de todas partes los instrumentos y voces de los músicos y cantores acordadas.

LOS FUEGOS

La Galera

Está en el fin desta calle ancha de gradas la torre que llaman del Aceite, entre la iglesia y San Miguel, donde en lo más alto había dos escudos de armas reales dorados, y en medio

pendía de una garrucha una galera de la grandeza que es un bergantín, levantada en buena proporción en el aire; y al punto que Su Majestad llegó, súbitamente se comenzó a abrasar la galera y, blandamente, a correr a unas partes y a otras la llama del fuego, haciendo un extraño sonido todo junto, comprendiendo la materia aparejada para su violencia, peleando por salir todas de un golpe con una brava contienda, que entre las llamas y el humo se oía, y más escureciendo el aire con la noche, que venía también a dar buena muestra de aquellos fuegos. En esta pelea, salen por las partes más flacas unas grandes bolas ardiendo, que con grandísima ligereza volaban por diversas partes de aire, haciendo camino por donde jamás lo hay, despidiendo de grande abundancia de rayos, que con admirable discordia venían furiosamente a dar en el suelo, estrellándose en medio de la gente (que ocupada tenía su vista en ver a Su Majestad) y avisada con la braveza del fuego, se apartaba a diversos puestos, y no podían ser tantos, que los mismos rayos no los alcanzasen, cayendo algunas ollas enteras en el suelo, y aun una dio delante del caballo de Su Majestad, que ningún movimiento hizo, por estar enseñado a las bravezas de las arremetidas y asaltos de campos y ciudades, o bástale llevar a quien tan poco se le da de cuantas maravillas se le presentan, teniéndolo ya por visto mucho antes que los ojos lo gocen. Otros fuegos metidos en voladores iban buscando por la raridad del aire su compañía en la esfera del fuego, subiendo con tanta fuerza y dejándose tanto perder de vista, que los daban por asidos en la última región, y al cabo se remataban en una pequeña centella. Otros, revolviéndose por entre lo más cercano de la circunferencia de la torre, hacían revolver los ojos tantas veces al apacible fuego, que de cada uno nacían infinitos, volviéndose en diversas figuras al tronar, al romper, al relampaguear, al deshacerse; porque, en tanto que los unos bajaban a tierra, otros subían al cielo, otros revoleaban desasogadamente por las partes colaterales. Salían algunos a un tiempo despedidos del vigor de la encendida pólvora, derechamente, sin torcer a ninguna parte y a un compás por todos los lados iguales, con innumerables rieles de fuego, y continuándose así acababan su resplandor en una delgada pirámide de centellas y humo, rematándose invisiblemente. Era tan grande el estruendo, que dentro de la galera andaba la batería, que daba el un costado al otro, la priesa del fuego que la abrasaba, con espesos estrallidos y la mucha luz que despedía, alumbrando todas las partes más altas de la iglesia, que se creía no estar proveída de una vez de fuego y pólvora, que la encendían y movían eternamente, sino que por algunos artificiosos ingenios la cebasen para que perpetuamente (sin un punto descansar) disparase, ardiese y reventase en llamas de tan espesos voladores, hasta que con unos recísimos truenos se vino a pacificar el estruendo y dar fin en unos tardíos golpes, en unas amortiguadas luces, en un derramar a veces grande tropel de centellas, ennegreciéndose las más partes de donde salían, quedando un poco de fuego claro, que en breve tiempo volvió en ceniza la galera, quedando todo esparcido de muchas llamas y innumerables centellas, que poco a poco por su orden y donde les tomaba la voz del no poder más, se fueron todas muriendo. Ya iba la procesión adelante cantando lo que suelen, que es el *Te Deum laudamus*, y el deán se quedó cerca de S. M. hasta llegar al altar mayor, que estaba riquísimamente adornado con el mejor frontal que hay en la iglesia, candeleros altos de extraña labor y dorados, con ocho blandones de plata y, como el retablo es altísimo, y coge la pared toda y lados, de figuras grandes y pequeñas dorado todo, y estuviese la imagen de plata que es de Nuestra Señora con tanta claridad, y resplandecía mucho, estando las gradas del altar cubiertas de brocado, y desde las puertas de la capilla hasta ella otros doseles, y junto a ellas un sitial cubierto de un

dosel con sus cojines de brocado, y al lado el cirio pascual que llaman, que es una pieza de notar, porque pesa más de ochenta arrobas de cera, y está todo dorado y labrado.

Estaba la iglesia primero cerrada y regada, y después que se abrió dio muestra de fresca y olorosa; hincóse de rodillas S. M. en donde estaba el dosel, y los serenísimos Príncipes, y besó la cruz tocando los menestres, hasta que el deán dijo los versos y oración que, en semejantes entradas, bendicen a los reyes y ruegan a Dios por la vida y prosperidad del que al presente lo es. Estando S. M. humillado, llegó uno de aquellos niños de los que iban bailando, y con la licencia que en tales regocijos se toma, le demandó las espuelas, y alegando con lo que había jurado le dijo: «V. M. tiene perdidas las espuelas conforme a los estatutos de la iglesia». S. M. respondió que lo fuesen en buena hora, que él las enviaría. No contento de esto, replicaba el niño; fuele mandado que él y sus compañeros acudiesen a palacio y así fueron satisfechos con una cantidad de reales que después se les dio. Levantóse S. M. y saliendo por la puerta de la iglesia, que está junto al Antigua, tornó a tomar su caballo y entró debajo del palio, que después de haberlo dejado a la puerta del Perdón, habían pasado los veinticuatro con él por lo que había de gradas y el arco de San Miguel hasta aquella puerta donde estaba la nueva plaza, que habían desembarazado de los cantos, y da presencia al Alcázar.

EL ALCÁZAR

La cual es de grande sitio y de mucha frescura, y como asiento para que los reyes no se desdeñen de vivir en ella, porque aunque sea obra antigua, y se hayan mudado muchas partes, que están a lo moderno, pero siempre quedaron sus entradas y traza de aposentos sin hacer nuevo edificio, porque aunque tiene, según dicen, doce mil ducados de renta cada año, consumíanse en hacer otros alcázares que hay en el reino, y así pueden ser sus hijas, y también no se tenía pensamiento que S. M. la había de ver en algún tiempo; y desta suerte, faltando la presencia del señor que da vida y ser a los edificios y siendo el que tan artificiosamente lo sabe disponer por nuevas y antiguas plataformas y montañas, que en Vitrubio se llaman Ichnografías, y Ortografías, no dudo yo que si en Sevilla estuviera la corte, no se pudiera hacer a menos costa y con más hermosa vista el palacio, pues sobra campo y está acompañada de tantos jardines, huertas y prados, tiene tan buenas fuentes y tan perpetuas, tan admirable vista por todas partes abiertas, porque está en la mejor y más sana región de la ciudad junto a la iglesia mayor. Báñala el oriente, está fuera de pantanos y de los vapores del río, que ningún señorío tiene sobre ella, derrama su vista por más de ocho leguas de campo hacia Carmona, goza de más larga perspectiva en las Sierras Morena y la de Morón; no es el Aljarafe la menor de las vistas hermosas. Tiene siempre verde lo llano de Tablada y la tierra continuamente vestida para el pasto de los ganados que proveen esta ciudad; donde se ve ermitas, casas, puentes, torres, lugares, arroyos esparcidos por aquel extendido llano, no hay cosa que le pueda dar mal olor o la fatigue con la reverberación del sol; visítala la marca del río toda. Puédese salir por los muros encubiertamente hasta la Torre del Oro, que cae sobre el río y armadas, que siempre lo acompañan. Está cercada de dos muros, uno hacia la iglesia mayor y otro por la huerta del Alcoba.

Tratar de sus patios, de sus aposentos, el crucero de los cuatro huertos debajo de tierra, que sobre fuertes pilares forrados de azulejos, los pretiles dan hermosa frescura junto a la sala que llamaban del Maestro. El cuarto de los jardines, el real, media naranja y el de las muñecas, con el jardín del Príncipe, y el nuevo donde ahora posó Su Majestad, donde hay tantas piezas que se pierden en ellas, como en los Laberintos más famosos de Egipto y Creta. Los mármoles, la yesería con que están forradas las paredes y arcos, toda la menudencia de los mosaicos y piezas de azulejos entapizadas. Los pilares preciosísimos verdes de jaspe, en que están muchas piedras engastadas naturalmente. La talla de las puertas, las labores moriscas, los jardines que están entre la huerta del Alcoba y los aposentos nuevos, con grandes y espaciosos miradores, las leoneras que solía haber en tiempos de los Reyes Católicos. De estotra parte, los aposentos que mandó edificar el rey Don Pedro a la puerta de la Montería. No adorna poco aquella grande huerta del Alcoba, de sombras perpetuas de naranjos, donde está la justa que la sacra Majestad del Emperador don Carlos, nuestro señor, mandó hacer y el gracioso edificio, que llaman Alcobilla, donde muy pocos pueden entrar sin que salgan burlados de los innumerables caños de agua que súbitamente saltan del mismo suelo, donde menos se piensa. Han acaescido en esta huerta maravillosos casos, cavando tesoros, no sin rastros dellos y no menos que encantamientos semejantes a la Gruta de Hércules en don Clarián he visto yo los pozos con ventanas y principios de aposentos por debajo de tierra; hanse hallado muchas urnas de cenizas, huesos y carbones, y una caja de piedra con la inscripción de un Nerva y algunas cenizas de plata fina. Ha menester el alcázar su descripción particular.

LOS FUEGOS

El Dragón

Bien junto a ella llegaba S. M. ya que la noche oscurecía, y traían por orden de la ciudad muchas hachas, cuando por el aire se oyó un espantoso trueno, y tras dél, volviendo todos los ojos, se vieron muchas formas de relámpagos, rayos y tronadores, que de muy alto descendían por la parte que la torre hace una frente al Alcázar, comenzó a arder un dragón grandísimo, que con escamas verdes, las alas tendidas y la cola enroscada, ardía bravamente, esparciendo por cima de todas aquellas casas de los vecinos grande copia de voladores, feneciendo cada uno su braveza en recio sonido. Era maravilla ver la braveza del dragón, que así entero, sin en algo deshacerse, despedía por la boca abundantemente fuego y rayos. Volvíase a unas partes y a otras, dando diferentes muestras de furiosas arremetidas, hasta que unas ruedas que estaban sobre las alas se asieron en fuego y comenzaron a dar grandes vueltas con toda la velocidad que la vista humana puede alcanzar, aunque entrase en ella la fabulosa de Linceo, el Argonauta. Revolviéndose unas sobre otras, y como estuviesen atados, y tan cerca, era una hermosa batalla la que el rechinar del uno formaba en el arder del otro, donde llamas y estruendo combatían, metiéndose unas por otras, acabándose con su mesma furia indignados en igual poder. Fue esto la causa de dar fin al dragón, porque ardiéndose por de dentro y calentándose por de fuera, comenzó a parecer el fuego que dentro estaba, trasluciéndose los hijares con el resplandeciente trasflor de las llamas y fuego, que dentro estaba, y así salió con el mayor ímpetu que se puede imaginar, buscando salida (por donde más vencidas partes se

hallaron) en los abrasados costados, y así, siendo el lugar más alto que el de la galera pasada y más despejado de edificios, y teniendo espaldas en la torre, y más siendo oscuro, el aire hizo diferente muestra con mayor estruendo, y vista más espantosa, porque no salían uno a uno los rayos, sino grandes espadañadas de fuego, que se esparcía infinitamente por todas aquellas regiones aéreas, que comprendidas de la llama que el gran calor había engendrado, hallaban suficiente fuerza y alimento para sustentarse y renovarse, corriendo más ligeramente, y alumbrando con más resplandor, pensando los que estaban subidos en los terrados y miradores cercanos que verdaderamente llovía fuego, según la continuación de las ardientes llamas, el despedir de centellas, el romper de rayos por los aires rasgados, que furiosamente desmandados volaban por cima de los edificios, que sujetos están a la soberbia y levantada torre; que aunque los más tenían entendido, que era fuego artificial todo lo que veían, era tan demasiada y tan continua la fuerza de los cohetes, que por el aire quebraban con maravilloso estampido, que ya el artificio se les volvía en espanto, el ingenio de la obra en ira de cielo, y así se confirmó cuando se abrieron las entrañas de la espantosa sierpe, que rompieron bolas ardiendo por las partes, que mayor lugar tuvieron semejantes a las balas que van a derribar fortísimos muros, y de cada una se multiplicaban tantos rayos, que en cayendo en el suelo, con asigurar las casas cercanas, ponían terrible temor en los de la plaza haciéndoles lugar para que tocando en la tierra envueltas en polvo, diese fin a tanto pavor y braveza, que tan sin podella remediar iba arando todo aquel espacio que debajo tomaba con espesos ríos de fuego, hasta que su mesmo poder lo acabó y así en breve se deshizo aquel espanto, no apartada significación y excelente presagio de la braveza del turco y enemigo universal de la cristiandad, que en tiempo de tan venturoso rey se debe acabar con sus mismas llamas de soberbia, para levantar los muros y torre de Jerusalén.

Desta manera llegó Su Majestad al Alcázar, donde él y los Serenísimos Príncipes fueron aposentados, por la buena disposición del lugar, habiendo aquella noche muchas luminarias, así en la torre como en todas las partes altas de la iglesia. Estuvo la ciudad regocijada toda la noche con lumbres y música, que declaran el lustre y alegría de Sevilla con la presencia de su deseado señor, el día felicísimo de los bienaventurados San Felipe y Santiago.

Laus Deo

Fue impreso en Sevilla, en casa de Alonso Escrivano, en la calle de la Sierpe. Acabóse a veinte y nueve días del mes de Agosto. Año de mil y quinientos y setenta.